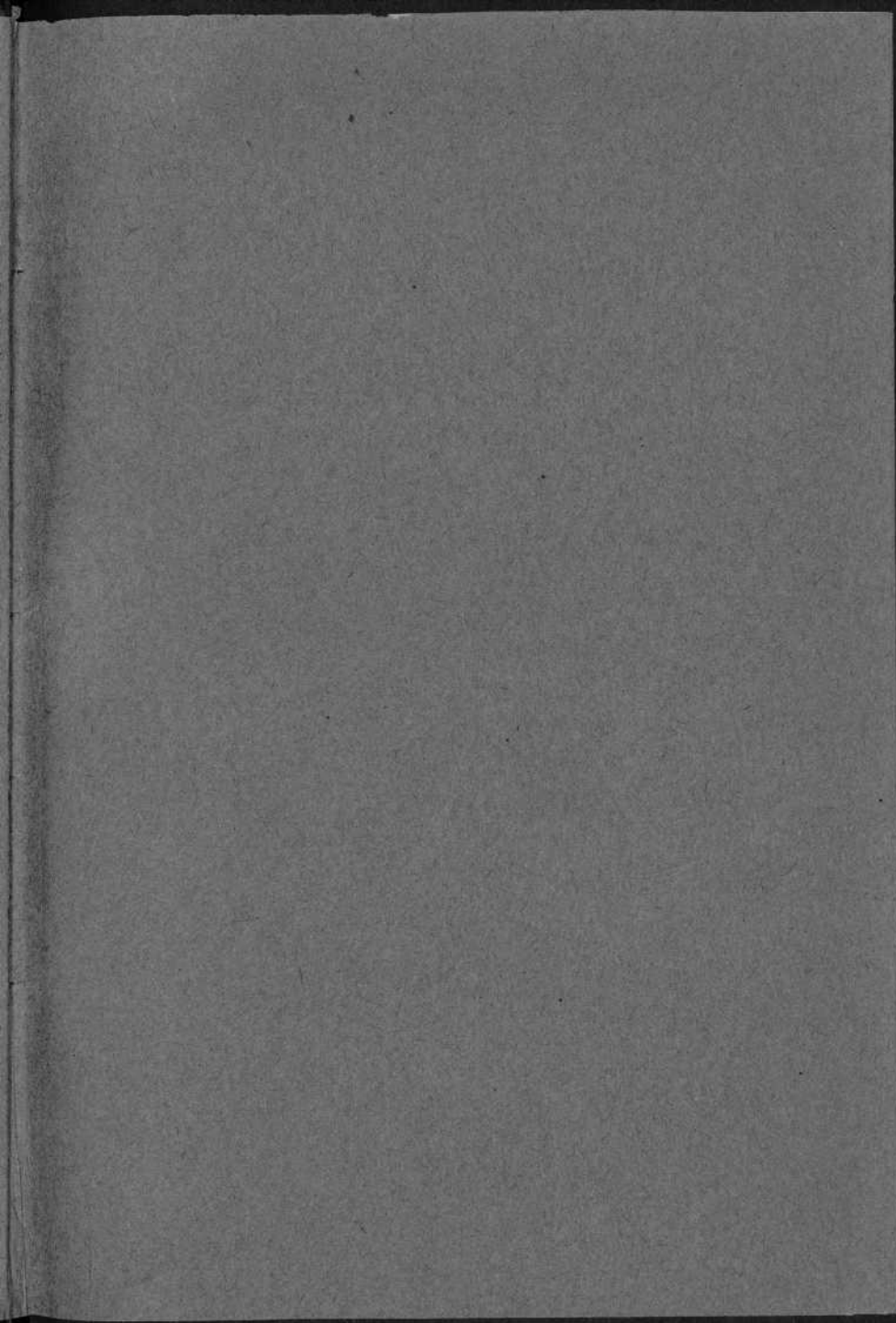
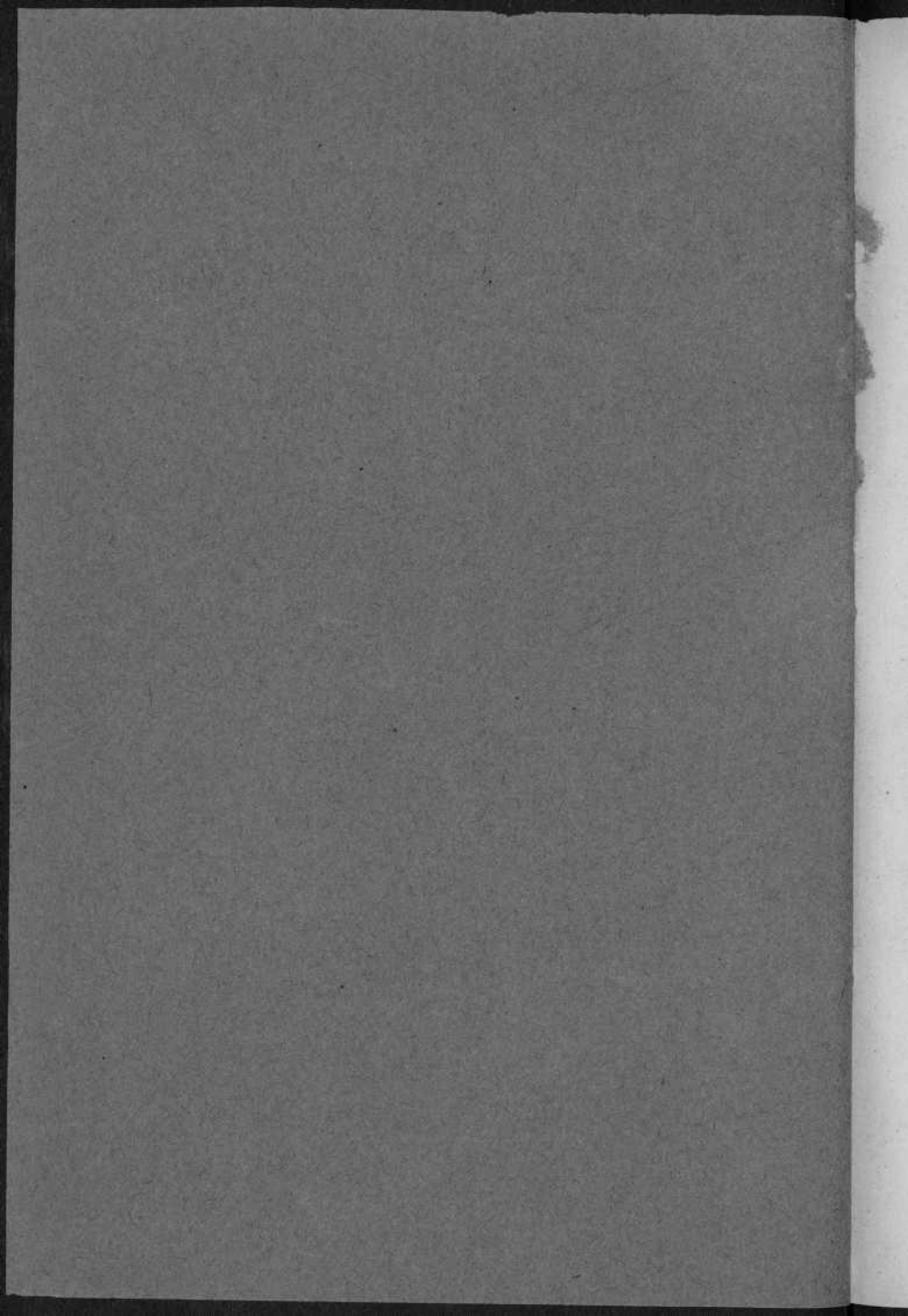


45

16145

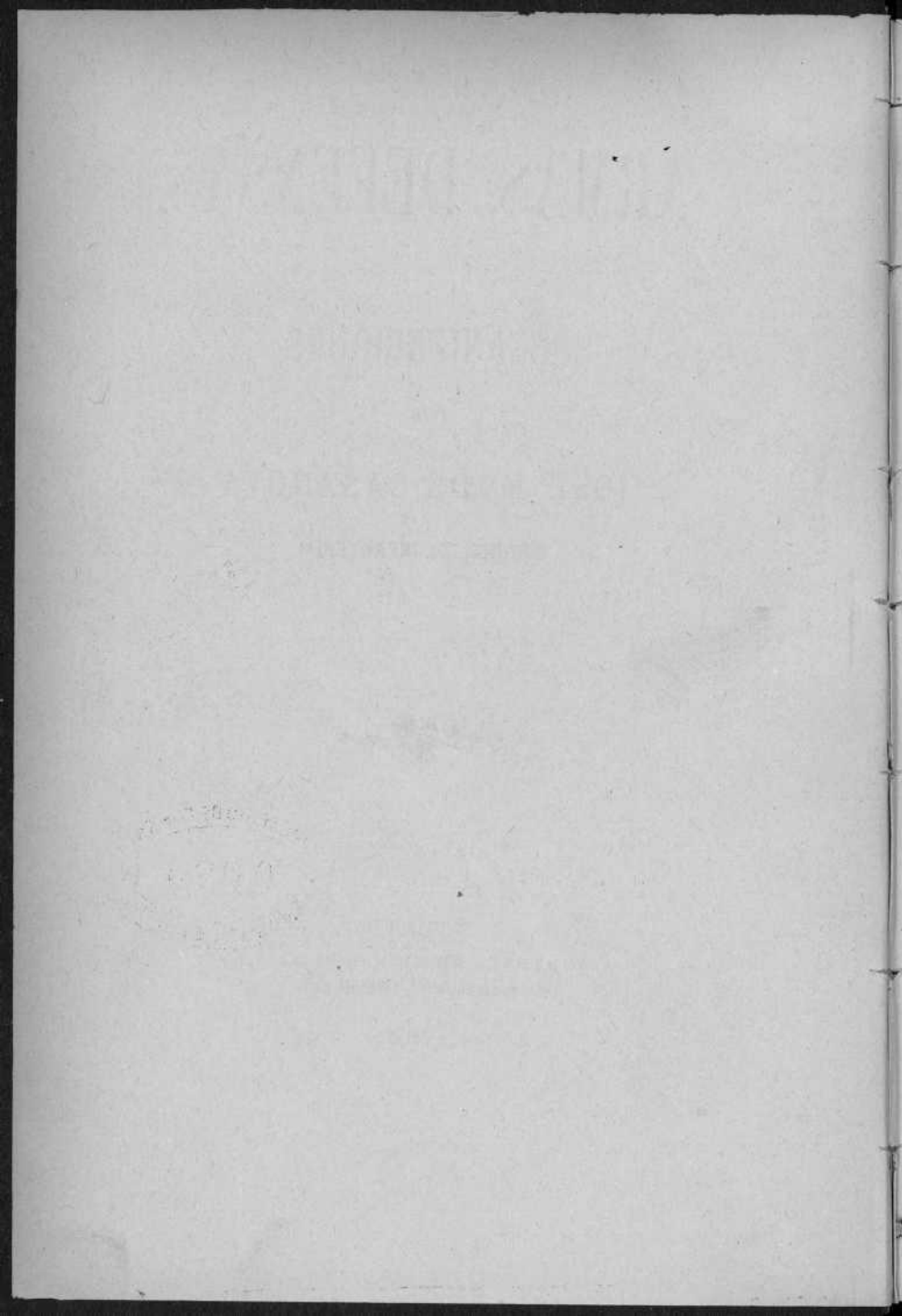
~~80116~~







ARMAS, DEFENSAS Y ORGANIZACIONES



# ARMAS, DEFENSAS

Y

## ORGANIZACIONES

POR

JOSÉ M. DE CASANOVA

CORONEL DE INFANTERÍA



MADRID

IMPRESA DE RICARDO ROJAS

Campomanes, s.—Teléfono 3.071.

—  
1894

Es propiedad del autor.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.

AI EXCMO. SR. TENIENTE GENERAL

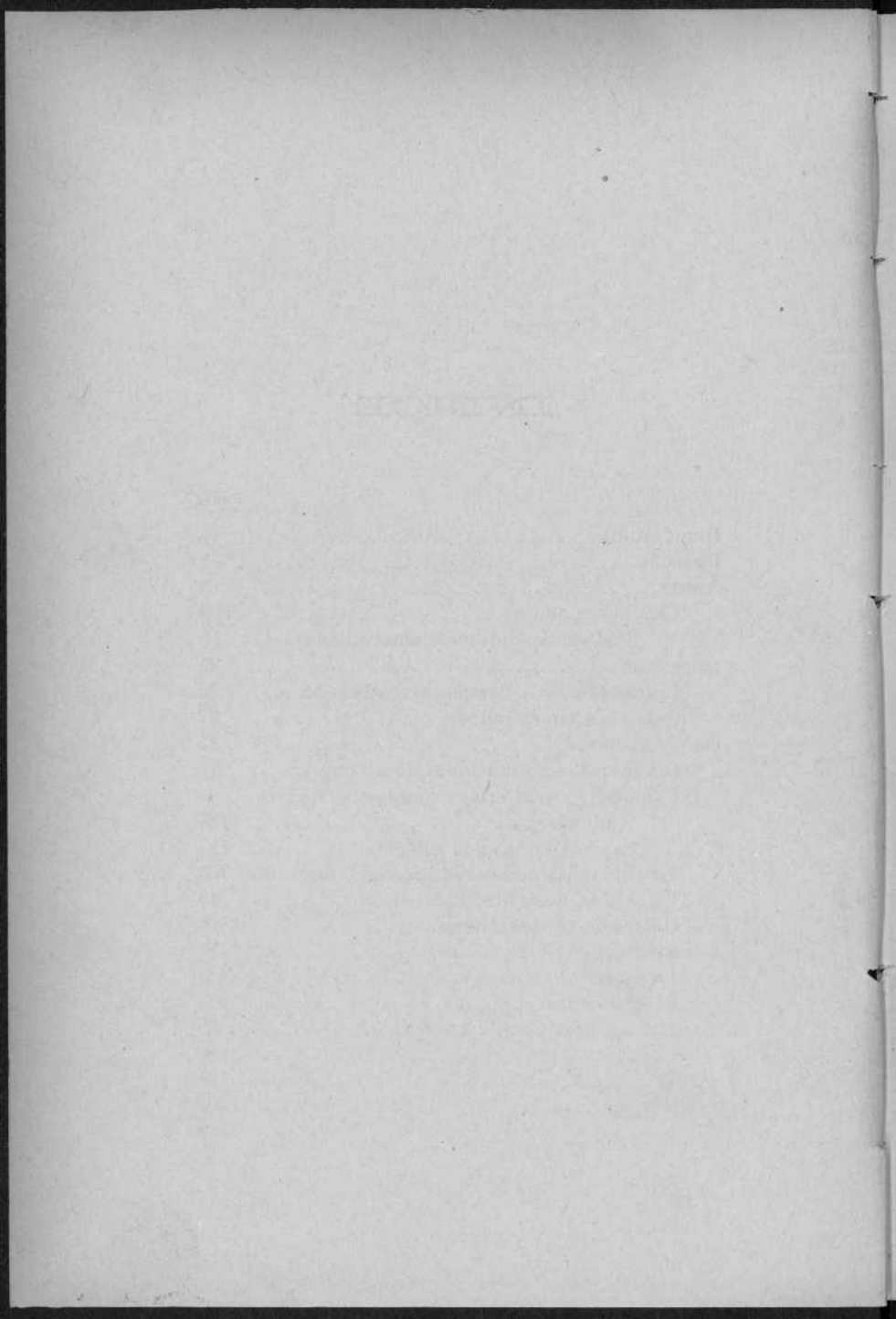
D<sup>e</sup> JOSÉ LÓPEZ DOMÍNGUEZ

*Mi distinguido general: Una esperanza ha servido para alentarme en este trabajo que me permita dedicarle: que V. E. al aceptarle y el Ejército al conocerlo, suplirán las deficiencias de mis pocas condiciones, con lo que superan á éstas, la bondad del pensamiento y la gran estimación en que siempre les he tenido.*

*Su subordinado más afectísimo*

*q. s. m. l.*

J. M. de Casanova.





# ÍNDICE

	Págs.
DEDICATORIA.....	v
PRÓLOGO.....	1
ARMAS.....	5
Cañones y obuses.....	9
Fusiles repetidores y ametralladoras..	15
DEFENSAS.....	25
Plazas fuertes y campos atrincherados....	25
Campos atrincherados....	67
ORGANIZACIONES.....	85
Infantería.—Formaciones de ataque.....	85
Caballería, artillería y gastos de recluta- miento .....	127
La caballería en la guerra.....	127
La caballería comparada con la infantería.	137
La táctica de artillería en el campo. ....	149
Gastos de reclutamiento.....	168
CONSIDERACIONES GENERALES.....	181
La guerra.....	181
El arte militar .....	187
La inspiración en la guerra.....	189
Logística.....	190
Estrategia.....	191
Táctica.....	202

---

	Págs.
PSICOLOGÍA DE LA GUERRA.....	213
Ofensiva y defensiva.....	213
Eficacia de las armas.....	221
Formaciones de los Ejércitos... ..	224
Defensiva .....	224
Ofensiva .....	226
Reservas.....	230
EJÉRCITOS PERMANENTES.....	233

---



## PRÓLOGO

---

**N**o basta el pasado ejemplo del desastre de un pueblo poderoso; que su Asamblea creara una Guardia Nacional móvil como amparo y justificación en su proceder, reduciendo el Ejército y discutiendo hasta un franco de los que le asignaban en los presupuestos; la ceguedad en no presentir siquiera que en los espacios se confundían, y no muy lejos, el clamoreo del entusiasmo en escatimar, con el heroísmo previsor, de un pueblo vecino, en dar á su Ejército á manos llenas; no basta, repito, haber tocado la realidad viendo que aquellas economías ocasionaron á la Francia un gasto de cinco mil millones de francos, y que los *despilfarrros* de Alemania, practicando la escuela contraria, le valieron un ingreso de igual can-

tividad, y deajo, que no es poco, otra clase de consideraciones.

La idea de que los Ejércitos permanentes no son necesarios, lejos de desaparecer ante resultados tales, sigue adelante y con las alas que una florida y soñadora elocuencia le prestan, se cierne sobre nuestras cabezas constantemente y trata de entrar en nuestras inteligencias, apoyada en la eficacia indiscutible de las negociaciones diplomáticas y disfrazada del verdadero espíritu de humanidad, con el pretexto de evitar la eficacia destructora de las modernas máquinas de guerra, sin contar que cuando el cañón habla calla toda elocuencia, y que al ser destruidas esas escuelas ideales ó de conveniencias por la realidad y bajo puntos de vista más elevados, para conseguir el éxito se hace preciso valor sin limitaciones, previo estudio y sabia aplicación, tratándose de asunto tan complejo y de importancia tanta como el arte de la guerra.

La familia militar tiene, pues, un deber más que cumplir sobre los sagrados que ya

tiene, que es contrarrestar esas teorías de una manera eficaz y concluyente, no por egoísmos jamás justificados, sino porque sobre ella pesan las responsabilidades todas que encumbran á los pueblos, evitándoles las afrentas del deshonor y la ruina.

Demostrar, pues, la necesidad absoluta de los Ejércitos permanentes, la ineficacia de los gastos en excesivas plazas fuertes, como la clase de defensa para una Nación con más probabilidades de utilidad, y que los efectos destructores de las modernas armas no lleguen ni con tanto á los de las armas blancas, dadas las actuales tácticas y organizaciones más aceptadas para el combate, es el objeto de este libro.

Si en tanto á conseguir, logro algo, con mis propios juicios y con el acierto de escoger lo que de importantes obras extranjeras he traducido, veré recompensados mis esfuerzos, que serán por lo menos apreciados siempre por mis compañeros como hijos del mejor deseo y del mayor patriotismo.

---

1875

1875

1875





## ARMAS

---

**L**A ley natural, influida tal vez por los asombrosos acontecimientos de la guerra franco-alemana de 1870 á 1871, ha causado reformas tales y tan profundas en los elementos de combate, que parece que la Humanidad no ha tenido otro quehacer preferente que el del estudio de las ciencias mecánica y química para conseguirlo; á tal extremo, que lo que en otras épocas, sin ser tanto, ni con mucho, representó años y años, tal vez siglos, el tiempo transcurrido para lograrlo hoy es tan corto y las perfecciones tan transcendentales, que podemos decir, sin miedo á equivocarnos, que « tanta luz nos deslumbra ».

¿Influirán esos adelantos en la táctica, como otros lo han hecho en la estrategia; la

defensiva habrá aumentado en importancia; se habrá igualado á la ofensiva; será hoy superior á ella, ó habrá todo quedado como estaba, ó con ligeras innovaciones? Unos creen lo primero; otros lo segundo, y los más lo que hemos dicho últimamente, discutiéndose hasta en detalle la menor reforma.

La verdad es que, para averiguarlo, no tenemos más campo que el no limitado de las conjeturas, y para buscar en él las conclusiones determinantes, es menester fundarlas en bases más sólidas, deduciendo, por lo ocurrido con aquellos elementos, lo que puede suceder con éstos.

La pólvora sin humo, los cañones y obuses rayados, con mayor alcance, de carga rápida, proyectiles perfeccionados y de diferentes aplicaciones, y los fusiles repetidores, son otros tantos adelantos rápidos y eficaces, pero sobre los que parece no haberse dicho aún la última palabra (1), en cada uno se en-

---

(1) Según el último número de la *Revue Militaire de l'étranger*, la novedad del día es la invención del explosivo R. Pictet, por el célebre sabio suizo del mismo nombre.

cierran problemas, los más resueltos al parecer, otros con esperanzas de conseguirlo, y en todos ellos está la ansiedad expectante del resultado, que la práctica en la guerra ha de mostrarnos, y que, bajo la base dicha, hemos de tratar al ocuparnos de organizaciones.

Sabemos que la pólvora ha de reunir las condiciones de poco coste, de fácil fabricación, difícil combustión por el rozamiento para hacerla manuable, y de no ser alterable por las influencias atmosféricas, para tener de ella grandes depósitos; después se buscó una tercera condición, á fin de emplearla en mayores cargas, que fué la combustión más regular y lenta; claro está que al adoptarse los pequeños calibres, dicha condición se imponía con más urgencia, y en las experiencias de combinaciones químicas que se hicieron para lograrlo, con el fusil Lebel, dieron, sin pretenderlo, la pólvora sin humo. ¿Llena ésta las otras dos? Parece que sí; no sin haber sufrido otras experiencias y otras combinaciones químicas, que dieron pólvoras

Vielle, Fontaine, Designolle, pólvora algodón, Nobel y otras que sería prolijo enumerar; el hecho es que la pólvora sin humo existe, que no ensucia el ánimo, con la sustracción de los productos sólidos se disminuye su corrosión, y que el humo que produce es azulado, casi transparente, visible sólo á corta distancia en la fusilería, y en la artillería no da tiempo á que apunte el enemigo por disiparse antes; ocasionando, por último, una detonación al disparar que oye sólo el soldado que tira y sus más inmediatos.

El General Pierron dice que en 1877 se empleaba en las cargas de la artillería, dinamita, piroxelina, pólvora algodón, picrato de potasa, etc., etc., y por último, la melinita y ecrecita, con que se cargan las granadas fogatas son las pólvoras explosivas de gran potencia, que están llamadas á influir tan directamente en el porvenir de las Naciones.

## CAÑONES Y OBUSES

Gran alcance, precisión en el tiro, mayor campo de acción para los efectos de los proyectiles, variedad en éstos para las distintas aplicaciones, calibre único, tiro rápido, condiciones de facilidad y ligereza en sus movimientos; aplicación de obuses á la artillería de campaña por sus tiros curvos, es cuanto se busca ó se trata de perfeccionar.

El alcance se ha obtenido con los cañones y obuses rayados, sus efectos se calculan eficacísimos de tres á cuatro mil metros, y dicho se está que buscar estos alcances en límites donde la vista no pudiera llegar ni aun con los gemelos más perfeccionados, sería erróneo; porque de nada serviría obtenerlos si no podían ser aplicados; hoy mismo, en el discutido punto de la distancia á que debe romper el fuego la artillería, no obstante las diferencias de criterios sobre el particular, la opinión general más admitida es la de 2.500 metros.

La precisión de tiro es tal, que puede ser comparada con los efectos destructores de los proyectiles; el General Pierron, en su notable obra de 1889 *Los métodos de guerra*, dice que hay que inventar otros elementos, nuevas defensas, toda vez que ni los terraplenes, ni los parapetos, son ya bastante para resistir la potencia destructora de la moderna artillería.

En cuanto al tiro indirecto, es discutible su eficacia.

El tiro de Shrapnels ha logrado alcanzar mayor campo de acción para los efectos de los proyectiles, con la inversión del cono que éstos determinan; con sus proyectiles en la llamada zona de acción ó de peligro; sabemos que la antigua granada estallaba al choque de la espoleta con el suelo, los balines de su carga determinaban ese cono, cuyo vértice era el punto de contacto y la base la trazaban en el espacio dichos pequeños proyectiles, resultando de aquí que los efectos quedaban reducidos á una zona relativamente estrecha; hoy los Shrapnels con sus espoleta-



tas de doble efecto, graduadas á 10 metros del blanco, distancia reconocida como la mejor, con esa base que antes casi producía efecto, barre y destroza cuanto tiene delante. Dicho proyectil, que se aplica sobre grandes masas, bien en campo raso, ó resguardadas por accidentes del terreno, zanjas ó parapetos, el bote de metralla para las cortas distancias, la granada fogata, como la llaman en Francia y en Alemania, *sprenggranate*, que se aplica á batir las obras de fortificación permanente, que tiene cuatro calibres de longitud, y está cargada, como hemos dicho, con melinita y ecracita, y que por su peso presenta algunos inconvenientes en su aplicación á la Artillería de á caballo, y aun á la montada, la granada incendiaria para las maderas, la granada torpedò y la granada ordinaria; son los proyectiles con que cuenta la Artillería para los distintos casos en que pueda encontrarse.

El calibre único, nadie desconocerá sus grandes conveniencias: la facilidad de municionarse es tal, que aunque no existiera otra

razón, se bastaría y sobraría para imponerse; precisa fué siempre esta condición, hoy más que nunca por el gran consumo que de ellas se hace; es una de las atenciones preferentes para un General en Jefe, sobre todo en la ofensiva, que es donde más dificultades presenta su ejecución.

La indiscutible ventaja de la granada fogata, ya lo hemos dicho, es el proyectil más potente de cuantos cuenta la Artillería; su peso ofrece dificultades para la aplicación en la Artillería de campaña porque también se persigue en ésta el cañón de tiro rápido; las experiencias en la guerra son las que han de decirnos sus definitivos resultados en este sentido; respecto á los pequeños calibres en Artillería de campaña, los creemos inaplicables.

Para las piezas de tiro rápido es el general acuerdo la conveniencia de adoptar el calibre de setenta y cinco á ochenta milímetros, así como el de doce centímetros para los obuses.

En cuanto al tiro rápido, el cañón de pe-

queño calibre es sólo aplicable como mero auxiliar en campaña; el de calibre de setenta y cinco á ochenta milímetros resulta un cañón cuyas experiencias han dado buenos resultados, y se puede emplear en la Artillería de á caballo, ó en último caso en la montada; tiene el cartucho metálico que contiene la carga, el cebo y el proyectil, un sistema de cierre que permite mayor velocidad en el tiro, atenuando ésta, según el proyectil que se emplee, de espoleta graduada ó no, por lo que se obtendrán un número de disparos que no pasarán de doce á quince por minuto; la velocidad inicial es de 597; el peso de su cartucho es de siete kilogramos y sus proyectiles son de cuatro clases: Shrapnels, granadas ordinarias, de rupturas y botes de metralla; el peso de la pieza y el de la cureña son de 450 y 603 kilogramos respectivamente. Sólo presenta una dificultad la cuestión de cierre; más complicado, está expuesto á descomponerse con más frecuencia, y la resistencia pudiera no ser la bastante; condiciones contrarias en un todo á las de sencii-

llas y gran resistencia que ha de tener el material todo de campaña.

Tal es el cañón de tiro rápido que ha sido ensayado en el Polígono de Tangerhütte y que parece resultar indudablemente el llamado para sustituir en un todo á las piezas actuales de campaña.

Sólo nos queda que examinar la ligereza en sus evoluciones; más adelante trataremos de este particular al ocuparnos de organizaciones; y en cuanto á la aplicación de los obuses rayados á la Artillería de campaña, diremos que una cosa es indiscutible: la conveniencia del tiro curvo; si han de ser en mayor ó menor número, cada Nación lo resolverá según sus condiciones y elementos, pues mientras unas suponen necesarias una batería por brigada, otras crean regimientos.

Mientras tanto, Krupp, con su gran fábrica de Essen y sus 10.000 operarios en Alemania, y España, con sus fábricas tan modestas como ilustrado es el Cuerpo de Artillería, nos irán resolviendo unos problemas

y garantizándonos la aplicación de los ya resueltos.

### FUSILES REPETIDORES Y AMETRALLADORAS

Los fusiles rayados introdujeron una reforma de gran importancia en las armas portátiles, dándoles más alcance y mayor precisión en el tiro; su empleo en la guerra de Crimea demostró á la brillante Infantería rusa que las cargas á la bayoneta y sus prodigiosos resultados habían concluído.

El fusil de aguja, empleado en la guerra de 1866 por el Ejército prusiano, fué un paso más y de incalculable importancia en el perfeccionamiento de estas armas: no el ataque á la bayoneta, el orden de combate en grandes masas se hizo imposible. La división Fransecki se pudo sostener contra dos cuerpos del Ejército austriaco en el bosque de Benateck, gracias á la superioridad de este armamento, que compensó notablemente la inferioridad de número.

En la guerra franco-alemana se usó e

fusil de retrocarga Chassepot y el Dreyse, respectivamente por los Ejércitos de aquellas Naciones; en cuanto á la superioridad del primero sobre el segundo, diremos lo mismo que de las eficacias de las ametralladoras, de las que tanto los franceses se prometían; los accidentes de la guerra, sus acontecimientos tan rápidos como inusitados, no dieron ocasión para que fuesen apreciados debidamente, pero no por eso ha de dejarse de reconocer las ventajas de estas armas.

El Martín Heuri tuvo aplicación en la guerra ruso-turca; éste era repetidor; muchos ejemplos podíamos citar, pero bástenos recordar que en el ataque dado al centro de los atrincheramientos turcos de Plewna por seis batallones de la brava Infantería rusa, fueron contados los que quedaron con vida. Los sistemas de repetidores y sus reformas se han sucedido de una manera maravillosa; van buscando hasta idealidades que poner en práctica, sin considerar que todo ha de estar comprendido entre los límites de la razón, y así no es extraño que lo que hoy da-



mos como inmejorable, mañana nos resulte inadmisibile aun á costa de los mayores desencantos.

En todos ellos se busca mucho de lo que ya hemos dicho sobre los cañones; por esta razón no repetiremos lo que se refiere á los alcances, eficacia en el tiro, tensión de la trayectoria y fuerza inicial; todo se ha obtenido superando con creces á toda ponderación (me refiero al día de hoy); también hemos hablado sobre el error de buscar mayores alcances.

En cuanto á aprovisionamientos, aunque de mucha más facilidad que los de Artillería, como quiera que éstos están sujetos á mil eventualidades, aun para los mejor organizados, cuantas precauciones se tomen serán pocas á fin de evitar la menor contrariedad que pudiera acarrear fatales consecuencias. El General en Jefe y todo el que mande tropa, repetimos, ha de tener muy en cuenta lo que acabamos de manifestar.

Queda, pues, reducida la cuestión de repetidores á la mayor ó menor simplicidad en

el mecanismo, al más ó menos reducido calibre, y al mayor ó menor número de disparos.

No hay para qué aducir razones en contra del primer caso; todos sabemos que el reposito de armamento para suplir los desperfectos en una Nación bien organizada ha de ser á razón de fusil y medio por soldado, ó sea el 50 por 100. Calculemos, basados en esto, los que necesitaríamos si el que hubiera de usar el soldado, y más en un día de combate, tuviera un mecanismo complicado en demasía.

La reducción de calibre ha de ser como el alcance, dentro también de ciertos límites; de nada nos serviría que esta reducción llegara á un extremo en que el proyectil, sin fuerza inicial bastante y con volumen demasiado pequeño, fuera juguete del menor incidente de la atmósfera y no recorriera la trayectoria buscada.

El nivel de peso en el soldado, quitándolo del arma para que aumente el número de cartuchos, tampoco puede extremarse.

Nos falta sólo examinar la conveniencia del mayor ó menor número de tiros.

El fusil Lec y el Schmidt obedecen al mismo sistema, son los que más cartuchos pueden encerrar en sus depósitos, en donde se colocan con cargadores, y uno además en el ánima; pero los mecanismos son complicados, y ya hemos dicho los inconvenientes que esto presenta, salvados sólo con una instrucción esmeradísima en el soldado, que habrá de tener además condiciones especiales.

El Lebel francés y Kropastcheck tienen depósito, pero carecen de cargadores, lo que es un inconveniente digno de tomarse en cuenta; porque el soldado, como es natural, ha de emplear más tiempo al cargar dicho depósito.

El Manlicher no tiene este inconveniente; cuenta, por lo tanto, con depósito y cargador, pero le ponen entre otros el defecto de que no puede efectuarse el tiro sencillo con el cargador lleno de cartuchos, cosa que pudiera conseguirse con una pequeña reforma en su mecanismo, si no representara mayor complicación.

Por último, el Mauser, con mejores condiciones que el anterior, y que todos conocemos por ser el adoptado para nuestro Ejército con algunas reformas.

Tiene cinco tiros, que son bastantes como repetidor, no excesivos para que el soldado sea sólo una máquina de disparar, sin tener ligeros intervalos que le haga pensar en lo que está haciendo, y los que permiten, por lo tanto, que el consumo de municiones sea menor que el de otros sistemas. Por todas estas razones, y por los resultados experimentales obtenidos, parece ser el reconocido por mejor. Éste, y los más perfeccionados de los otros sistemas que están en uso, tienen las propiedades de tiro rápido, velocidad inicial, sobre 600 metros, bala ligera y revestida con una camisa dura, carga de dos á tres gramos de pólvora sin humo, cartucho de veinticinco á treinta gramos y trayectoria tendida de tal modo, que se la supone peligrosa hasta la distancia de 500 metros.

Pero cuando apenas nos hemos decidido á aceptar un arma como buena, y en apoyo

de lo que hemos dicho antes, ya la *Revista Científico-militar*, de Barcelona, anuncia dos nuevos fusiles: uno, sistema reformado, llamado Krag-Jøergensen, danés, reputado como el mejor del mundo y adoptado por los Estados Unidos, y otro de cinco milímetros de calibre. Los calibres de estos distintos sistemas son desde cinco y medio milímetros á diez quince; pero llegar á esa reducción de cinco, no sabemos si será de resultados prácticos. Hleber dice que el citado fusil lo va á fabricar Krnka en sus talleres de Praga; es repetidor, un cañón dos veces menor que el del fusil ordinario, alcance de 2.244 metros y peso de dos y medio kilogramos. Volvemos á decir: ¿será esta la última palabra? Aventurado será congeturarlo siquiera.

Tenemos distribuidos en nuestro Ejército 10.000 fusiles Mauser, y entre los que tienen Reminghton y los depositados, 400.000 de éstos; además, las negociaciones sobre mayor número de Mauser, ya con siete milímetros, están terminadas: ¿en qué tiempo podrá nuestro Ejército contar con este nuevo arma-

mento? No podemos precisarlo, pero sin temor á equivocarnos, será en un período relativamente largo para los deseos del Ministro de la Guerra y cuantos al Ejército pertenecemos; soluciones son éstas que han de contar con otros factores, que siempre entorpecen, aun con las mayores previsiones, al tocar las realidades.

La reforma Freire Brul nos ha hecho ganar una velocidad inicial de 25 metros; pero esto no llena otras condiciones impuestas por la necesidad.

La idea de reformar nuestro armamento Remington está lanzada, bien por entubación de un cañón, en el que hoy tiene, ó bien sustituyendo éste por otro, aprovechando en los dos casos todo cuanto tiene el fusil actual; resultando la primera reforma más económica que la segunda, ¿no será conveniente una resolución pronta en uno ó en otro sentido, con lo que se tendría con poco gasto y en breve plazo, la unidad de calibre, las ventajas que esto representa, quedando siempre este armamento el día de mañana, y

en un caso de necesidad, para las reservas? No somos nosotros los que hemos de contestar, habiendo para ello mayores competencias.

Y ya que de entubados hablamos, recordaremos el que han tratado de adoptar en Alemania, y que no les ha dado resultado, para conseguir que los muchos disparos no impidan el manejo del arma, puesto que quedaba entre los dos cañones un pequeño espacio, y el aire que en él existía no se enfriaba sino después de mucho tiempo, por lo que dió resultado completamente contrario.

Los suizos, en vez de hacer esto, han empleado la madera para revestir en parte el cañón de sus fusiles, sin que sepamos hasta qué punto hayan podido lograr su intento.

Nos queda la carabina y la lanza; la importancia que ésta ha adquirido sobre la primera es tanta, que Alemania ha dotado de dicha arma á toda su Caballería, y Francia á la mayor parte de la suya; esto se explica fácilmente, dada la aplicación de la Caballería en las actuales guerras, y que explicaremos más adelante.

Los globos, los refractores eléctricos, los perros, cuya recordación en su empleo en la guerra por los asirios, nos la hizo el Ejército inglés, las palomas mensajeras, los bicíclos, el vapor y la electricidad, y los petos Soutt y parabalas Dowe de que nos habla la *Revista Científico-militar*, de Barcelona, son otros tantos elementos de combate; los unos del pasado, los otros del presente, y al unirse para el porvenir, nos demuestran de una manera evidente que el ayer indefinido no siempre se pierde.

Si ese parabalas Dowe es eficaz, y las experiencias hechas á la distancia de doscientos metros, dan que las balas del Manlicher no atraviesan la coraza, hecha de un fieltro de tres centímetros de grueso, y peso que por metro cuadrado no llega á tres kilogramos, ignorándose su composición; no podemos negar que esta vez la Providencia se nos muestra favorable, toda vez que entre tantos elementos de destrucción, nos facilita uno que contrarresta en algo aquellas eficacias.





## DEFENSAS

---

### PLAZAS FUERTES Y CAMPOS ATRINCHERADOS

**L**os pueblos antiguos defendían sus campamentos con filas de carros y empalizadas, y sus fronteras con apretadas hiladas de árboles y terraplenes, que más tarde completaron con fosos y otros elementos.

Los chinos defendieron el Norte de su Imperio con una muralla de mil leguas de extensión, con torres intermedias y en los flancos.

Las grandes Naciones de Oriente envolvían sus principales poblaciones, como Babilonia y Ninive, con recintos murados de gran

extensión y espesor correspondiente, apoyados en ríos ó en las orillas del mar.

Los romanos trataron de compensar, según Montesquieu, la decadencia de su Ejército, después de la campaña de Aníbal, con un número excesivo de plazas fuertes, para defender sus fronteras, á lo que se debió la caída del Imperio. Pero Mandar la atribuyó precisamente á todo lo contrario, á la negligencia en consolidar sus fortalezas y á la corrupción de costumbres; resultando de aquí la duda de la mayor conveniencia de muchas ó pocas plazas fortificadas en una Nación; en apoyo de lo primero existen, entre otras razones, los aprovisionamientos, rehacerse en caso de una derrota y seguridades para la línea de comunicaciones, tan indispensable en un Ejército, y en lo de lo segundo, que exigen la defensa de muchas plazas fuertes fuerzas considerables, y que al tener que ser distraídas del Ejército, pueden influir en las decisiones de la batalla para alcanzar la victoria. Surge, pues, la dificultad del número de plazas fuertes que ha de emplearse en la

defensa de una Nación, el sistema que ha de seguirse en sus construcciones, y por último, el emplazamiento, teniendo en cuenta para este último caso que hay que considerar las del centro, frontera y las de la costa.

Vamos, pues, á examinar la marcha seguida y los criterios distintos de apreciaciones sobre estos tres puntos que acabamos de exponer.

Enrique I hizo construir una línea de defensa y después una segunda línea. Esto dió lugar más tarde al sistema de líneas de Vauban, tan en boga, aplicada á la defensa del N. y E. de la Francia.

Al fin del período de Carlo-Magno muchas ciudades fueron rodeadas de terraplenes, fosos y murallas.

Estos medios de defensa fueron cambiados por la nobleza, que construyó gran número de castillos, coronando las montañas, complementándola hasta cierto punto.

En la Edad Media, las fortalezas se hicieron inexpugnables, y sólo bloqueándolas y sitiándolas se rendían.

Federico el Grande decía á sus generales: «En la guerra defensiva, el que todo lo quiere cubrir, no cubre nada; el evitar los destacamentos traerá algunos pequeños males, pero impedirá los grandes desastres que la disminución de fuerzas acarrea, sobre todo en la defensiva.»

Napoleón lo expresa en esta otra forma, que en la esencia viene á ser lo mismo: «Pretender defender la frontera por una línea defensiva, es distribuir el Ejército y sus principales elementos por todas partes y no ser fuerte en ninguna.»

El General Jomini también lo expresa así diciendo: «Una plaza bien situada favorece las operaciones, mientras que otra sin estas condiciones es un azote para el Ejército que tiene que defenderla, y para la Nación que ha de costearla.»

Esta parte del arte de la guerra se puede reducir á las siguientes máximas:

1.º Un estado debe tener sobre tres líneas de plazas escalonadas desde la frontera á la capital, tres plazas en primera, otras tantas

en la segunda y una gran plaza de armas en tercera línea, cerca del centro del Poder, formando un sistema casi completo por cada parte de la frontera.

2.º Las fortalezas deben estar constituidas sobre puntos estratégicos importantes.

3.º Las grandes plazas son preferidas á las pequeñas por ofrecer sobre éstas toda clase de recursos.

4.º Hacer la guerra sitiando las plazas fuertes ó prescindiendo en absoluto de ello, sería fatal. La verdadera ciencia de la guerra consiste en tomar un punto medio entre los dos extremos.

5.º Si una plaza de éstas defiende el paso de un río de importancia, deberá tomarse, por ser el único modo de tener cubierta la retirada.

6.º Que las pequeñas plazas de guerra favorezcan el Ejército. En país montañoso pequeños fuertes son muy útiles.

7.º Que cada frontera ha de tener grandes plazas de refugio, y plazas secundarias

y de pequeños puestos para facilitar las operaciones.

8.º Las grandes plazas retiradas de la dirección estratégica, son una desgracia para el Estado.

9.º Las plazas fuertes de la costa no pueden tener importancia más que en las combinaciones de guerras marítimas; pueden llegar á ser desastrosas para un Ejército continental, ofreciéndole un equivocado apoyo.»

Von Clausewitz dice «que una Nación debe fortificar la capital, y que las ciudades del interior, cuyas buenas condiciones lo requieran, deben ser también protegidas por la fortificación.

»Que si tiene muchas plazas fuertes, tendrá razón para colocar en la frontera el mayor número; pero que será una gran falta no tener ninguna en el interior.»

El Príncipe Carlos dice sobre la defensa de un Estado: «Las fortalezas serán colocadas de tal suerte que el enemigo no pueda fácilmente dejarlas á retaguardia, sin riesgo para sus comunicaciones y convoyes, y que

para seguir se vea obligado á dejar una fuerza considerable para observarla, bloquearla y sitiarla.»

En cuatro clases las divide: 1.<sup>a</sup>, 12.000 hombres de guarnición; 2.<sup>a</sup>, de 12.000 á 6.000; 3.<sup>a</sup>, de 6.000 á 3.000, y 4.<sup>a</sup>, de 3.000.

Mas Jomini dice que el Príncipe exagera la importancia de las plazas de primera línea y el efectivo de sus guarniciones.

Sainte Susanne, en las Memorias de 1819, tituladas *Proyecto de cambios en el sistema de plazas fuertes*, para que sean verdaderamente útiles á la defensa de la Francia, reduce á trece las grandes plazas y á diez las pequeñas.

Las Memorias de Vauban, de 1705 y 1706, prueban que la Francia tenía 297 fortalezas, que exigían una guarnición de 151.000 hombres.

El Mariscal Marmont divide las plazas en plazas de depósito y plazas de maniobras, cuyos nombres indican su objeto.

El General Jomini exige tantas plazas de segunda línea como de primera, y una plaza de armas por cada frontera del Estado.

El General Paixhans y otros tienen distinto sistema, y el General Pierron dice, en su obra de 1889 *Los métodos de guerra*, como sigue, sobre particular tan importante:

«El instrumento más eficaz para defender un país es un Ejército superior al del adversario, que permita llevar la lucha sobre el territorio enemigo, ahorrándonos las cargas y estragos de la guerra.

»Por el contrario, si nuestro Ejército está obligado á la defensiva, la ayuda más eficaz es una red extensa de caminos de hierro y de vías de comunicación, sobre todo paralelas á la frontera, de manera que dé la facilidad de concentrar rápidamente las fuerzas y obtener así la superioridad numérica contra las columnas aisladas y los flancos del invasor.

»En efecto, la victoria sobre el campo de batalla da el medio, en persiguiendo á todo trance al enemigo batido, de aniquilar sus fuerzas organizadas. Pero para alcanzar esta victoria la primera condición es llegar á conseguir la superioridad numérica, es decir, reconcentrar las masas en los puntos deci-



sivos, llamando rápidamente todas las tropas de que se puede disponer. Priva de tal posibilidad tener gran número de plazas fuertes, que absorben guarniciones considerables.

»Si el invasor ha puesto á nuestro Ejército en estado de no poderle causar un desastre en la campaña sobre el campo de batalla, tendrá facilidad para reducir á la impotencia las plazas fuertes que le estorben, es decir, aquellas que intercepten ó amenacen de cerca sus líneas de comunicaciones, se contentará con paralizar las otras y hacerlas observar por destacamentos.

»Así, los caminos de hierro son el instrumento de defensa más poderoso, tienen sobre las plazas fuertes la inmensa ventaja de favorecer la concentración de tropas, mientras que las fortalezas, al contrario, las esparce y las inmoviliza sobre puntos inertes, situados frecuentemente fuera de la zona de operaciones decisivas, y sus guarniciones no pueden ser llamadas cuando se quiere, porque no son útiles para la guerra de campaña, falta de medios de transportes, ambulancias or-

ganizadas, parques móviles, etc. Los caminos de hierro, por otro lado, contribuyen á desenvolver las riquezas dél país en tiempo de paz, mientras que las plazas fuertes son en extremo costosas á crear y á sostener, y cuyo valor defensivo va disminuyendo á medida que aumenta el alcance y la precisión de la artillería y el poder destructivo de sus proyectiles.

»Tal es así, que en 1887 no vimos á la fortificación otra defensa contra las bombas cargadas de dinamita, piroxelina, pólvora de algodón, melinita ó pitrato de potasa que los acorazamientos ó las murallas de argamasa, lo que obliga á rehacer todas las obras situadas en primera línea; el porvenir amenaza demostrar que estos medios, que ocasionan un gasto colosal, serán un paliativo insuficiente. En efecto, con la precisión actual de tiro de los morteros y obuses rayados, con el poder de penetración de sus proyectiles, que baten un blanco inmóvil, como lo es forzosamente un fuerte ó pequeña plaza, tal blanco será llamado á una destrucción

cierta y en un plazo que vendrá á ser de día en día más corto. Las plazas fuertes, sin embargo, serán útiles para ofrecer puntos de apoyo á un Ejército, lo mismo que cuando estos puntos de apoyo no sean más que momentáneos, en los casos siguientes: 1.º Para cubrir los flancos del Ejército cuando efectúe su despliegue estratégico sobre la frontera ó cubra su frente de concentración. 2.º Para permitirle cubrirse en una retirada y servirle como eje de maniobras para tomar la ofensiva una vez reforzado. 3.º Para poner en seguridad sus almacenes y depósitos, ya en la ofensiva como en la defensiva. Pero es menester que esas fortalezas estén situadas en las líneas estratégicas, es decir, en la región donde se decida la suerte de la guerra.

»En cuanto á la obligación de dominar las líneas férreas de fuertes, no es necesaria, porque la experiencia ha demostrado que el invasor emplea mucho más tiempo para reparar ó rehacer una gran obra de arte, tal como un puente, un túnel, un viaducto, que para reducir una pequeña plaza ó fuerte, que

tiene siempre el inconveniente de retener una guarnición.

»El gran escollo, en efecto, de las plazas fuertes es que debilitan los Ejércitos de operaciones, exigiendo una guarnición sólida, y oficiales de excepcionales condiciones, para dirigir debidamente la resistencia, empleando hombres de cabeza y corazón, que son tan necesarios en el campo de batalla.

»Es preciso, pues, que las fortalezas sean tan poco numerosas como sea posible, porque

»1.º En tiempo de paz la guarnición obliga á dividir la fuerza de Infantería por fracciones, vicio capital que impide dar á estas fracciones una sólida instrucción militar, y un Ejército no vale más que lo que vale su Infantería; sin efectivo suficiente, aquél no puede recibir condiciones de guerra.

»2.º El armamento y provisionamiento de estos fuertes y plazas, absorben y diseminan los recursos del país.

»3.º El entretenimiento del personal sedentario (Oficiales de plaza, Ayudantes de

Ingenieros, guardas de Artillería, etc.), consumen una parte principal del presupuesto, que debía ser consagrado lo más posible al Ejército de operaciones, puesto que es en el campo de batalla donde se decide la suerte de las Naciones y de las fortalezas.

»4.º En tiempo de guerra las guarniciones reducen el Ejército, mientras que éste, sobre todo después de su descalabro, tiene por primera necesidad que proveerse lo más pronto posible de todo aquello que exige una buena organización, como medios de transportes móviles, caballos, etc., que no se encuentra en las plazas.

»5.º El gran número de plazas fuertes puede impedir al Ejército tomar la ofensiva, y llevar la guerra al territorio enemigo.

»6.º En fin, la resistencia, no obstante los gastos de construcción más colosales, viene á ser de día en día más problemática, porque el progreso de las ciencias química y mecánica aumentan el alcance de la Artillería, su precisión, el poder de penetración y explosión de sus proyectiles; mientras que

una plaza fuerte es y será siempre por fuerza, un blanco inmenso y fijo.

»7.º Un país que pone su salvación en un gran número de plazas fuertes se condena á la defensiva, sacrifica su Infantería á las armas especiales, mata su propio espíritu de iniciativa y audacia, el arrojo ofensivo; por lo que ha dicho el Mariscal Villars, con razón, no se parece más que por la defensiva, porque un enemigo activo acaba siempre por encontrar el defecto de la coraza de un adversario inerte.

»Las villas fortificadas sin poseer otra cosa que un recinto sin fuertes destacados, sucumben rápidamente después de algunas horas de bombardeo. El Jefe, por enérgico que sea, y la guarnición, no pueden resistir mucho tiempo, cuando ven las casas reducidas á cenizas, los habitantes, los enfermos y heridos sin abrigo contra los proyectiles.

»Se puede objetar que las murallas están intactas; los habitantes opondrán á éso que las murallas son precisamente la causa de su ruina, y las lamentaciones no tardarán en des-

moralizar la guarnición, porque el corazón humano es más fuerte que las reglas abstractas.

»Peor es todavía si la ciudad no tiene más que una ciudadela. Creer que los defensores de ésta tirarán á la ciudad sobre sus compatriotas, parientes y amigos para echar al enemigo de las calles, es hacerse la ilusión más insensata, porque la realidad la hace desaparecer; es ir contra el resultado de la fortificación, toda vez que en lugar de proteger á los habitantes, los mata y destroza. El enemigo, en contrario, dueño de la ciudadela, tendrá fácilmente la ciudad á respeto, porque como no se encuentra en aquellas condiciones del defensor, la cañoneará y quemará si es necesario, para imponerla la obediencia.

»Así, en lugar de conservar ciudades protegidas insuficientemente contra su bombardeo, es mejor arrasarlo la fortificación, puesto que la guarnición prestará mejores servicios en el campo de batalla, que los de provocar la ruina de los habitantes.

»En materia militar la vacilación es siempre peligrosa y las medidas á medias funestas.

»Si es menester guardar un centro de líneas férreas, ó un paso en las montañas; un fuerte de parada provisto de casamatas á prueba de bomba, y de una cúpula giratoria acorazada, será siempre preferida á una ciudad fortificada; porque su guarnición será menor y no mermará tanto el Ejército de campaña; no tendrá bajo su vista la desolación de los habitantes por la desmoralización y estará libre de las contingencias del bombardeo.

»Los oficiales pueden iniciarse en la enseñanza de la estrategia, y sobre todo, en las condiciones de tiempo y espacio necesarios al desarrollo de grandes columnas de Ejército; algunos pretenden que hacen falta grandes plazas, que llaman campos atrincheros, para acoger á un Ejército batido, y permitirle rehacerse para emprender enseguida sus operaciones en el campo; pero los acontecimientos han dado siempre un mentís á esas teorías imaginarias.



»El Ejército de Ourmsér encerrado en Mantua, capituló falto de víveres sin rehusar abrirse paso; la misma suerte tuvo el de Mack en Ulm, en 1805; el de Pemberton en Vicksburg (Estados Unidos) en 1863; el de Bazaine en Metz en 1870; el de Osman Pachá en Plewna en 1877. En efecto, un Ejército batido que se refugia en una gran plaza, tiene necesidad para rehacerse en un plazo tal, que el enemigo no tenga tiempo de completar sus trabajos de ataque y de fortificación; por lo tanto, toda salida se hace bajo fuegos concéntricos. El que ataca, que descubre las concentraciones de fuerzas enemigas, gracias á sus exploraciones, tiene la posibilidad de hacer llegar sus reservas á tiempo, porque el número de caminos que salen de una ciudad en una misma dirección, es demasiado reducido para que el despliegue del Ejército se lleve á cabo rápidamente. Por lo tanto, aun cuando el Ejército cercado consiguiera forzar el paso, no podría volver á tomar su libertad en operaciones de campo raso, porque sus bagajes, parques y convoyes serán

la presa de las tropas que le perseguirán de cerca, después de su salida.

»Un Ejército que se refugia en una plaza fuerte comete un suicidio estratégico, y deja al enemigo el territorio que tiene el deber de defender.

»Un campo atrincherado no es útil más que á un Ejército inferior en número que defiende una colonia ó provincia lejana, ó á un pequeño Estado, que después de haber tenido infructuosamente una campaña contra fuerzas superiores, es obligado á acogerse á una plaza, puerto de mar ó cabeza de puente, por los que espera socorro, y donde él disputa los alrededores cuanto puede, á fin de dar el mayor tiempo posible para que esos socorros lleguen.

»Otra teoría imaginaria consiste en atribuir á las plazas fuertes una acción ofensiva lejos, á muchas jornadas de marcha del alcance de la Artillería, y creer que la guarnición puede salir cuando le plazca á fin de operar. Esto podrían hacerlo, en todo caso, cuerpos de voluntarios, ó una pequeña parte

de la guarnición. En efecto, la casi totalidad de ésta se emplea en los trabajos indispensables para poner la plaza en estado de defensa. Cuando una declaración de guerra tiene lugar, una fortaleza no está más que medio preparada; hace falta destruir baterías intermedias entre los fuertes, formar vías de acceso, depósitos provisionales de municiones, etc.

»Por lo tanto, ningún Gobernador de plaza consiente dejar una parte respetable de la guarnición para que se aventure lejos de la protección de su Artillería, temiendo no verla más; y para operar en campo raso, esta guarnición no tiene suficiente Caballería para conseguir medios de transporte y atalajes. Cuando el invasor alcanza una victoria decisiva sobre el Ejército de operaciones, domina la campaña por el terror, y todas las guarniciones se tienen que encerrar detrás de las murallas.

»En cuanto á la forma de fortificación, debe satisfacer dos condiciones:

»1.<sup>a</sup> No exigir la guarnición más reducida

posible, bajo pena de ir contra su objeto fundamental, que es ser un apoyo para el Ejército de operaciones y no una causa de abatimiento.

»2.<sup>a</sup> Estar en estado de resistir los más poderosos medios de destrucción, lo que exige que el Oficial de Ingenieros complete su instrucción en el campo de tiro de Artillería.

»Los fuertes de parada aislados, susceptibles de ser atacados por muchos lados por baterías convergentes, que lanzarán proyectiles explosivos, deberán tener una ó varias cúpulas acorazadas, á prueba, y preparadas de contra-minas.

»Para barrer un paso en la montaña, será mejor emplear baterías cubiertas en los desfiladeros, con atrincheramientos anejos que interceptarán el camino para los puentes levadizos, y de los fuertes sobre las cúspides; y á medida que la Artillería aumente su alcance, será necesario coronar de fuertes otras alturas más lejanas, lo que exigirá nuevos gastos y nuevas guarniciones.

»Las grandes plazas tendrán un recinto y

una línea envolvente de fuertes destacados; será necesario que el recinto no esté enfilado ni pueda escalararse, porque la lucha decisiva tendrá lugar sobre la línea de fuertes. Éstos deberán dominar el terreno exterior y proteger las salidas de la plaza.

»En los intervalos de los fuertes y en los pliegues del terreno se establecerán las baterías intermedias destinadas á luchar con armas iguales, con las baterías del sitiador, mientras los fuertes protegerán los flancos contra un ataque á viva fuerza.

»Las fortalezas servirán de reducto á los países sobre la base interior, y los campos atrincherados tendrán la forma de una gran plaza, y además como anejos unas cabezas de puente situadas á una jornada en los extremos de la plaza, sobre las corrientes de agua que la atravesarán.

»Gracias á estas cabezas de puente con la plaza central de grandes entradas, la guarnición obligará al enemigo á estar á larga distancia, y si él se empeña tomar una de esas entradas, podrá atacarle por el flanco ó

retaguardia. Con esta disposición, la guarnición tendrá plena libertad de maniobrar en cada sector, mientras que el enemigo no habrá reducido las dos cabezas de puente, que se hallan á los extremos de este sector.

»Pero las obras de fortificación no bastan para que una plaza pueda defenderse; la hace falta todavía lo que se olvida con frecuencia: víveres para todo el tiempo que dure la guerra, en los almacenes, al abrigo del incendio y de los proyectiles enemigos, municiones, una fábrica de cartuchos, aparatos para explorar la zona de ataque, útiles, atalajes para los carros de los cañones y proyectiles, un camino de hierro de circunvalación al abrigo del fuego enemigo, servicio de ambulancia, agua en los fuertes aislados, Artillería bien dirigida, una guarnición que no sea de valetudinarios y conscriptos, y sobre todo, un Jefe inteligente y enérgico, capaz de poner en práctica todos sus medios de acción.

»El emplazamiento de fortificaciones permanentes tiene sobre la utilidad una influen-

cia más grande todavía que los grados de resistencia intrínseca.

»Si se teme una coalición del más poderoso adversario, contra éste han de estar las plazas agrupadas, de manera que puedan dar puntos de apoyo á nuestro Ejército de operaciones, protegiendo ante todo los puntos débiles y los flancos, porque una vez batido este adversario, sus aliados más débiles lo serán al mismo tiempo.

»En frente de esto, la fortificación tendrá el objeto de retardar el avance, á ganar el tiempo hasta que se obtenga una victoria contra dicho adversario, para lo que se procurará, en el teatro secundario de operaciones, destruir los pasos, volar los puentes, túneles, viaductos, etc., no poner grandes guarniciones en las plazas fuertes, porque se aminorará el contingente del Ejército en la región decisiva de operaciones. Es, pues, una falta capital amontonar plazas fuertes sobre plazas fuertes en los extremos de fronteras secundarias, porque absorben tropas considerables que hacen falta en el campo de

batalla en los momentos en que se decide la suerte de la guerra, es decir, en la frontera, donde se presenta el adversario más formidable.

»Todo se toma en un sistema militar, porque los recursos de un país son limitados. Hace falta no perder de vista jamás la primera condición para conseguir la victoria sobre el campo de batalla decisivo, poseer la superioridad numérica en el lugar del combate, y no plazas fuertes á cincuenta leguas. Es sobre el campo de batalla, repetimos, donde se arregla la suerte de las Naciones y de las fortalezas. En la región donde se tema una invasión del adversario más fuerte, se adoptarán las disposiciones de defensa siguientes:

»1.<sup>a</sup> En primera línea una fortificación encubierta, con condiciones tales, que el Ejército de operaciones pueda efectuar con seguridad su despliegue estratégico. Una línea de fuertes es preferible á grandes fortalezas, porque éstas, situadas en la misma frontera, no podrán recibir á tiempo una guarnición



de tropas territoriales, y sería preciso, á costa de todo, dársela del Ejército activo, cada una de estas fortalezas disminuirán el efectivo de un cuerpo de Ejército, y perjudicarán en vez de favorecer al Ejército.

»2.<sup>a</sup> Sobre los dos flancos de la línea de invasión, dos grupos de plazas, para darle por estos lados completa seguridad y la facultad de tomar la ofensiva. Estos grupos, compuestos de plazas á una jornada de distancia lo más entre sí, servirán al mismo tiempo de escudo contra una invasión que venga inopinadamente por un país neutro, ó contra un Ejército coaligado con nuestro adversario principal y que tratara de unirse á él.

»En principio general debe ser utilizado sobre todo para proteger los lados débiles de un Ejército ó de una tropa, sus flancos más que su frente, que es lo más fuerte.

»3.<sup>a</sup> En el fondo de operaciones decisivas, una cabeza de puente constituirá una base interior cóncava ó en escuadra. Hace falta, en efecto, prevenir el caso de que nuestro Ejército sea batido en la frontera, propor-

cionarle el apoyo de una barrera fortificada sobre un gran obstáculo natural en el centro del país, para que pueda, no encerrarse, pero sí rehacerse, llamando todos los refuerzos disponibles, quedarse en posesión de los más grandes recursos del país y evitar retroceder indefinidamente. Se servirá de estas cabezas de puente, de base interior y de eje de operaciones, para volver á tomar la ofensiva contra el frente y los flancos del invasor.

»Sobre esta base interior, bastará que las cabezas de puente de las alas sean sólo grandes plazas fuertes; las colocadas entre ellas serán fuertes de parada, porque un Ejército moderno de 150.000 hombres tiene necesidad lo menos de tres líneas paralelas y á distancia conveniente para poderse desplegar en orden de combate.

»Tales líneas jamás las podrá encontrar en una plaza fuerte por grande que sea, atendiendo que estos caminos ó líneas han de ser divergentes. Este Ejército debe, pues, desplegar pasando entre dos cabezas de puente

y le bastaría en sus movimientos que sus alas sean protegidas por fuertes armados con una potente Artillería. Será necesario almacenar materiales de puente suplementarios en estas plazas, para doblar los medios de pasos para el Ejército y aumentar la rapidez de sus movimientos.

»En cuanto á la defensa de costas, es necesario comprender bien que hoy todo puerto, bien mar adentro en anfiteatro directamente ó á orilla del mar, está llamado á una destrucción cierta, no obstante las baterías con que cuente, porque el combate es demasiado desigual; basta con que un solo barco de guerra se acerque al alcance de la Artillería, para que cubra este inmenso blanco de proyectiles incendiarios, mientras que él será invisible en las noches y casi visible por lo sumergido de día y difícil de acertarle á causa de su movilidad. Es menester traer al interior las riquezas marítimas antes de una declaración de guerra, y sustituir con puertos interiores los que están á la orilla. Toda imprevisión sobre este particular será fu-

nesta, porque había de ocasionar pérdidas colosales en el momento del ataque.

»Los pasos que conduzcan á los puertos interiores deberán:

»1.º Ser obstruídos por defensas submarinas, torpedos y obstáculos.

»2.º Dominados por poderosas baterías, bastante distantes de la costa, para que no puedan sufrir el fuego convergente de la escuadra enemiga.

»3.º Iluminar durante la noche todo el espacio que se crea preciso. Las obstrucciones estarán bajo el fuego de baterías certeras, á fin de que el enemigo no pueda quitarlas impunemente.

»Estas baterías estarán emplazadas bajo la protección de cúpulas acorazadas giratorias, á fin de que nada tengan que temer de los proyectiles explosivos con que los barcos las abrumarán, buscando forzar el paso con el objeto de cegar á los artilleros y cogerles sus piezas; por lo tanto, las baterías en arena son puestas fuera del servicio, más por la arena que lanzan los proyectiles enemigos

tocando los parapetos, que por los tiros directos.

»Las baterías en tierra son admisibles sólo cuando domina los puentes de buques de alto bordo, y es siempre ventajoso completar el armamento con morteros.

»Si se trata de defender una embocadura, se tendrán preparados detrás de ella poderosos monitores para atacar los barcos enemigos que franqueen el paso y para atraerlos al fuego de baterías cubiertas.

»Para completar la defensa de un gran puerto militar se debe tener cuidado de fortificar por baterías de costa las dos radas más vecinas á sus dos lados, que podrán servir de base de operaciones contra un cuerpo de Ejército de desembarco.»

»Hasta aquí hemos expuesto las opiniones sobre plazas fuertes, partiendo siempre de la base que son necesarias, en las fronteras en segundas líneas de defensas, y en los centros de las Naciones, estribando las principales diferencias en el número de ellas sobre todo, á la distancia que se han de colocar,

las dotaciones más ó menos numerosas, si han de ser combinadas ó no, con fuertes de tales ó cuales condiciones y, por último, si en línea ó en agrupaciones; vamos á considerar las plazas fuertes bajo el aspecto de no ser necesarias ó de serlo en muy reducido número, por más que el General Pierron dice bastante sobre el particular.

Machiavel «Florentino», en sus discursos sobre la primera década de Tito-Livio, proscribire de una manera casi general el empleo de la fortificación permanente.

Declara inútiles las fortalezas levantadas para impedir una invasión enemiga.

Los Espartanos—dice—presentaron como única muralla sus pechos á los enemigos, sin que hubiese aminorado el éxito en lo más mínimo la carencia de ellas.

El apoyo de que sus apreciaciones no son absolutas, está en que dice también que un Príncipe que tiene buen Ejército puede tener en las costas y fronteras de su reino plazas capaces de detener al enemigo algunos días.

Duirvier en 1826 publicó, sin autorizarlo

con su nombre, según Brialmont, un ensayo sobre la defensa de los Estados por las fortificaciones, en el que propone defender la Francia por medio de una plaza única en la confluencia del Loire y el Allier; plaza triangular, teniendo sus extremos en Dijón, Moulins y Nevers.

Los ríos servirían de foso en dos caras y la tercera cubierta por la detención de los afluyentes de estos ríos.

Independiente de esta plaza gigantesca de 45 leguas de contorno, 250 reductos con edificios á prueba de bomba para 400 plazas, distribuídas en tres líneas á 2.000 metros la una de la otra, el General creaba dos inmensos puertos, uno en el Mediterráneo, Toulon, y el otro en el Oceano, Brest. Los acontecimientos ocurridos de entonces acá, hacen inútil argumentar sobre la realización de tal pensamiento y las consecuencias que con ello acarrearía; dice Brialmont que la exageración de un principio racional no es menos condenable que un principio falso, y tiene razón.

M. Vandeval, Jefe belga, publicó en 1858

un estudio sobre la defensa de los Estados, que se diferenciaba poco del de Sainte-Susanne; en 1873 lo varió, reduciendo á ocho plazas las del campo atrincherado.

En el de 1858 las establecía en la frontera, destinándolas á servir de base en la ofensiva; y en su nueva obra las suprime como inútiles. Dicha obra, *Táctica aplicada al terreno*, dice en su tomo segundo lo siguiente:

«Figura para teatro de la guerra una Nación de territorio en forma rectangular, con treinta millones de habitantes; traza tocando á sus límites en lo posible, uno de ellos el mar, un octógono lo divide en los triángulos, que determinan rectas que de los vértices van al centro, y que llama grandes rayos; en las dos rectas perpendiculares, de arriba á abajo y de derecha á izquierda, uniendo en ellas los lados, forma un cuadrilátero, y en sus vértices, que están equidistantes del centro y límites, construye cuatro fortalezas, y, por último, supone las tres fronteras abiertas. Trescientos mil hombres forman su



Ejército en tiempo de paz y 500.000 en guerra. Las grandes vías de comunicación de este país, caminos de hierro, etc., parten de su centro á las fronteras.

Los triángulos del cuadrilátero tienen por base caminos de hierro transversales; por los lados, las fracciones de las líneas que dividen el octógono; el punto común es la capital. Estos dos polígonos se componen de grandes y pequeños triángulos, y forman dos tableros distintos.

Dicho punto común de todos los triángulos es el estratégico y decisivo teatro de la guerra; como asiento del Gobierno y como centro del Poder del Estado, la capital tiene más importancia política que otra cualquiera del país.

Como centro común de todas las grandes vías de comunicación, está geográficamente bien colocada para servir de base y de eje de maniobras á un Ejército hecho retroceder desde cualquier frontera al centro.

Sobre este punto conviene establecer el centro de la defensa, la resistencia de frente,

la gran posición atrincherada, encerrando los principales recursos del país.

En el pequeño polígono que constituye el tablero defensivo, las intersecciones de los caminos de hierro, transversales con los grandes rayos, son los puntos estratégicos, geográficos y de maniobras; sobre estos puntos es donde conviene elevar fortalezas para que sirvan de base de operaciones á la defensa lateral de la capital, en las que se acogerán los Ejércitos de operaciones en caso de un revés.

Aunque el país que hemos escogido por tipo esté desprovisto de obstáculos y tenga pocos bosques desde la capital á la frontera, no hará falta construir un campo atrincherado sobre cada uno de esos bosques.

Para fijar el número de fortalezas que será necesario erigir alrededor del polígono defensivo, busquemos el uso que queremos hacer.

La comarca á defender tiene cuatro fronteras: cada una de ellas puede ser teatro distinto de la guerra; es decir, que para defen-

der esta comarca se puede uno encontrar en el caso de operar en cuatro direcciones distintas. Hace falta en cada uno de esos sitios una gran fortaleza que pueda servir de base y eje de operaciones al Ejército llamado á operar.

Hay muchas razones por las cuales no debe haber más que una gran posición fortificada en una misma dirección. Un Ejército no debe tener más que una base; si tiene muchas, se ve obligado á debilitarse para guarnecer á cada una de ellas, y, caso de un revés, esas bases darán lugar á una retirada divergente, la que debe evitarse con gran cuidado.

Nuestra disposición de defensa se reduce á una gran posición central, teniendo por objeto contener los ataques de frente, y los cuatro campos atrincherados para defensas laterales, y que permitan á los Ejércitos que los ocupan operar sobre la retaguardia de una invasión, si se efectúa por entre los campos, para caer sobre la capital.

En cuanto á la defensa por mar, será di-

fácil determinar el número de fortalezas que convendrá sobre el litoral para garantir la seguridad de las escuadras de una gran Potencia marítima.

Todo lo que puede determinar á este objeto es que se deben fortificar los grandes puertos militares, y para que puedan ofrecer una buena defensa deben ser colocados en el fondo de una bahía ó sobre brazos de mar, á fin de que el que ataca se vea obligado á poner sus barcos bajo el fuego convergente de baterías elevadas sobre las orillas en el interior del puerto ó de la rada.

Los 500.000 hombres que constituyen el Ejército de este Estado modelo, lo divide en cinco Ejércitos de 100.000 hombres; cuatro son encargados de defender las fronteras, y el quinto forma una reserva central, compuesto de la flor de la Infantería, pero con menos Caballería y Artillería que las otras armas, para ser más fácil de manejar; esta reserva acampará fuera de la ciudad, siempre dispuesta á ser transportada para auxiliar el Ejército más amenazado en operacio-

nes sobre la frontera. Las tropas de depósito de Infantería, Ingenieros y Artillería de esta reserva y la Guardia Nacional Cívica de la capital constituirán su guarnición, exclusivamente encargada de la defensa pasiva de la posición.

»Los cuatro Ejércitos destinados á operar sobre las fronteras tendrán recíprocamente sus bases y ejes de operaciones en las plazas situadas en los centros de los sectores que están encargados de defender. Las guarniciones de estas cuatro plazas estarán igualmente formadas con las tropas de depósito de las diferentes armas de cada uno de estos Ejércitos, reforzadas con la Guardia Nacional ó Cívica de la villa y sus alrededores.

»Las plazas marítimas estarán guardadas por la Infantería y Artillería de marina, reforzadas por la Guardia Nacional ó Cívica del litoral.

»Supongamos que la coalición (en las que las fuerzas se elevan á 600.000 hombres) dirige la invasión simultánea sobre las cuatro fronteras á la vez. A cada una de ellas po-

dremos oponer 100.000 hombres con la base de una gran posición fortificada, que les permitirá aceptar ó rehusar la batalla, y á una de estas invasiones, la que más amenace, se le podrá oponer, á más del Ejército encargado de operar contra ella, la reserva estratégica y 100.000 hombres quitados de los dos teatros de la guerra laterales, respecto á los que se tendrá una actitud expectante, colocando las fracciones de sus ejércitos sobre los ejes de maniobras.

»Esta combinación dará al Ejército defensor, tomando la ofensiva, un efectivo de 300.000 hombres, para operar contra 150.000, es decir, una superioridad numérica que asegura el resultado. Si, como es de presumir, estos 300.000 hombres obtienen un resultado decisivo, los otros tres invasores operarán con gran circunspección, y el gran Ejército victorioso, cayendo sobre ellos, podrá alcanzar destruirlos.

»Supongamos que el ataque sea con los 600.000 hombres por una misma frontera.

»Como en el polígono central, el defensor

dispondrá con toda seguridad de vías férreas, él podrá inmediatamente lanzar tres de sus cinco ejércitos sobre el frente del invasor, mientras que los otros dos, basados en sus ejes de maniobras, se colocan en los flancos de la zona de invasión para operar en ellos; y los cinco ejércitos, teniendo sus bases inmediatas á retaguardia, serán más desembarazados de impedimenta que el del invasor, y por consiguiente más movibles, lo que compensará largamente su inferioridad numérica.

Admitamos por fin que la invasión llega á ser penetrando en el triángulo formado por la capital y los dos campos atrincherados colocados en los lados de la zona de invasión. En esta eventualidad, el agresor será contenido de frente por la parte central defendida por tres ejércitos y defendido en sus flancos por los otros dos, bien basados y pudiendo por lo tanto á voluntad atacar ó rehusar el combate.

En esta posición, el ejército invasor se encontrará evidentemente muy comprometido,

se rehabilitará difícilmente y la menor derrota le expondrá á perder sus líneas de comunicación, lo que conduce generalmente á un desastre.»

Como complemento de este plan general de defensa, trata de demostrar la inutilidad de las plazas de Olmust, Metz, Belfort, Besançon y otras, atribuyéndoles son la única causa de desastrosos hechos de armas, sin tener en cuenta otras razones que pudieran influir, pues si bien los hechos históricos en que se apoya parecen facilitarle argumentos á su favor, también es verdad que pueden aducirse de ellos todo lo contrario, pues son muchos los elementos que concurren en el éxito ó en la derrota, desde las especiales dotes del General en Jefe, hasta las condiciones topográficas y defensas con que puede contar el sitio en que haya de tener lugar la batalla.

En cuanto al plan general de defensa, podemos decir que, ceñido en incontestables principios de estrategia, tal como lo pinta, puede llenar en este sentido las aspiraciones



del hombre de guerra, desde el más práctico al más soñador, inclinándonos á que este último vería realizado mejor sus ideales, porque dicho se está que los resultados son tanto más efectivos en sí, cuanto verdaderas son las bases que lo han producido, y un país de 30 millones de habitantes, con solo ligeros accidentes en el terreno, podrá admitir tales concentraciones de Ejércitos auxiliares, no con la rapidez que dice, pero siempre con mayor eficacia, contando con los elementos que prestan los modernos adelantos; también permitirá la equidistancia de las cuatro grandes fortalezas á la central y entre ellas mismas; pero desde el momento que entren accidentes del terreno, como altas cordilleras, ríos caudalosos, vastas extensiones sin condiciones de aprovisionamiento, etc., esas importantes fortalezas se construirán donde se pueda, y caerán de su base, si no en principio, á lo menos en detalle, todos aquellos argumentos. El estudio es profundo y digno de atención por todos estilos; hoy que el sistema regional está aceptado por todas las

principales Naciones, proporciona datos muy importantes para tenerse en cuenta; pero ni es la línea de fuertes unidos para garantir de invasión un Estado, cosa imposible de todo punto, ni las líneas de fuertes con intervalos ó agrupaciones, aprovechando las condiciones del terreno, propuestas por Ingenieros eminentes é ilustres Capitanes, sin olvidar el fuerte central, ni un término medio entre lo primero y lo segundo. Pasemos por alto las variaciones hechas en sus distintos proyectos, y concluyamos haciendo notar, sobre la rapidez con que cuenta para la concentración de los Ejércitos, disponiendo de vías férreas, lo que el gran Estado Mayor prusiano dijo sobre el servicio de transportes de tropas en la narración de la guerra de 1870: «El movimiento diario llegó á ser de 12 trenes por las líneas de una vía, y de 18 por las de vía doble, y el número de coches de los diversos trenes había sido aumentado de tal suerte, que el transporte de un cuerpo no tardaba más que tres y medio á cinco y medio días.»

Una prueba de que esta celeridad es considerada como máxima, es que Alemania no contaba expedir habitualmente más que ocho y doce trenes, según las vías. Para justificar esta cifra se valúa el tiempo de embarque en veinte minutos próximamente el de un batallón, cuarenta y cinco el de un escuadrón y noventa el de una batería, siendo mayor el tiempo de desembarco para estas dos últimas armas.

La preparación de las estaciones para un gran transporte de tropas exige de dos á tres días.

Aunque aquí no está incluido el cuerpo de tren, puede calcularse un tiempo medio que para Caballería y Artillería.

### CAMPOS ATRINCHERADOS

Atribúyese su origen á los turcos, que los llamaban palengues. Vauban trata de ellos en sus Memorias de 1698 sobre la defensa de París, considerándolos como centro de maniobras y lugar de refugio para el Ejército.

Son un medio de prolongar la defensa de las plazas grandes, y de dar á las pequeñas las propiedades de las fortalezas de primer orden.

Vauban quiso, para fortificar á París, un doble recinto: el interior, un muro flanqueado por torres y bastiones, que existía en el siglo xvi, completándolo á una altura de 36 á 40 pies, y reconstruyendo las torres que faltaban, poniéndolo á prueba de cañón, con un foso de 10 á 12 toesas (siete pies) de ancho y 18 á 20 de profundidad. El recinto exterior, de 1.000 á 1.200 toesas de aquél. El frente de ataque, que es el llamado á tener puerta, tendrá una escarpa revestida, una tenaza, una contraguardia, una media luna y un camino cubierto.

Los otros frentes no tendrán ni contraescarpa revestida ni camino cubierto.

Rogniat, reconociendo que los campos turcos fueron mejorados por Vauban, publicó en 1816, en sus *Consideraciones sobre el arte de la guerra*, un proyecto de campo atrincherado, y dice así: «Es necesario que los

campos atrincherados sean suficientes á contener 100.000 hombres, y que no exijan, sin embargo, más que poca tropa para su defensa ordinaria, y que permita al Ejército que se refugie momentáneamente, toda su acción y desenvolvimiento cuando quiera tomar de nuevo la ofensiva. No hay mejor medio de llenar estas condiciones que establecer cuatro fuertes alrededor de cada plaza, formando un inmenso cuadro en que ella ocupe el centro. Estos fuertes, cerrados en todos sentidos, serán emplazados en las más ventajosas condiciones alrededor de 12 á 15 toesas de las obras de la plaza y espacio entre ellos de 2 á 3.000 toesas.

Los espacios comprendidos de un fuerte á otro formarán un campo de batalla capaz de recibir un Ejército de 50 á 100.000 hombres, que se podrá mirar como inespugnable.

Los fuertes armados de cañones de gran calibre apoyarán perfectamente las alas. En cuanto al centro, sobre el cual se tendrá poco que atender á causa de su larga distancia, se

podrá reforzar por obras de campaña construídas en el momento que sean necesarias y protegidas por los cañones de la plaza. Así los cuatro fuertes, circunvalando cada fortaleza, formarán alrededor un vasto campo atrincherado, presentando cuatro campos de batalla diferentes, de modo que cualquier lado que ataque el enemigo, le podemos hacer frente con nuestro Ejército.

La guarnición ordinaria de este campo atrincherado, que se reduce á los cuatro fuertes, no podrá exigir más que 800 hombres, y la plaza que encierra el reducto asegurará todos los establecimientos y los depósitos necesarios para la existencia y la reorganización de los Ejércitos.

En 1840 votaron un plan de defensa de París, reduciendo la distancia de los fuertes entre 1.800 á 2.500 y dando á las obras destacadas mayor desenvolvimiento y resistencia, pero esto no constituye un campo atrincherado propiamente dicho.

Respecto á la fortificación de los puertos, Montalembert propuso construir fuertes en

líneas envolventes de 2.000 á 3.000 metros, á fin de preservarlos del bombardeo, de reforzar el recinto y de poner al sitiador en el caso de tener que dar una gran extensión á sus trabajos de ataque. Lejos de mirar el concurso del Ejército que necesitaría la defensa de esas plazas, sostiene que la línea de fuertes permite disminuir la guarnición.

En cuanto á las condiciones que deben satisfacer, según Brialmont, no hay más discusiones sobre lo que dijo Rogniat; las obras destacadas á largas distancias pueden impedir los bloqueos, favorecer, volver á tomar la ofensiva, y obligar por último al enemigo á abandonar la posición. Pero existen grandes divergencias sobre los tres puntos siguientes:

- 1.º Si los campos atrincherados permanentes deben comprender una línea de fuertes y un recinto.

- 2.º De cómo ha de ser constituido el recinto.

- 3.º Cómo ha de estar formada la línea de fuertes ó el campo atrincherado.



Las controversias sobre tales puntos no han determinado soluciones precisas.

Respecto al primero, Brialmont hace varias citas, unas á favor de un sentido y otras en contra, y dice: La gran utilidad de los recintos fué manifestada claramente en 1870 en Metz y París. Ha tenido que reconocerse en efecto que si estas dos plazas con campo atrincherado no hubieran tenido centro fortificado, los prusianos hubieran podido después de la batalla de Gravelotte y el combate de Châtillon, forzar los ejércitos batidos á capitular ó á evacuar sus posiciones. No obstante esta y otras razones dignas de tomarse en cuenta, después de 1870, se publicaron muchos proyectos de campos permanentes atrincherados, compuestos de una sola línea de fuertes, entre los que figuraron para la defensa de Londres el del Coronel Drummónd-Jervais y el del Mayor Paliser.

En Alemania y Francia se está convencido de la necesidad de dar á todo campo atrincherado permanente, un recinto inatacable



de viva fuerza, por más que no esté fijada aún la manera de constituirlo.

En cuanto al segundo, no tenemos mayor fortuna de cómo se ha de constituir este recinto para que esté al abrigo de todo ataque á viva fuerza, condición que ha de llenar según Vauban, Bernard, Rogniat y otros, entre los que figuran comisiones que desde 1818 trataron de determinar las bases de la defensa de París. M. Thiers, autor de la ley, decía á los partidarios de un solo recinto: «Tendréis el recinto propuesto por MM. Hoxs y Valace y á más os daremos de 12 á 14 fuertes»; y á los que querían fuertes sin recinto ó con un recinto de seguridad: «Ustedes tendrán los fuertes que desean, y en lugar de un recinto de seguridad les daremos un recinto de sitio.» Se ve, pues, que á los unos daba lo que no pedían y á los otros ampliaba lo que proponían; pudiéndose deducir de todo esto, lo que mejor pudiera convenir, pero nunca de una manera determinante.

Vamos á ocuparnos, por último, del ter-

cero. La cuestión de cómo han de estar constituidos los campos atrincherados, está resuelta de muchas maneras. Tan pronto se les ha dado la preferencia de fortines en defensa recíproca, como el sistema de fuertes con independiente defensa.

Las torres de Lintz, unidas por un camino cubierto con empalizada, y los fortines del General Paixhan, unidos por espaldones, pertenecen al primer sistema. Los fuertes de París, de Verona, de Cracovia, de Metz y Amberes pertenecen al segundo.

El mejor campo atrincherado es aquel que ofrece la mayor garantía contra el ataque de viva fuerza preparado por un vivo fuego de Artillería; el sistema de grandes fuertes, de propio flanqueo, es preferible al de los pequeños fortines ó de reductos á flanqueo recíproco. Este último modo de flanqueo inspira menos confianza á los defensores, porque algunas veces son ineficaces, como en las noches, en tiempo de niebla ó de nieve, con otras razones que pudiéramos aducir en su contra.

Es, por lo tanto, acordado generalmente para formar los campos atrincherados, una línea de fuertes á defensa independiente, teniendo en cuenta, por no estar aún determinado de una manera fija, las dimensiones de los fuertes, su trazado y organización interior, los intervalos y la distancia de los fuertes al recinto; lo que ha de resolverse con sujeción á las soluciones racionales de principios generales, como puntos estratégicos, alcance de la Artillería, los intervalos acordados, impunidad de ser bombardeada la ciudad, facilidades para que el Ejército defensor tome la ofensiva, que la guarnición no exceda de 800 hombres, y el armamento de 30 á 40 bocas de fuego, y la conveniencia preferible de aumentar la importancia de los fuertes disminuyendo su número.

A fin de abreviar las terminaciones de la construcción, armamento y que sea menos numerosa la guarnición de seguridad de los campos atrincherados, se ha propuesto sustituir los grandes fuertes por pequeños fortines, que servirían de reducto á grandes

fuertes provisionales, que se construirían en tiempo de guerra; pero esto no es admisible, por irrealizable, en la mayor parte de los casos.

Expuestos los principales sistemas que han de emplearse en la defensa de una Nación, y los distintos casos de los resultados obtenidos, según la Historia, podemos deducir como principio general que ni las plazas fortificadas, ni los campos atrincherados, pueden impedir una invasión enemiga; se bloquean, se sitian, se bombardean y se rinden; ¿qué más pruebas que las que nos dieron en 1870 á 1871 Metz, Sedán y París, y en 1877 á 1878 Roustchouk, Schousala, Sistría, Varna y Plewna?

Podrán influir en contener el avance del enemigo y prestar verdadero concurso al Ejército en la defensa, pero dentro siempre de ciertos principios que han de observarse.

Que su número ha de ser lo más reducido posible, atendiendo siempre la conveniencia general de la Nación y la importancia de la frontera ó puerto que han de defender, pa-

rece innegable; también que sus emplazamientos han de ser en líneas y puntos estratégicos, y que las condiciones especiales que concurren en ellos determinarán el sistema que debe aplicarse y la forma en que han de construirse; es decir, la extensión del país, el número é importancia de sus ríos, las condiciones de sus fronteras, el mayor ó menor número de cordilleras y vastas extensiones de terreno, etc., etc., han de determinar de una manera precisa la aplicación del sistema de fortificarlo, con sujeción á los puntos generales en que están de acuerdo la mayor parte de los juicios expuestos por hombres tan competentes como los que hemos citado; esas condiciones marcarán el número de líneas de plazas escalonadas, el de las grandes ciudades que se han de fortificar, sin olvidar la capital del Estado cuando, como punto estratégico, convenga, las cabezas de puente, los fuertes aislados con torres giratorias á prueba, y, finalmente, los casos en que han de ser preferidos los campos atrincherados, dadas las ventajas que aparecen

tener sobre las grandes plazas fuertes, de menor gasto en su construcción y armamento, menos contingente de tropa que emplear en su defensa, y, por último, más extenso campo de acción para que en él pueda guarecerse un Ejército, formarse, ó reponerse después de una derrota; influyendo, sin duda, estas consideraciones, en primer lugar, para que Francia, no obstante los resultados de la campaña de 1870 á 1871, haya construído desde París á la frontera diez campos atrincherados. En contraposición á esto, Alemania en sus plazas fortificadas de Metz, Strasbourg, Magença y Bologne, todo lo ha tenido en cuenta menos darles este vasto desarrollo, requerido siempre si han de servir de abrigo á grandes Ejércitos.

Vamos, pues, á ocuparnos sobre punto tan principal, en lo que comprenderemos también la clase de apoyo que éstos medios de defensa pueden prestar á un Ejército de operaciones, admitiendo desde luego como buena la clase de defensa que para las costas propone el General Pierron y que ya hemos citado.

Una plaza fuerte puede prestar á un Ejército los auxilios de aprovisionamientos de boca y guerra, y un apoyo eficaz en sus frentes, flancos y retaguardia. Si esa plaza fuerte está construída á la moderna, comprenderá una extensión, incluyendo sus fuertes destacados, alrededor de 12 kilómetros; la Artillería de grueso calibre dominará el terreno por todos lados en mucha más extensión, resultando de aquí que puede ofrecer á un Ejército que se sitúe á su retaguardia un apoyo de frente de 16 á 18 kilómetros, no teniendo que ocuparse de otra cosa, respecto al empleo de sus fuerzas, que destacar puestos avanzados.

Lo mismo sucederá en cualquiera de sus flancos y en su retaguardia, con más ó menos eficacia, sobre todo en los primeros, lo que dependerá de las circunstancias especiales que concurren.

También podrá la plaza prestar refuerzos al Ejército, de tanta más valía cuanto mayor sea su importancia.

Si esta plaza está situada sobre un río, ó



en la confluencia de dos ó más, proporcionará ventajas al Ejército de mayor tiempo para rehacerse ó disponerse á la batalla, pues el enemigo ha de dar un rodeo si pretende seguir en su avance.

Todas estas circunstancias favorecen á las tropas de tal modo que pueden sin grandes esfuerzos batir á un enemigo con iguales elementos y aun con ventajas apreciables en número y condiciones, pues dispone, no sólo de los apoyos materiales enumerados, y que son de verdadera importancia, sino que tiene el valor táctico que da á todo Ejército el saber puede contar con la eficacia de ellos.

La importancia de los campos atrincherados es innegable; ya hemos enumerado sus ventajas, y es la primera de todas, indiscutiblemente, las facilidades que da á un Ejército en sus medios ofensivos: no creo necesario apoyarnos en la Historia. Las líneas de torres Vedras y otros muchos casos nos lo demostrarían sobradamente; algunos suponen que en la rendición de Metz influyó notablemente esa condición de toda plaza fuer-



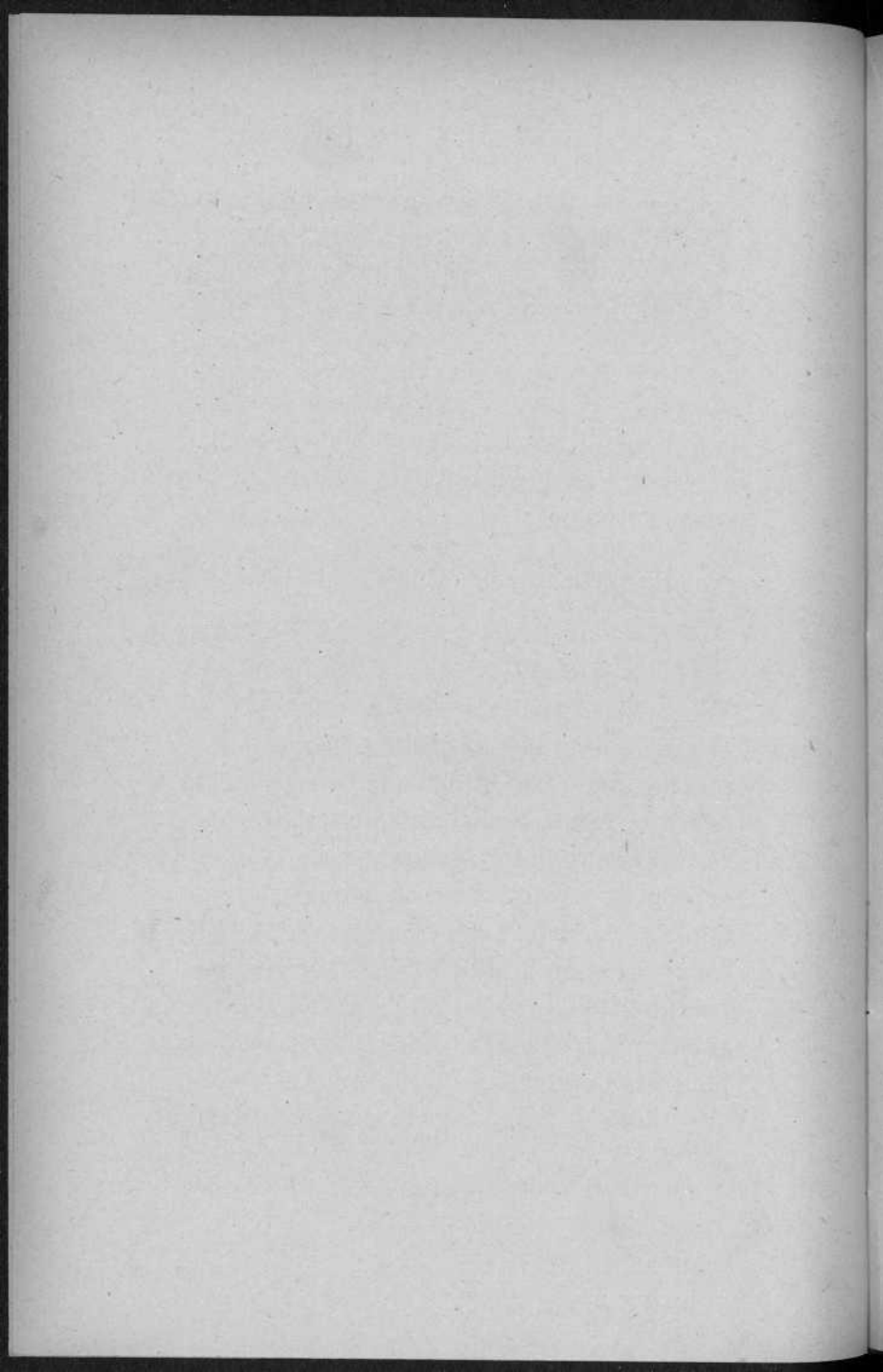
te: no tener bastantes salidas y suficientemente anchas para que el Ejército que en ella se encerraba pudiese tomar rápidamente un orden de combate; los campos atrincherados, á más de su apoyo más ó menos eficaz que el que las plazas fuertes prestan á los Ejércitos, les facilita este medio de acción preciso para tomar la ofensiva; pero no hay que perder de vista lo que sin duda han tenido en cuenta los alemanes: el extenso diámetro del desarrollo de las líneas de fortificación, está en relación directa con la divergencia de los fuegos; esto, la convergencia de los fuegos del enemigo y el moderno armamento, hace que en vez de considerarse necesarias las fuerzas que atacan en triple número que las atacadas, basten hoy con ser iguales las dos; así, pues, hay que armonizar con esta consideración tan atendible la misión de esos fuertes, que están llamados, con el acierto de sus emplazamientos y sus certeros disparos, á tenerle dispuesta al Ejército que defienden una zona de acción en la que puedan maniobrar libremente sus masas y tomar la ofensiva.

Vamos, por último, á considerar las plazas fuertes y campos atrincherados como refugio de un Ejército derrotado en donde pueda reponerse, salir y batirse de nuevo, bien tomando la ofensiva, bien retirándose para buscar otra línea de defensa más adecuada ó auxilios que pudiera encontrar en otra zona de acción.

Este Ejército en tales condiciones, al refugiarse tras los muros de una plaza ó fuertes de un campo, no ha tenido valor táctico para resistir al enemigo, y su fuerza moral decae tanto como se eleva la del Ejército contrario después de la victoria; suponer que en tales condiciones ha de poder conseguir lo que en otras mejores no pudo, es un error imperdonable que puede ocasionar fatalísimas consecuencias, pues si el General en Jefe no lo entiende así y se acoge á este extremo recurso en la idea de salvarse, lejos de conseguirlo, va ciego á una capitulación deshonrosa, á la pérdida total de su Ejército, lo que tal vez de otro modo hubiera podido evitar en una gran parte, y á la entrega de la plaza

ó campo atrincherado; anulando completamente la esperanza de su concurso en hechos de armas de mayor fortuna, que hubieran podido cambiar indudablemente esa victoria del enemigo en la más completa derrota, y, por lo tanto, influir en la suerte del Estado que unos y otros tenían el deber de haber defendido.







## ORGANIZACIONES

---

### INFANTERÍA.—FORMACIONES DE ATAQUE

**E**L Capitán F. N. Maude dice en su obra en inglés sobre Instituciones militares inglesas y el sistema continental, lo siguiente, año 1888: «Quince años han pasado desde el primer encuentro entre tropas armadas con fusiles cargados por la recámara, y probado de una manera concluyente por aquellos combates, que han terminado para siempre los hechos en líneas con formaciones de líneas y columnas, y que es necesario cambiar los libros de instrucción con amplias reformas y de mayor extensión, en la seguridad de que los que muestren negli-

gencia en hacerlo obtendrán una derrota cierta en la próxima campaña.

»Tales cambios fueron á la vez hechos en todos los Ejércitos del continente, y por lo tanto algunos años después, cada Nación tenía un sistema más ó menos aceptable para el empleo de su Infantería en el combate.

»En el año de 1886, y casi en el último extremo en la renovación de la cuestión de Oriente que pudo precipitar nuestra intervención en el campo, nos sostuvimos aislados de todos los poderes, tan desprevenidos en un plan de ataque para nuestra Infantería como éramos en 1870, y no es por falta de cambio, del que nosotros hemos tenido demasiado, sino que han sido introducidos sin fijarse bien en las condiciones que se intentaban encontrar.

»En efecto, los ejercicios en el campo desde 1870, nunca han determinado ninguna formación de combate, excediendo los límites de una escaramuza ó combate parcial; aplicado á una batalla, nos hubiera llevado di-

ficilmente más allá del límite del fuego efectivo de la Infantería, ó sea 700 yardas.

»Pero esto es sólo de este límite, ó en donde toda la intensidad del fuego es sentida y para el que es necesario un sistema que remedie la terrible confusión cuando la batalla es más inminente. Las formaciones para instruirse en el ataque deben ser aquellas que prevean las mayores dificultades. Si esto se consiguiera, se adaptaría á no correr tales riesgos.

»Incuestionablemente la más difícil imposición á las tropas puede decirse es la ejecución del ataque de frente á una posición escogida y defendida por hombres en aproximado número á los que atacan y con igual armamento.

»Para fijar claramente la naturaleza de esta imposición, hace miremos cómo los escritores del día describen el curso de un ataque decisivo á la moderna, á un enemigo en posición escogida por él y fortificada probablemente por rápidos atrincheramientos.

»Tal posición se puede presumir consista

en una larga ondulación del terreno, con aberturas en declive, ningún obstáculo al frente; y un campo abierto de fuego sobre el circunvalado terreno, unas 2.000 yardas, á cuya distancia aproximada una paralela de accidentes puede ocultar las tropas de la vista del defensor.

»Presumimos además que las operaciones previas han acabado con la retirada de las divisiones de Caballería del defensor, y la descubierta de Caballería que ataca, de los límites y líneas generales de la posición del enemigo.

»El Ejército ha avanzado dentro de una distancia de unas cuatro á cinco millas, de las fuerzas contrarias y vivaquea por las noches cubierto por avanzadas. Nosotros ahora no vamos á hablar más que de la Infantería sólo como el cuerpo del Ejército á quien se le ha confiado la ejecución del golpe decisivo y recurriendo á la acción de las otras armas cuando sea absolutamente necesario.

»El primer paso en la conducta que ha de observarse en la acción, es formar una línea



de cañones para apagar el fuego de la Artillería enemiga, y el segundo preparar el camino para la Infantería.

»El tiempo necesario para llevar estas dos operaciones á cabo, es imposible determinarlo exactamente, pero la experiencia muestra que puede ser probablemente medido por horas.

»Considerando los dos Ejércitos de igual calidad, no será garantido el intento de formar la primera línea de cañones bajo la protección sola de la Caballería, como fué hecho durante la campaña de 1870 (no siempre con impunidad); aun entonces lo testificó el ataque por los Zuavos en las baterías de Corps IX de Maustein, enfrente de Amanvilliers, en el comienzo de la batalla de Saint Privat Gravelotte.

»Será necesario por lo tanto colocar á vanguardia de la Artillería para protegerla, una fuerza de Infantería, la que está obligada á evitar que el enemigo establezca cuerpos de Infantería bastante cerca, que causen serias bajas á los Artilleros con largas filas de tiradores dentro de 1.500 yardas.

»Ahora, en este estado de la acción, no está en el interés de los defensores intentar un ataque serio contra las baterías; la pérdida bajo este aspecto sería muy grave, y el resultado muy incierto; no debe acercarse demasiado la fuerza que proteja, porque sería imposible mantener por mucho tiempo tan expuesta posición, dentro de la zona de ciertos disparos. Esto les hará, por lo tanto, contenerse á las 800 yardas de distancia de la Infantería enemiga, cuya posición, á la inversa, es fijada necesariamente á lo menos en 500 yardas delante de su Artillería, á fin de evitar el peligro de los estallidos imprevistos de las granadas. La Artillería se colocará en terreno conveniente, escogiendo su primera posición sobre 2.000 yardas, quedando á unas 700 detrás de las fuerzas que la protegen, y como las reservas no pueden quedarse al descubierto entre la línea de fuego y los cañones, por estar expuestas al fuego enemigo, además del peligro ya citado, como tampoco se puede estar inmediatamente detrás de ellos, sin el riesgo que le

venga el peligro de rechazo, la vanguardia y su reserva han de estar separados á lo menos por una distancia de 1.000 yardas.

»De aquí la necesidad de reforzar considerablemente la fuerza de vanguardia, cuya posición ha de ser sostenida á toda costa; el hacer dichos refuerzos, es inútil decir ha de presentar grandes dificultades. Para completar la preparación del ataque, es necesario dirigir sobre el enemigo un suficiente número de disparos de rifle, para que con sus efectos se adquiriera supremacía.

»El fuego de la vanguardia sola no es suficiente á llenar este propósito; no lo obtendrá con toda probabilidad, porque le faltará arrojamiento para avanzar á más corta distancia del enemigo, después de prolongada exposición á un mortífero fuego. Se pueden llevar tropas de refresco á través de la línea de baterías, cuyo fuego cesará mientras pasan, para seguirlo después con más intensidad á fin de cubrir su mayor avance. Si dicho avance es hecho con rapidez y por sorpresas, reportará probablemente la ventaja de llevar

á la vanguardia á unas 150 yardas cerca de su objeto, reduciendo la trayectoria, con lo que tendrá indudablemente efecto la exactitud de los disparos.

»Bajo la protección de este fuego, resta distribuir las tropas para el próximo ataque; estas tropas consisten en las unidades de primera línea (1), aún no empeñadas, y su deber es llevar (por sucesivos refuerzos) á la línea de fuego de decisivos blancos, dentro de las posiciones enemigas.

»Los intervalos de tiempo, en los cuales estos sucesivos refuerzos serán necesarios, son deducidos por la experiencia de cómo la fila disminuye y las pérdidas aumentan, á tal extremo que las tropas no pueden quedar paradas en el mismo sitio más de cinco minutos. Ellas necesitan avanzar ó retirarse si no tienen el campo suficiente para marchar adelante antes que terminen los cinco minu-

---

(1) Scherff divide el campo de ataque en dos zonas: zona de preparación, de 700 á 300 yardas, poco más ó menos, y de decisión, de 300 á 0; 200 yardas, por lo tanto, es casi la distancia definitiva de la zona de combate.

tos; han de retroceder, por lo menos, hasta que los refuerzos lleguen. Este refuerzo ha de estar siempre en disposición de llegar á tiempo, para que la línea de fuego no tenga que retirarse, y á la distancia de 400 yardas se satisface esta condición.

»No es necesario que el frente de la reserva sea co-extensivo con el de la línea de fuego, porque en el curso del avance se hará sentir tan considerable distancia de los flancos del cuerpo que lo verifique.

»De esta manera, el avance de la línea de tiro podrá alcanzar una distancia en que los efectos del fuego lleguen á ser considerables, sobre 300 yardas. Y ahora llega el deber de la segunda línea (*or haupt-treffen*), de dar el final impulso para tomar la posición del enemigo, arrojándolo de ella y ocupando un poco más lejos, dejando de perseguir á la tercera línea.

»Si la resistencia es desesperada, la segunda línea puede ser llamada y nutrir los refuerzos en la línea de fuego antes del límite de la zona de decisión, y puede muy

bien ser completamente empleada con tal objeto; en este caso, la tercera línea la reemplaza, y á ésta la reserva.

»De todas maneras, el ataque, una vez empezado, no se puede suspender hasta el límite más lejano de la posición conquistada, esto es, un puesto desde donde el enemigo puede ser alcanzado por el fuego; aquí hay que pararse y á toda costa, porque esto es justamente el momento que si el enemigo toma la ofensiva puede prometerse la esperanza más grande de la victoria, porque contra las mejores tropas, una brillante carga de lanceros puede, en la ausencia de unidas tropas de refresco, hacer cambiar la fortuna.

»Esta es la especial obligación de la tercera línea, y á falta de ésta, la reserva, la que debe por lo tanto haber seguido al ataque suficientemente cerca, para estar dispuesta cuando fuere necesario. Pero si dicha reserva ha tenido que ser precisamente en condiciones para que el Jefe la emplee en cualquier momento, ó en otro sitio fuera de la esfera del ataque, por ejemplo, para cubrir exterior-

mente los flancos de la línea que avanza, contra un ataque contrario y rápido avance de la Artillería y Caballería, dentro de la posición tomada, viene á ser imperativamente necesaria.

»El complemento de la descripción de este ataque es hecho por las principales autoridades alemanas, Scherff y otros, y nosotros tenemos ahora que aplicar á esto nuestras reglas de instrucción militar y mirar cómo se pueden adaptar mejor la ejecución de ellas.

»El primero y más culminante punto que hay que observar, es el completo silencio de las reglas como de los deberes, relativa fuerza y formación de la segunda y tercera línea.

»De un estudio de ejercicios en el campo, uno deducirá la conclusión que un batallón solo posesionado (cuando se despliega para el ataque) tiene suficiente entereza y fuerza para tomar una posición defendida por un enemigo igual en fuerzas y armamento; y todas las ideas hasta ahora concebidas para apoyarlo, tienen el mismo fundamento; que son insostenibles, puede ser demostrado por

la Historia; dar todos los ejemplos en los que esta opinión es basada, será reproducir sobre un tercio las referencias del oficial prusiano de la campaña de 1870, y otro tanto de la mejor historia de la guerra ruso-turca de 1877.

»El siguiente extracto de la táctica de Mec-  
kel (pág. 209), mientras no explique por qué  
es así, pondrá fuera de duda que en la opi-  
nión de hombres de experiencia, la entereza  
es el esencial éxito del ataque.

»Uno es inclinado á menospreciar el des-  
trozo de los hombres en el fuego.

»Esto dificulta aceptar la idea que por una  
porción del frente, en el que sólo un hombre  
puede tirar á un tiempo, es necesario tener  
diez hombres preparados y explicarlo teórica-  
mente; á mostrar la dificultad de hacerlo así,  
sólo la Historia puede ayudarnos.

»Miremos, pues, á qué distancia al frente  
nuestra formación de ataque actual nos lle-  
vará y cómo se puede, por lo tanto, comple-  
mentar un plan cualquiera.

»Lo necesario para una adecuada fuerza



de vanguardia para la primera posición de Artillería ha sido ya expuesto. Esta vanguardia, como ya se ha dicho, ha de ser bastante fuerte para que su fuego pueda resistir un asalto contra la Artillería; por razón de la distancia de sus refuerzos y también porque acercándose ocasionaría una interrupción en el fuego de las baterías en el momento crítico, es decir, distraer la atención del enemigo cuando es necesario de la Infantería que avanza.

»Si consideramos que un hombre ocupa dos pasos del frente, y contando las pérdidas en tomar la posición, necesariamente más considerables que cuando disparan echados y cubiertos, bastan dos compañías para cubrir cada grupo de tres baterías. Hoy es inevitable que disparen los cañones por encima de la Infantería, también que ésta esté colocada detrás de los cañones, por la razón que es necesario, para mantener un fuego efectivo sobre el enemigo, acercarla lo más posible á la línea de defensa sin correr el riesgo de tener demasiadas pérdidas, es decir, den-

tro de 1.500 yardas, y de éso se deduce que si los cañones estuvieran colocados en el flanco del ataque, la trayectoria de esta parte del frente del enemigo sería aumentada indebidamente.

»La cuestión que ahora se presenta es de qué tropas se ha de formar la vanguardia; ¿desharíamos un solo batallón para cubrir el frente de las baterías, ó será de compañías de los batallones de la primera línea, colocados detrás de los cañones y que aguardan el momento de avanzar? Lo primero tiene que ser desechado de todas maneras en una batalla campal, aunque no sería posible evitarlo en una batalla tomándolas de una columna en marcha, porque es imposible retirarlos ó cerrarles un flanco; cuando el ataque avance, cada uno de estos batallones estarían en desorden desde el principio, por la mezcla de hombres de otros regimientos, y el que no haya tal confusión es especialmente importante para que sea completo el dominio en el fuego (empleando descargas) y pueda ser mantenido.

»Que la posición de estas compañías es muy expuesta, hay que admitirlo, y también la gran dificultad que puede ser experimentada en acercar los batallones, cada uno en retaguardia de su respectiva compañía; pero esto está sometido á la probabilidad que existe de preservar las unidades intactas, mientras que en el primer caso esto es enteramente imposible.

»Vamos á ocuparnos ahora en la preparación de la Infantería para el ataque.

»Esto puede ser efectuado reforzando la vanguardia de tal manera, que las tropas de refresco lleven con ellas el arrojo bastante para conducirlos á la línea de previo combate, más allá de la distancia en que el fuego de densas líneas de escaramuzas, llegue á ser enteramente efectivo sobre 600 á 700 yardas.

»Para reducir las pérdidas mientras pasan á través de las baterías y llevan sólo el necesario impulso, el avance puede hacerse en orden abierto y simultáneo.

»Es sin duda difícil llevar una línea ex-

tenza dentro de un fuego que barre el glasis y evitar que ellos hagan fuego sobre los hombres que van delante; pero no hay mejor manera de hacerlo. Hasta los prusianos se han visto obligados á admitir que la columna de compañía no puede acercarse dentro de 2.000 yardas del fuego de Artillería; é inténdolo en este estado de la acción, cuando la atención de los defensores no está todavía fijada en el fuego de línea; llevar tropas en línea atravesando la de los cañones, traería sólo adelantar un involuntario desorden en la formación (opuesto á la regularidad), con todas las desventajas que necesariamente resultarían cuando los hombres toman la ley por su propia mano.

»En un subsiguiente período de combate, cuando la atención del enemigo está enteramente puesta á donde pueden llegar las descargas de la reforzada vanguardia, en línea y aun en pequeñas columnas se puede avanzar, pero no sería prudente contar con que el tercer refuerzo llegue al frente, excepto en orden abierto.

»La duración del fuego que resultaría ahora, dependería en un todo de la extensión con que los cañones han llenado su cometido (1), excepto donde un camino ó zanja corrida y paralela al frente del enemigo que le cubra, diez ó quince minutos pueden ser suficientes para que las pérdidas aumenten extraordinariamente si el enemigo hace blanco; intentar avanzar en estas ocasiones sería inútil, hasta que refuerzos de gran consideración no se sobrepongan á la inercia del fuego de línea.

»Pero una vez terminada la preparación, el avance decisivo de la fuerza hasta 300 yardas necesita ser impulsado con gran rapidez en escalones, cubriéndose el que avanza con

---

(1) Es generalmente admitido que la Artillería, después de haber apagado los fuegos de los cañones contrarios, avanzará hasta hacer efectivo blanco en la Infantería enemiga. Pero tal avance raramente se efectuará, por no ser necesario. En país ondulado podría ser, pero en corto espacio y para escoger posición. Sería obvio decir que lo primero será coronar la cumbre tanto como sea posible, ocultándose, y el avanzar desde la altura sobre el enemigo, daría la ventaja de observar los efectos del fuego, sosteniéndolo hasta lo último, sobre las cabezas de las tropas que asaltan en tan desventajosa manera que es inútil tratarlo de demostrar.

el fuego del que le precede. Los caracteres de esta fase de la acción son el rápido aumento de las pérdidas, frecuente cambio del Jefe, y venir á tal desorden que se confundan las compañías y aun los regimientos. Como ya se ha dicho, todos aquellos que han tenido el combate bajo este aspecto, ha sido dentro de 500 yardas de las posiciones del enemigo, en que el fuego llega á ser tan terrible, que ninguna tropa puede permanecer en su sitio más de cinco minutos, y si el refuerzo no llega, tendrá que retirarse.

»Esta condición regula la distancia que hay que guardar entre las sucesivas líneas de ataque. Una reserva ha de estar siempre á tal distancia de cada escalón que pueda alcanzarlo en el tiempo que necesita para recorrer sobre 400 yardas.

»Si el fuego de Artillería produce buen efecto, y el momento del avance, desde el límite del efectivo fuego (700 yardas) ha sido bien escogido, es probable que la línea de fuego avanzara sin refuerzos sobre 500 yardas; pero desde 500 á 300, el impulso del

avance tendrá que ser dado desde retaguardia.

»El número necesario de tales impulsos dependerá del número de paradas que sea preciso hacer en el avance, y éste, según la duración de la acometida, que será lo bastante para permitir que el escalón echado á tierra haga dos ó tres descargas, pero no lo suficiente para que el enemigo cambie su puntería de un escalón á otro; de veinte á treinta segundos bastarán para llenar estas dos condiciones; aproximadamente corresponde á una distancia de 75 á 100 yardas en orden de marcha, ó 100 á 150 si se han quitado las mochilas.

»Las cortas acometidas de 30 yardas, necesitan ser absolutamente condenadas desde que el número necesario de refuerzo esté en proporción al número de avances que han de ser hechos desde que empezó el ataque.

»Tomando 100 yardas como el límite de la acometida y la condición general favorable al ataque, las tropas de la primera línea bastarán á alcanzar el puesto en que la decisión

comienza, y su distribución habrá sido como sigue:

»1.º Doble compañía cubriendo los cañones.

»2.º Doble compañía llevando á la primera al límite del efectivo fuego.

»3.º Doble compañía para dar el primer impulso hacia el avance de la distancia decisiva.

»4.º Doble compañía para llevar á la línea de fuego desde 500 á 300 yardas.

»En el momento de avanzar desde el límite en el que comienza el fuego efectivo, las líneas de refuerzo deben ir siguiendo una á otra en una distancia de 400 yardas respectivamente, y deberán avanzar al paso ligero, sin detenerse á hacer alto cuando tal refuerzo sea necesario.

»Sin embargo, si la resistencia fuera obstinada y la fuerza de la primera línea no fuese suficiente, la segunda línea tendría que salir. Pero esta línea sería llevada al frente, tan lejos como fuera posible, sin sufrir el fuego y en línea, y, por lo tanto, no sería conveniente



su formación en dos ó más grupos, porque podría influir demasiado en disminuir su arrojó en el avance; de aquí, si el refuerzo es llamado, tendrá que doblar la rapidez del avance. Mas como esa rapidez ha de ser ajustada á lo obtenido de la resistencia, y como la segunda línea se supone ha de mantener sin interrupción su movimiento al paso ligero, la distancia entre las dos líneas habrá sido probablemente lo bastante disminuída, y entonces no habrá dificultad para que los refuerzos alcancen la línea de fuego.

»La tercera línea sigue á la segunda, y con intervalo tal que pueda llegar á su sitio en caso necesario, mientras la reserva acompaña el movimiento, bien en el flanco amenazado ó á retaguardia del centro.

»En los principales puntos que hay que insistir, son: primero, el rápido avance de la línea de fuego, desde 700 á 300 yardas (0,914383); y segundo, que ni la interrupción ni el alto han de ocurrir entre las tropas de retaguardia.

»Con respecto á los dos puntos, es inútil

decir que las pérdidas sufridas serán proporcionadas al tiempo que estén bajo el fuego; y si esto no fuera, por la absoluta necesidad de distraer la atención del enemigo, por el fuego durante el avance de los escalones, y también por ser preciso llevar los hombres cerca del alcance eficaz tan descansados como sea posible, sería mejor atravesar los espacios intercalados sin fuego en absoluto, pero que estando prácticamente fuera de la cuestión, nosotros podemos sólo reducir el tiempo ocupado en atravesarlo tanto como sea posible. El fuego de los escalones en este estado del ataque, es principalmente útil como medio de distraer la atención del enemigo; las condiciones son del todo desfavorables á un exacto tiro, y la sola ventaja que se alcanza será tirando tan rápidamente como sea posible en distancia dentro del alcance eficaz de tiro en el rifle, desde la cual se lanzaría un fuego que supliría casi por cantidad lo que de calidad faltara.

»Hasta ahora hemos considerado sólo el frente de un batallón; tenemos, pues, que

combinar los batallones de una división, que es prácticamente la unidad de ataque en la batalla.

»Es verdad que el frente de una división británica formada para el ataque, es demasiado estrecho, siendo sólo de unas 800 yardas; pero dos divisiones atacan una al lado de la otra, independientemente.

»Necesitamos tres líneas y una reserva; la proporción usual observada entre estas líneas en Alemania es una cuarta parte para «Vortreffen», ataque de las primeras fuerzas; la mitad para «Haupt-treffen», el combate principal, y la otra cuarta parte para «Zweiter linie» (nuestra tercera línea), segunda línea, y para reserva un destacamento de otro mando.

»Nuestra división de una brigada en tres partes, da una consiguiente agrupación imposible; de aquí que esto sea un inconveniente para dividir los batallones. Somos, por lo tanto, compelidos á hacer nuestras líneas todas iguales, es decir, cada una de un batallón y formar la reserva de uno ó más bata-

lones divisibles. La formación más conveniente será, pues, por citaciones en mazas de brigadas, á lo largo unas de otras, desplegándose las columnas mientras llegan al alcance de la Artillería.

»Para ello debe ser fundamento principal hacer sean lo menos numerosos posibles.

»El Príncipe Hohenlohe, en su folleto *Veber* Infantería (página 94), dice: «Yo he visto practicar aún los más complicados avances por un asalto impetuoso.

»La línea de fuego es dividida en tres secciones, y cada una en un turno para marchar adelante.

»Éstas marchan contra lo más granado de las mejores tropas; pero cuando una sección ha ganado terreno hacia el enemigo y roto el fuego, entonces el honor y el compañerismo demanda que el resto, acelerándose, comparta el peligro de igual manera.

»El momento en que el primer escalón rompe el fuego, es justamente el más favorable para que los otros avancen, porque el enemigo tendrá todos sus rifles apuntando

sobre los hombres que avanzan corriendo, del primero.

»Todavía es menos práctico (yo lo he visto ensayar) dividir la línea de fuego en más escalones, de los cuales, primero el impar y después los otros, avanzaron corriendo.

»Las secciones del centro de la línea que quedan echadas á tierra, tienen su campo de fuego tan estrecho, que pueden hacerlo, pero muy reducido. Por esta razón yo nunca he permitido bajo mi mando un fuego de línea avanzando de más de dos escalones. El frente de cada brigada debía, por lo tanto, formar un solo escalón, y como es igual al frente de dos compañías extendidas á cuatro pasos, lo cual es prácticamente como una simple compañía alemana en la guerra, esto no probará la dificultad exagerada de manejarlo.

»Pero en todo caso, tal dificultad debe no aparecer, porque está muy compensada con la ventaja de la unidad de mando, en la línea de fuego, y en consecuencia la mayor facilidad con que la dirección del avance puede ser llevada.

»Este último punto no necesita ser descuidado; es la natural tendencia de las tropas cuando les hacen fuego, no moverse en la dirección de la que ellos suponen procede el fuego enemigo, y un cuidadoso estudio de las primeras batallas de la guerra franco-prusiana mostrará muchos ejemplos en los cuales las compañías de batallones llevados á la acción, unidos en línea de columnas de compañías, eran encontrados al concluir la acción haciendo fuego muchos cientos de yardas fuera de su sitio.

»Tal disposición parece menos probable ocurra en un avance compuesto sólo de dos escalones, que en una línea de cierta longitud, avanzando en numerosas pequeñas fracciones.

»Se puede ver, por lo tanto, que aunque la organización que existe está llena de faltas para las actuales exigencias, sus principios generales pueden ser fácilmente adaptados ó formar parte del proyecto más grande; veamos ahora cómo el plan de ataque propuesto recientemente de las columnas de doble com-

pañía sobre las dos medias compañías del centro, responderá.

»Es inútil decir que esto puede ser sólo aplicado á los batallones de primera línea; de aquí que sea poca la influencia efectiva en prevenir la mezcla de diferentes batallones, lo que ningún proyecto verdadero podrá nunca evitar en la práctica.

»Pero aun aplicado á la primera línea, presentará al hacerlo numerosas y graves dificultades.

»En primer lugar, la vanguardia para la Artillería estará formada por una línea de secciones bajo el mando de subalternos y sargentos; pues es evidente que el capitán no puede desamparar tres cuartas partes de su compañía para tomar el mando de la otra; como alternativa, si se agrupan cuatro secciones bajo el mando de un capitán, sólo sería anticipar la inevitable confusión; es más, cuando el resto de las medias compañías á las cuales las secciones del frente pertenecen, avanzan á reforzarlas, ¿cómo pueden ellas, mientras que salen del humo de las baterías

(cuyo fuego es mantenido, tanto como sea posible, á cubrir su avance del enemigo), reconocer sus secciones sobre 600 yardas en su frente?

»Imaginemos por un momento la posición de un joven subalterno mandando unos 20 hombres que pasan á un lado y otro, de una pieza de Artillería, que encuentra en su frente un espeso velo de humo pegado al húmedo suelo, granadas que estallan á su lado y en el de su gente, haciendo que vuelvan sin querer las cabezas, con riesgo de perder la dirección que deben seguir; ¿quién les garantiza que la tomen una vez repuestos de impresión semejante y en tales condiciones? El menor desvío será fatal, partiendo de la base que esa colocación ha de efectuarse dentro de 50 yardas de frente.

»Es verdaderamente cierto que semejante confusión tendrá lugar en el caso de pasar una tropa al través de los cañones, pero cuanto más larga sea la línea, tanto más difícil será cambiarla de su verdadero camino. Aun en el caso de más pequeña fuerza, si los



cañones son colocados en el flanco, la desventaja del mando dividido será experimentada.

»La línea de fuego consiste en un número de secciones (ó medias compañías) de diferentes compañías, la reserva es de una composición semejante; si un Capitán toma dos unidades en la primera, y otro dos unidades en la última, los dos trabajarán bajo la desventaja de mandar una fuerza que sea sólo la mitad de su compañía.

»Si los dos Capitanes quedan detrás con las reservas, el mando de la línea de fuego es para los subalternos un deber, para el cual son evidentemente menos aptos que los Capitanes, ó si las plazas son otra vez cambiadas, los subalternos tienen todavía más dificultad en el deber del dominio del mando de las reservas y prevenir las de unirse á la línea de fuego por su propia conveniencia.

»Aun en Alemania, donde pocos Capitanes logran sus compañías bajo veinte años de servicio, esta dificultad ha sido así sentida, tanto que la extensión de una compañía

completa (200 rifles), á despecho de la longitud del frente, es preferida por muchos escritores como una solución. Nuestras pequeñas compañías están en este caso, con tal que su número no sea disminuido.

»Si un Capitán alemán puede mandar una compañía desde 200 á 250 hombres, cuando esté desplegada no hay razón admisible para que un inglés no mande una de la mitad de fuerza, especialmente cuando nosotros tomamos en cuenta la mayor proporción de subalternos y no clases de las cuales aquél tiene su ayuda. Sean los hombres ingleses ó extranjeros, el éxito en conducirlos dependerá en la perfecta y previa instrucción militar; si nuestro sistema de instrucción de compañía es así tan inferior, como á ocasionarnos el mando de una línea desplegada de 40 á 50 hombres imposible, cuanto antes mudaremos nuestro sistema por el mejor; pues aquella posibilidad de la sola ventaja de nuestras ocho compañías por batallón existe sobre la de los Ejércitos del continente; es, pues, lo mejor sacar el mayor partido posible de

nuestros propios recursos, y no copiar ciegamente la forma ni el espíritu del Ejército prusiano.

»La fuerza de la compañía prusiana era debida á económicas consideraciones y á la dificultad de suplir un mayor número de Oficiales de la clase social de la cual ellos solos eran tomados.

»Tal ha sido su sistema, y sabiamente sacan el mayor partido de ello; pero, como casi todas las instituciones humanas, tiene defectos, los cuales no dejan de reconocerlos.

»Estos defectos son los mismos que prácticamente han sido enumerados arriba, como pertenecientes á la propuesta columna de doble compañía; es decir, la compañía cuando, desplegada, es demasiado larga para un hombre, y si se reduce su frente, media extendida y media siguiéndola de reserva, el Capitán, si realmente manda su compañía, necesita estar en dos sitios al mismo tiempo. Aun entonces, el frente de la media compañía es igual á la de nuestra total compañía; pero hasta ahora no resulta haya sido im-

sible manejarla. Un hecho ha sido distintamente observado: que en la acción, cuando la reserva y línea de fuego pertenecían á la misma compañía y era muy dificultoso evitar que la primera se uniera á la última sin voz del Jefe; es importante punto de tener en cuenta si los movimientos de la reserva han sido dejados á la voluntad de un subalterno más ó menos inexperto.

»Ahora estos defectos en sí no son tan grandes en el sistema alemán como en el proyecto que estamos considerando (es decir, columna de doble compañía sobre las dos medias compañías del centro); en cálculo del mayor servicio y mejor instrucción de los subalternos alemanes son todos evitados en la antigua formación de ataque, en la que cada compañía es mandada en su totalidad por el Capitán; las dos, reserva y línea de fuego, estarán cada una á cargo de un hombre experimentado, mientras ellos estén separados.

»La verdad es que cuando el refuerzo llega, las dos fuerzas se mezclan en la línea, el primer Capitán toma el mando, pero el

accidente de los dos Capitanes, no siendo ambos heridos, en esta etapa de la acción, es demasiado remoto para considerado.

»Además, el efecto de las descargas de la vanguardia en los preliminares de la acción hace desear particularmente las compañías enteras y no fracciones; por esto es que en una parte de la acción, en la que un sistemático empleo desde largos alcances de seguidas descargas, es posible prometa mejores resultados, evitando además el mucho gasto de municiones.

»Mas para obtener favorables efectos de esta clase de descargas, es esencial que el fuego de un gran número de rifles sea de precisa puntería (véase Prurs, *Mus. Regs.* de Octubre, 1875), y nuestra compañía se ha visto prácticamente que es la unidad mejor que podemos emplear para este objeto (1).

»Es difícil entender cómo las medias secciones vienen á ser consideradas con el nú-

---

(1) No tengo á mano una copia exacta de nuestra organización, pero hasta 1883 las descargas por medias secciones estaban recomendadas.

mero á propósito de rifles para este objeto, porque en ese tiempo no se habrá hecho ninguna regular investigación de experiencia sobre este asunto, ni los oficiales, entonces relacionados con el departamento de guerra de armas portátiles, tenían ninguna experiencia de la guerra moderna en Europa. Por otra parte, después de tres años de experimentos y de los más recientes de la guerra, los alemanes decidieron que una compañía era el menor número de rifles que debe hacer descargas á gran distancia, y establecieron como principio general que un gran número de rifles tendrían que aprovechar sus tiros, etc.

»El lector juzgará por sí mismo, cuál de las dos opiniones está mejor fundada.

»Operando por compañías, no haremos todavía absoluta prescripción del accidente de tener los mandos distintos después de la llegada del primer refuerzo.

»Generalmente, la vanguardia podrá encontrar accidentes del terreno para ocultarse, como un terraplén, zanja ó seto, detrás de

los que puede reconcentrarse en un flanco y hacer sitio para el primer refuerzo.

»Tal reconcentración en un flanco es posible siempre que estén cubiertos, pero no en un terreno llano y aun si el terreno es descubierto, la posición que la vanguardia tiene que ocupar habrá sido determinada de antemano, y ellos se habrán atrincherado durante la noche.

La niebla de la mañana, y en muchos casos cercanos accidentes del terreno, pueden servir también para las reservas.

»Una vez dentro del límite de 700 yardas, todo poder de gobernar ó restringir el fuego cesa, y la personal influencia de los oficiales sobre los hombres toca á su término.

»Esto es inevitable, porque aun suponiendo á todos los hombres héroes, su atención se fija en el enemigo enfrente, y es imposible para ellos darse cuenta del progreso, de la contingencia que ocurra á retaguardia; el hombre que los mande un momento, en otro está fuera de combate, y no les queda nada que hacer sino unirse al primer avance desde un

flanco cualquiera cuyo impulso les alcance, ó seguir al primer Oficial que les conduzca.

»En los momentos de excitación extrema y de peligro, las masas humanas, ya sean civiles ó soldados, reconocen por instinto un jefe; si ellos le han visto antes ó no, y hasta cierto punto, mientras que un Oficial esté dispuesto á mandarlos, puede estar seguro que los hombres le seguirán, sin que les importe á qué compañía pertenece.

»Examinemos ahora el resultado de lo que hemos dicho antes sobre la instrucción militar de los hombres en tiempo de paz.

»Será necesario distinguir claramente entre el ataque de escaramuzas de la vanguardia exploradora y el decisivo asalto por el que tiene que ganarse una batalla.

»Para lo primero, hace falta buena puntería y habilidad para aprovechar los accidentes del terreno y cubrirse; para el segundo, severa disciplina, que sea bastante fuerte para hacer capaces á las tropas de afrontar las grandes pérdidas sin pensar en cubrirse individualmente.



»La idea de instruir á los hombres como máquinas, no puede ser por más tiempo admitida, ni podemos vencer la dificultad volviendo á las antiguas distinciones entre tropa de línea é infantería ligera. Podemos únicamente alcanzar el éxito, enseñando á los hombres en teoría las condiciones sobre las cuales depende, y entonces, bien penetrados, podrán hacer una verdadera distinción en los ejercicios entre los dos sistemas.

»Nada alcanzamos sobre este particular en muchos Reglamentos de instrucción.

»El intento para adaptar la antigua instrucción de escaramuzas de la Península á la moderna formación de ataque, no obtuvo éxito, porque era un esfuerzo para reconciliar dos condiciones totalmente opuestas, y atacó á la disciplina precisamente donde era más importante.

»El objeto que nos lleva en la instrucción de los hombres no es solamente para asegurar la ejecución de ciertos movimientos tácticos en la parada bajo favorables condiciones, sino para darles verdadera disciplina;

es decir, el valor de afrontar grandes pérdidas sin afectarse, única cosa, en verdad, que constituye la superioridad de un cuerpo de soldados sobre el pueblo armado.

»Pero esta práctica en la paz no da el alcanzarlo, porque permite la relajación de la disciplina en el crítico momento que en el campo de batalla se hace más necesaria.

»En el cuidado de estenderse para el ataque, los Oficiales y tropas están en descanso; sin palabra de mando se efectúa, y los movimientos se hacen sin atención, ni al paso ni ir derechos (y algunas veces ni aun en silencio), todo lo demuestra, por lo menos, abandono.

»En Alemania, por otro lado, se practica de otro modo: cuando la señal para avanzar en el ataque es dada, todas las tropas detrás de la línea de fuego deben estar prevenidas, y el avance se hace á «Parada Schritt», á tambor batiente y bandera desplegada (1).

---

(1) Hasta muy recientemente, también con las bayonetas caladas; pero yo creo que aquella orden ha sido después abolida, aunque todavía tiene muchos partidarios.

»Considerando el caso que las tropas retrocedan, lo que puede ocurrir, hay que fijar la atención de los soldados, obligándolos á intentar una cosa difícil, para que no puedan estar dispuestos á recibir otra impresión; hemos oído algunas veces el modo de afirmar la irresolución de las tropas que vacilan haciéndolas parar bajo el fuego y ponerlas á practicar el ejercicio, y la idea en ambos casos es la misma.

»Esto es, en efecto, por la analogía que existe entre la instrucción y el hipnotismo: en los dos casos, es decir, tanto los que obedecen como los que se dejan hipnotizar, pier-

---

La bayoneta calada era el signo visible externo de la determinación interior de llegar á batirse cuerpo á cuerpo.

Es verdad que se interrumpía la exactitud de la puntería; pero como esto era siempre fuera de la cuestión en la excitación que lo determinaba, la pérdida no era grande.

Pero si la bayoneta fuera bien colocada en el rifle, del mismo modo que los turcos lo han hecho, es decir, debajo y no á un lado del cañón, la puntería se mejoraría, pues el peso de la bayoneta corrige la tendencia de los hombres excitados de hacer fuego alto.

En efecto, el rifle turco con la bayoneta fijada se coloca en el hombro tan fácilmente, que se puede tirar tan bien como con una escopeta de caza.

den su voluntad, por ser mayor la del que manda ó hipnotiza, quedando por inclinación natural de las personas, influidos de tal manera que concluyen por hacer siempre cuanto de ellos se quiere pretender.

»Esto explica por qué los hombres siempre se instruyen mejor bajo el mando de un Oficial que se interesa que por uno á quien sucede lo contrario.

»Un caballo es, en verdad, más susceptible de gobernar que un hombre; pues aunque por naturaleza es mucho más tímido, cuando está completamente domado, aun privado de su jinete, guarda su sitio en las filas, no obstante los peligros que le rodean.

»Eso es lo que determina la instrucción sólida, de toda importancia; nos hace capaces de vencer el instinto natural, de propia conservación, y hace más fácil á los hombres obedecer la voluntad de otro, que decidirse á huir.

»La necesidad de una instrucción tal, es mayor ahora quizás que en cualquier otra época, pues la presión de ánimo causada por

el fuego de un fusil, cargado por la recámara, es mucho más grande y de mucha más duración que no el producido por el fusil cargado por la boca.

»En este punto, la opinión de los oficiales, ya sean franceses, alemanes, austriacos ó rusos, que han combatido en contra de ambos fusiles, es unánime, y como nosotros no hemos tenido nunca que librar una batalla contra tropas bien instruidas, armadas con fusiles cargados por la recámara, debemos por necesidad ser guiados en este asunto por los que lo han hecho.

»Si entonces, en los días de Brown Berr, la mayor disciplina fué considerada para que una línea pueda avanzar á través de una zona de fuego, apenas 150 pasos de fondo, ¿cuánto más, por lo tanto, es ahora necesario con las nuevas armas, que han multiplicado esta zona de peligro 10 veces?

»Las tropas, es verdad, no luchan ya en líneas, pero para traerlas á la línea de fuego tienen ellas que pasar por un espacio barrido por el fuego, en línea, ó en una formación

donde el mantenimiento de la disciplina es aún más necesario y al mismo tiempo más difícil.

»Los cambios que necesitamos son sencillos; la instrucción debe cesar de ser considerada solamente como un medio de asegurar una buena revista (1); pero debe ser completamente reconocida como el método ó sistema por el cual los hombres son capaces de vencer su natural aversión al peligro; y para afirmar esta idea, el ataque ha de verificarse con gran rapidez.

»Poco tenemos que cambiar en el libro de instrucción militar, aunque su espíritu al interpretarse ha de ser cambiado totalmente, por más que entenderlo sea la mayor dificultad, porque es enteramente opuesto á la enseñanza táctica que la mayor parte del Ejército ha sido obligado á aprender, en la lucha de sus hombres más competentes para ascender.

»Hemos sido examinados en las pequeñas

---

(1) Una buena revista será el inevitable resultado de una sólida instrucción.

tácticas, hasta que nuestra inteligencia parece haber sido disminuída y nuestro juicio descaminado.

«No podemos ver el bosque por los árboles.»

»Sin duda el conocimiento que hemos adquirido puede resultar muy útil, cuando sea propiamente aplicado; pero ese lugar no es el campo de batalla para buscarlo, porque en los campos de batalla es sólo el sitio donde se decide la suerte de un Imperio.»

## CABALLERIA, ARTILLERIA

### Y GASTOS DE RECLUTAMIENTO

#### **La Caballería en la guerra.**

En la misma obra del citado Capitán Maude, dice sobre estas armas y gastos lo siguiente:

«La publicación de la estadística de las pérdidas del ejército alemán en 1870, por la Cruz Roja, destruía uno de los muchos artificios con los cuales las ideas de la táctica

inglesa ha sido basada en estos últimos años; á saber, que la espada y la lanza no valieron nada en la guerra franco-alemana. El origen de esta falsa demostración parece haber sido un escrito del Doctor Egel, estadista médico alemán, en el que decía que después de Sedán, de 72.000 hombres que formaban la Caballería alemana en Francia, solo seis fueron muertos de arma blanca, declaración probablemente cierta, porque después de Sedán los alemanes jamás atacaron á la Caballería formada.

»Pero desgraciadamente, los que querían ser reformistas de los nuestros, omitieron la observación de la frase *después de Sedán* y se persuadieron ellos mismos que la total pérdida sufrida por el ejército alemán, no sólo en la Caballería, sino en todo el ejército, era la ridícula frase de seis hombres fuera de combate, puestos por las armas citadas.

»Parece absurdo que una declaración semejante hubiera tenido crédito por un solo momento; todavía podemos testificar que esto fué creído por gran número de Oficiales



de Infantería y que también apareció en muchos periódicos militares. Solamente desde hace pocos meses el Doctor W. Burrell consideraba digno de hacer mención de ella para contradecirlo en las columnas de *Army and Navy Gazette*, diciendo que con sus propios ojos había visto más de triple número de cuerpos alemanes con inequívocas señales de lanzas y espadas, tendidos en la llanura de Floin, donde ocurrieron las célebres cargas de la brigada de caballería francesa mandada por Gallifet, en la mañana después de Sedán.

»Pero nosotros sabemos, por bien autorizado origen, que los alemanes no perdieron durante la guerra menos de 1.163 hombres, muertos y heridos por lanzas y espadas, no obstante resultar victoriosos en cada carga contra la Caballería francesa, y la última sucedió rompiendo el ángulo de un pequeño cuadro de compañía formado por algunos obreros frente á Morsbrunn, el 6 de Agosto, en Woerth; pisoteando algunas pequeñas guerrillas en escaramuzas

de vanguardia, en Vionville. Beaumont y Sedán.

»Las pérdidas de los franceses por dichas armas no podemos precisarlas por carecer hasta el presente de datos estadísticos; pero podemos conseguirlo de una manera aproximada por los siguientes hechos.

»Cuando la Caballería alemana cargó á la francesa, la primera fué victoriosa, y, por lo tanto, es presumible que quedara fuera de combate mayor número de sus enemigos.

»El ataque de la división de Forton sobre los restos de la brigada Bredow, cuando esta última estaba ya cansada y desorganizada por el éxito de sus cargas contra Infantería y Caballería, puede ser justamente puesto en contra de las pérdidas causadas bajo semejantes circunstancias por los húsares prusianos sobre los restos de la brigada Michel en Woerth. Entonces, como una evidente ganancia para Alemania, podemos anotar las pérdidas que ellos causaron á la Infantería y Artillería francesa en Vionville, donde, además de la tan conocida carga de la brigada

Bredow, referida antes, el 11.º de húsares se apoderó de una batería de cañones, estuvo á punto de hacer prisionero al mismo Bazaine y destruyó algunas partidas de Infantería (y el 1.º de Guardias de dragones atacó y destruyó la Infantería francesa), quienes con el entusiasmo de la victoria impulsaban delante de sí los restos de la brigada de Infantería Wedell. No debemos dejar de considerar el número de los que se fugaban atropellados después de Woerth, ni las partidas de móviles dispersadas y aniquiladas en la última parte de la guerra.

»No ha de olvidarse que al principio de la guerra, la Caballería alemana no sabía nada prácticamente del empleo de la Caballería en masa. No había un solo Oficial de Caballería en el Ejército que hubiese maniobrado alguna vez en división, y los mandos de divisiones fueron creados el 29 de Julio por primera vez. Sus antiguas tradiciones habían sido completamente perdidas.

»Desde hacía muchos años que se les enseñaba á creer en el aceptado axioma del ár-

bitro del Estado Mayor, que la Caballería no puede cargar á la Infantería á pie firme. Así se dice que Bredow le contestó al Oficial que le llevó la orden de atacar y arrojar á la Infantería; y finalmente, ellos todos usaban espadas sin afilar, con vainas de acero. Esto último puede parecer un detalle trivial, pero está muy lejos de serlo.

»Sir Charles Napier decía de las vainas de acero en Scinde: «Esto es ruidoso, por lo que es malo; es pesado y quita el filo de las espadas, que es lo peor.» Nuestra propia experiencia de la guerra, en la de Sikh, debía haber impreso esto en nuestra memoria.

»Vamos á exponer un ejemplo entre varios. En Chillianwallâ, el escuadrón de Unett del 3.º Light Dragones (ahora el 3 de Húsares), con una fuerza de 70 hombres, cargó á más de doble número de ginetes Sikh, montados miserablemente, pero armados con espadas fundidas, de dragones ligeros, afiladas como una navaja de afeitar y llevadas sin vainas; sólo algunos la tenían de madera, y al echar nuestra Caballería del campo al ene-

migo, 40 de los 70 fueron muertos ó heridos, y la mayor parte de éstos murieron antes de ser socorridos; también debemos recordar que después de la guerra de Sikh se recomendaban para la Caballería de la India, bridas de cadenas, guantes revestidos de acero y una cadena cosida dentro del forro de la manga; de todo esto queda sólo la cadena de acero llevada por los Oficiales de Infantería en el campo, y usualmente se supone es una cadena piquete, por más que realmente sólo una cadena brida queda en el servicio. Resumiendo, podemos creer apenas que las pérdidas causadas en el Ejército francés por la Caballería alemana fué lo menos cinco veces más que la sufrida por estos últimos, y si hubieran tenido afiladas las espadas, hubiéramos podido seguramente multiplicar esta cifra por tres, lo que nos daría la respetable cantidad de 1.500; y como la total pérdida de los franceses se supone generalmente igual á la de los alemanes, si éstos hubieran tenido las espadas afiladas, le hubieran llevado una ventaja igual á la que la Artillería francesa

llevó á la alemana, y apreciada en un 15 por 100 contra un 9 por 100.

»Pero en la próxima guerra todo esto debe perfeccionarse más en la Caballería; las vainas de acero todavía quedan, es verdad, pero los Oficiales de la Caballería alemana saben perfectamente las ventajas de una hoja afilada y se puede confiar que harán todo lo posible por conseguirlo.

»Sus Jefes también se han acostumbrado á manejar grandes cuerpos de ejército, y tanto los hombres como los oficiales han sido perfectamente enseñados con el antiguo principio de Ziethen y Siedlitz. Sus reglamentos ya no les deja ninguna duda con respecto á la Infantería á pie firme. «La Caballería debe ser preparada para cargar en las ocasiones que se presenten á la Infantería á pie firme», según dice el Príncipe Hohenlohe, pues «¿quién puede saber si la Infantería es fuerte ó no, hasta que el ataque se ha verificado?» Ningún árbitro se atrevería á repetir ahora la antigua y odiosa fórmula: «La Caballería no puede cargar», etc., sin pesar cuidado-

samente las condiciones sobre las probabilidades del éxito, al hacerlo. Existiendo la Infantería montada de Rusia y dejándola fuera de consideración por el momento, el primer acto de cada campaña debe ser una serie de gigantescas cargas de Caballería, en las cuales los alemanes, en un cálculo aproximado, tendrán preparado para cargar un cuerpo de 60 escuadrones á un tiempo, y si ellos aprenden á guardar el filo de sus espadas, las pérdidas de la próxima guerra, juzgando por nuestra propia experiencia en la de Sikh, pueden seguramente ser multiplicadas por diez.

»Imaginemos el terrible y abrumador efecto del rumor esparcido de tal matanza, en las filas de los destrozados enemigos; dudamos si su Infantería, aunque todavía intacta, puede ser considerada moralmente inquebrantable, cuando se vea atacada frente á frente por una división: aun con armas de repetición no harían mucho más; pues mientras los hombres tengan corazón, nervios y espíritu, han de ofrecer exactamente igual



oportunidad al Jefe de Caballería bien instruido; y hemos visto la Infantería alemana, armada con repetidores, completamente deshecha en las maniobras, sin más tiempo que para hacer un solo disparo.

»Experiencias practicadas en Francia, Suecia y Rusia han demostrado todas que el aumento incesante de la rapidez de fuego de los repetidores, no significa también igual proporción en el aumento de blancos, y el buen sentido es bastante para demostrar que la reducción de calibre, tan popular en estos momentos en Europa, no producirá mayor número de bajas.

»Nosotros recomendaríamos á algunos de los entusiastas del pequeño calibre un curso de experiencia práctica por el bosque en la India, contra tigres que acometen; entonces que apliquen el resultado de su experiencia, si sobreviven á ella al caso de un caballo á la carrera enardecido por la excitación de la carga.



## LA CABALLERIA

## COMPARADA CON LA INFANTERÍA

»No vamos á hacer la apología de ciertas apreciaciones que pudieran molestar nuevamente á nuestros Oficiales de Infantería; creemos bastante excusarnos de haberlo hecho, pero la importancia de esta cuestión en las tácticas para las futuras guerras, y la necesidad que existe de las dos armas, en la ayuda que mutuamente han de prestarse cuando la ocasión lo exija, nos justifica principalmente por el objeto que perseguimos.

»La parte más atendida de nuestra discusión parece no haber sido entendida por nuestros críticos de Infantería, y sobre todo, á nosotros se nos ha exigido personal responsabilidad por lo que es realmente una declaración de dos altas Corporaciones y Autoridades bien calificadas, como el Estado Mayor general de Austria y Alemania; son ellos los responsables, no la civil *And Military Gazette*: primeramente declararon, como principio moderno táctico, que la Caballería debe

ser preferida en ocasiones para atacar á la Infantería á pie firme. Nosotros agradecemos las atenciones guardadas, y declinamos al mismo tiempo la responsabilidad del autor en todo aquello que hubiere lugar; hagamos, sin embargo, luz sobre el asunto. Tanto los alemanes como los austriacos escribieron sólo para su Caballería contra la Infantería que ellos pudieran respectivamente llegar á encontrar. Nosotros nos hemos extendido más, escribiendo también sólo para nuestra Caballería contra la Infantería que también tuviéramos que combatir.

»Es poco probable la circunstancia de que la Infantería británica sea llamada á batirse contra la Caballería austriaca y alemana, y es absolutamente imposible que ellos siempre hagan frente á nuestros escuadrones. Por esta causa, nuestras observaciones no implican deshonor á nuestra Infantería. Mas aun cuando se hable sobre la comparación de la Caballería con la Infantería, el infante siempre imagina la Caballería cargando y destrozando los cuadros, iguales en firmeza

á aquellos del viejo Ejército de la Península, estando perfectamente justificada la convicción de que, con tales hombres y las modernas armas, la Caballería no hubiera alcanzado nada. En primer lugar, los cuadros probablemente no se verán en una batalla campal otra vez, y en segundo, que Infantería de tal calidad como aquella del Ejército antiguo de la Península no se encontrará ciertamente en las filas de nuestros probables enemigos. Era un bien para nosotros contar con tal clase de hombres, que se batían y vencían siempre al más poderoso de nuestros enemigos.

»Napoleón admitía que la Infantería británica era la más hermosa del mundo, y fortuna para él que fuera poco numerosa. Esto es verdad: moralmente, ellos eran de ínfima clase; físicamente, apenas llegaban á la talla; pero estaban sujetos á una férrea disciplina, y la disciplina hacía de Haythe y Musketry book lo que hubiera hasta el presente podido hacer, es decir, que fueran capaces de destruir con un par de descargas la mejor In-

fantería del continente. Tal Infantería, aun con su antiguo armamento, haría detener en sus cargas á cualquier Caballería del mundo; pero, ¿dónde, en los presentes días, tenemos que buscar sus iguales en los reclutas del continente? No, ciertamente, en las filas de los Ejércitos de Francia y Rusia, únicos con los que tenemos probabilidad siempre de medir nuestras armas.

»La verdad es que las condiciones en que los dos Ejércitos se encontraron, han variado enormemente, y que toda la manera de luchar ha cambiado. El choque de la Caballería se verificaba contra la Infantería formada en orden cerrado, bajo fuerte disciplina, y con el estímulo de la conservación propia; esto les inducía á esperar, no desperdiciar las municiones y dirigir bien los fuegos, pues de hacer otra cosa, ellos quedaban indefensos. Es verdad que ahora el hombre individualmente puede tirar mucho mayor número de tiros que sus predecesores; pero su desarrollo moral no va en armonía con el de sus armas.

»El incremento mortífero que ocasionan

las actuales armas, con la necesidad que esto impone de adoptar formaciones de orden más abierto, y la excitación producida por el ruido del mayor número de disparos, ha hecho disminuir el ascendiente del Oficial sobre la tropa de su mando, de tal manera que parecería imposible á nuestros abuelos.

»Nosotros podemos imaginar la respuesta del Duque de Wéllington si fuese preguntado sobre lo que pensaba de la Infantería unida dentro del alcance eficaz del fusil cargado por la recámara, y tan absolutamente fuera de la autoridad de sus Jefes, que era imposible que ellos avanzaran ni por derecha, ni por izquierda, ni de frente, sino impulsados por las frescas reservas de retaguardia.

»Estas son las fundamentales ideas del ataque decisivo en Alemania, y en las que verdaderamente las de Europa están basadas. ¿Es posible concebir el cuadro de estas descripciones sin ver oportunamente el auxilio de un entusiasta y resuelto Jefe de Caballería?

»Pero volvamos á la Caballería, y tomemos de otro modo la cuestión, aunque nos sea preciso retroceder á la Historia antigua.

»Durante la guerra de los siete años, en terreno abierto practicaron todo por maniobras, y la Caballería llegó á ser árbitra de los campos de batalla.

»En Rossbach, 5.000 caballos conducidos por Seidlitz y ayudados por un corto número de cañones, rompieron y destrozaron casi el Ejército francés, cuya fuerza era de unos 100.000 hombres. En Hohenfriedberg, el Baireuth Dragoons, sus escuadrones destrozaron 69 batallones de Infantería, cogiéndoles todas sus banderas; nosotros podríamos llenar muchas páginas con ejemplos semejantes. La Infantería que vencieron era bastante fuerte para no ser derrotada fácilmente; en lo relativo al armamento, ellos estuvieron equipados como los rusos en Crimea, y también en disciplina les fueron probablemente superiores. Lo que condujo á la decadencia comparativa de la Caballería durante la era

de Napoleón, con relación á la nuestra, ninguno pudo probarlo.

»La derrota de los franceses está bien explicada. La revolución no sólo destruyó sus casas de remonta, nunca buenas, sino que decapitó sus jefes y tuvieron que pasar años para poder ser reemplazados; y cuando hombres como Excelmans, Desaix, Milhaud empezaron á colocarse al frente, la reposición natural de hombres y caballos les fué imposible. Esto no es exagerado; por la estadística oficial se prueba que la mayor parte de los célebres Dragones de Latour Maubourg se montaron en caballos de gran alzada, y varios ingleses aseguraban como testigos presenciales que casi todos los coraceros fueron provistos de malos caballos de diligencias ó carros, formando por lo tanto una Caballería pésimamente montada y que no podía cargar más que al trote. Sin embargo, era verdad; el testimonio de Napoleón y Jomini lo prueban.

»No se pueden negar los brillantes resultados obtenidos por tal Caballería; pero esto



no fué hasta que Napoleón había prácticamente destruído toda la buena Infantería en Europa y fué sustituida por reclutas que sufrieron la impresión de las derrotas anteriores.

»Hablando de la decadencia de la Caballería prusiana después de los siete años de guerra, aparece haber sido una gran razón de que sucediera la fatal equivocación de dividir la fuerza de que se componía en pequeños grupos, divisiones de Caballería, sobre lo que se podía decir bastante.

»Sin embargo, no dejaron de alcanzar laureos en Jena y Auerstadt, debiendo recordar que la Infantería que atacó se encontraba en el más alto grado de prestigio. No obstante, salió mejor librada nuestra Caballería; Salamanca, Vitoria y Waterlloo lo prueban.

»En parte ninguna puede encontrarse lo que en Waterlloo, donde la vieja guardia de Napoleón tenía que humillarse ante la carga loca de los escuadrones de Vivian y Vandeleur, como se doblega el trigo á impulsos del huracán.



»Después de la paz, una noche de gran oscuridad vino sobre la Caballería; en Prusia estaba desacreditada, y en Francia necesitaba dormir sobre sus laureles, contenta de haber hecho cuanto de ella se esperaba y atribuyendo la causa de su derrota á la traición.

»En Austria había guardado su reputación, pero aunque muchos ingleses sirvieron en sus filas, sólo uno pudo volver para mostrarnos el camino de la victoria; se llamaba Nolán, muerto en Balaklava y cuyo libro ahora es raramente encontrado, debiendo estar en cada cuartel de Caballería.

»De nuestros hechos en India, pensamos en Inglaterra, que han sido insignificantes; todavía nuestro poder militar no ha hecho más en ningún campo de batalla, y aunque la cara de nuestros enemigos era negra, dudamos que la Caballería siempre rompiese los vigorosos cuadros del viejo Ejército Khalsa. Ciertamente ningún moderno ejército de reclutas opondría tan desesperada resistencia á la Caballería en los lados de sus cuadros,

como estos bravos Sikhs lo hacían con sus armas blancas.

»Mientras tanto, el armamento de la Infantería obtenía rápidos progresos, y con esta nueva invención se profetizaba que los días de la Caballería en los campos de batalla tocaban á su fin. Armas rifles con varios tiros, con la misma exactitud que el viejo Brown Bess. Así, pues, si la buena Infantería con las armas antiguas resistía á la Caballería, nada podemos esperar se consiga contra la actual. Los Oficiales de Caballería en vano hacen notar que aunque el rifle puede tirar más y con mayor precisión, no lo haría mejor con el ánima lisa que si la tuviera con espiral, y que aunque de mayor alcance, tendría para ser eficaz que ser regulada; la invención triunfa teóricamente en la parada, pero es deficiente en los campos de batalla.

»La Infantería austriaca, aunque de largo servicio y celebrada por su buena puntería con fusiles de ánima lisa, se desorganizaba en 1859 cuando usaron los rifles por primera vez; hasta la Infantería francesa pudo ata-

carlos y derrotarlos con sus bayonetas, sin esperar su Caballería, que, atravesando el camino, fué batida en malas condiciones; el 1866 fué también un mal año para la Caballería, aunque no tan malo como se imaginó; la verdad es que los austriacos estaban obligados á atacar bajo condiciones que hacían el éxito imposible, y aun así obtenían con frecuencia resultados gloriosos, pero los ecos de la opinión eran en su contra, y en 1870 soplaban como un huracán deshecho.

»En todas las revistas y periódicos, de la Caballería fué dicho que su estrella se había nublado para siempre y que, sorprendida en tales circunstancias, vendría al fin á creerlo. Pero en el campo de batalla desaparecieron todas las teorías. La brigada Bredow y el 1.º de la Garde Dragoners, mostraron claramente que siempre podía, y bajo las menos favorables circunstancias, atacar á la mejor Infantería. La Caballería francesa no se lució tampoco y la prusiana corrió el riesgo de tal modo, que pudo tener un desastre aun en terreno que le era favorable.

»Necesitaron años de trabajo llevados á cabo por hombres como el Príncipe Federico Carlos de Austria, General Kachler y V. Schmidt para alcanzar el éxito que aún se comprueba existe. El espacio no nos permite entrar en las controversias empeñadas de los periódicos militares alemanes, pero uno por uno de cuantos se oponían, tenían que admitir que la Caballería manejada y adiestrada como en tiempo de Federico el Grande, alcanzaba la victoria aun sobre las armas modernas, encontrando oportunidad de lucirse tanto como en épocas anteriores. La verdad es que hay que admitir que los nervios no son susceptibles del progreso rápido que necesitan las armas para alcanzar el éxito; y la misma intensidad en la pelea da momentos de crisis en que es imposible manejar los hombres; atacándola en el momento crítico, la Infantería más valiente ha de ser necesariamente derrotada. La Caballería debe buscar ese momento crítico, y le debe ser fácil por su ventaja en los movimientos. La Caballería es la única arma del Ejército en donde tenemos

los hombres y la materia para alcanzar una superioridad completa sobre todas las Naciones del mundo; es la única arma en donde la superioridad individual del hombre, el caballo y el Jefe pueden contrarrestar el mayor número, y por lo tanto, es de gran importancia para nosotros elevar su capacidad al más alto grado.

»Se ve claramente que no es la mejor manera de enseñarlos suprimiéndolos, cuando se muestra su poder en tan pocos momentos. Seiscientos caballos sorprendieron á Europa, destrozando casi la mitad del ejército ruso; caballos, infantes y Artillería se dirigieron sobre Tchenaya, pero no siempre tendrían quien les enseñara la retirada.

»Puede ser que la oportunidad de otra carga semejante venga más pronto que podamos esperar. Tengamos la esperanza de llegarlo ver.

#### LA TÁCTICA DE ARTILLERÍA EN EL CAMPO

»La reciente acción del Ministro de la Guerra en reducir lo posible la parte más mane-

jable de nuestra Artillería de campaña, ha llamado la atención sobre el empleo preferente de esta arma en el servicio, dando lugar á que, ya en pro ya en contra, se escriba mucho.

»Mas es de extrañar ahora la poca firmeza en la defensa de la Caballería Real hecha por sus partidarios, y diré poco de la educación técnica de sus Oficiales, que no han podido dar mayores razones para el sostenimiento y preponderancia de este ramo importante del servicio. Mirando por otro lado la cuestión, el argumento usado muestra tal ignorancia de los fundamentales principios tácticos, que no merece ni la crítica. Para llegar á la completa inteligencia de la cuestión, necesitamos evidentemente demostrar con claridad qué es lo que la Artillería de á caballo y montada tendrían que hacer; y á este fin, nada nos servirá mejor que considerar lo dicho por los principales tácticos alemanes del arma de Artillería en el campo de batalla.

»A esto se puede decir en contra que en las batallas del continente se batirian en des-

equilibrio de fuerzas respecto á la que nosotros tenemos; pero no se puede rehusar el considerar como abstracta la proporción con que igualaremos á nuestros enemigos hombre por hombre y fusil por fusil. La Caballería, es verdad, aparece la sola arma del servicio en la que la superior dirección del hombre y caballo puede compensar la inferioridad de número; en las otras armas, con iguales armas y más ó menos uniforme método de dirección, no sería probable que la mejor tropa venciera de haber la diferencia de dos á uno.

»Repitiendo lo que Von der Goltz publicó en un número reciente de su periódico *Infals Schlacht*, se dará á los que lo lean una idea cierta de lo que es batirse ahora. Este autor deja á un lado la batalla ordenada, por ser menos probable cada vez, porque los decisivos esfuerzos de la lucha empezarán desde los imprevistos encuentros de separadas columnas, fracción de grandes Ejércitos, que maniobrarán con el sólo fin estratégico de vencer la una á la otra.



»Dichas dos columnas, que llamaremos cuerpos de Ejército, en lo cual el sistema inglés y el alemán son iguales, al venir á estar en contacto, hacen que todas las inmediatas instantáneamente converjan y se dirijan al lugar del combate.

»El primer objetivo en éste, como en otros muchos casos, sería establecer una destructora y superior Artillería en el lado del terreno que por su falta de condiciones obligara á tomar la defensiva.

»Este es, desgraciadamente, el modo que tenemos de dar un valor indebido á tal forma de acción, mezclándolo en nuestra inteligencia con un sistema de atrincheramientos invulnerables, defendidos por tropas bien armadas, y si hay tiempo para ello, el campo puede quedar indudablemente en buenas condiciones.

»Pero la actual marcha de los acontecimientos raramente lo permitirá. El encuentro puede venir por accidente; en la circunstancia de este momento de la acción, al emplear las primeras tropas que lleguen, sería



difícil imaginar que ellas se atrincherasen delante ó detrás de las líneas enormes de Artillería, las que serán las primeras en formarse.

»En el orden abierto podrían hacer uso de los útiles para atrincherarse; pero esto sería imposible de combinar con el deber de defenderse.

»Vamos ahora á mirar lo que es la esencial condición de seguridad de esta inicial preponderancia del fuego de Artillería; ¿es esto cuestión del número de cañones ó del poder de cada uno? El relativo peso de los proyectiles de la batería montada y los de á caballo se han fijado en principios tales, que la práctica no admite cambiarlos, y de aquí que pueda deducirse, que tanto en ésta como en la nueva Artillería, no habrá esencial diferencia. Al presente, la granada de metralla (Shrapnel) contiene próximamente el veinte por ciento más de balines que las de la última. ¿Ejercerá esto un efecto decisivo? No, porque la mayor parte de los balines de las granadas de cualquier calibre no hacen blan-

co; aun apuntando bien los artilleros de á caballo, la granada revienta del mismo modo; y no hay razón inherente á la naturaleza de las cosas para que no lo practiquen así; resulta, por lo tanto, que cañón por cañón, tendrán que ser iguales. La superioridad, pues, sólo se obtendrá llevando mayor número de cañones á la acción.

»Ahora bien: tenemos que valuar la superioridad por su fácil manejo. Tomando la ordinaria distancia guardada en la línea de marcha y emplazamiento de los cuerpos de Artillería, entre las dos divisiones de vanguardia (tres divisiones tiene el cuerpo de ejército inglés), resulta que cuando las dos vanguardias entran en acción, la Artillería estará distante lo menos cinco millas de la retaguardia. Si las tropas están marchando en perfecto orden y en un inclinado y ancho camino, nada importará esto y no habrá dificultad en la marcha de los cañones. Si los caminos son estrechos é impracticables, la Artillería tendrá que marchar á campo través. Hagámonos cargo de tales medios, del

estado de los campos en otoño por los rastros, é imaginemos un similar avance atravesando altas posiciones cortadas y de mal terreno, como sucedió en Sadowa, cuando el trigo se enredaba en las ruedas de tal manera que, enfrenándolas, los caballos caían muertos en sus guarniciones subiendo la última colina. Sobre tal camino, la Artillería de á caballo podía dar veinte minutos de ventaja á la montada y vencerla, y una vez alcanzado el blanco, los veinte minutos podían influir en el éxito.

»Ahora vamos á considerar el caso de la distancia entre las columnas; esto sería muy bueno, al tener un cierto número de caminos paralelos, separados lo más por cinco millas, porque mayor distancia entre ellos podía ser enorme; la historia ha probado eso en muchas ocasiones: en Sadowa y en Vionville, por ejemplo, la Artillería estaba cerca de 15 millas del sitio en que empezaron las operaciones y el fuego; en las dos ocasiones tuvieron que atravesar el campo. Se puede decir lo mismo del otro cuerpo, porque no es ima-

ginable que sus cañones pudieran estar á menos de 20 millas del sitio donde hacían falta, y teniendo también que atravesar el campo.

»A juzgar de la Artillería alemana, la relación entre la de á caballo y la montada se puede considerar de cuatro á tres. La Artillería de á caballo puede recorrer las 20 millas ventajosamente, siendo el campo abierto y de buenas condiciones, en tres horas, y la de campaña en cuatro, y siendo el camino de peores condiciones, la ventaja sería mayor.

»Aplicando estas observaciones al caso de dos Ejércitos, teniendo cada uno cinco cuerpos, que se encuentran por casualidad y dada la condición que el cuerpo de Artillería de un ejército sea tódo de á caballo (como el Príncipe Hohenlohe recomienda) y la de los otros toda montada, según el plan del General inglés, quien mandó un ejército en campaña, encontramos que el primer ejército tendría el cuerpo de Artillería de su primer cuerpo en acción lo menos quince minutos antes que los otros. En los dos más próximos

cuerpos en los flancos, dando el caso que estén 10 millas del sitio de donde hagan falta 30 minutos antes que los otros, y la de los más distantes á lo menos una hora más pronto que el último.

»Pero el auxilio de seis ú ocho baterías en un momento crítico, podía ser decisivo; de todas maneras, el lado más débil corre el riesgo de ser destrozado en detalle.

»Existe todavía un factor importante para tomarlo en cuenta, que es el provisioningamiento de municiones de estos cañones. Cada batería de á caballo transporta ahora 148 cargas, mientras las baterías pesadas sólo llevan 132, y probablemente será la misma proporción en el nuevo armamento. De aquí que la artillería ligera pueda estar en la acción más tiempo, ó pueda producir el fuego más rápido que la pesada. Esta desigualdad, se vencería con mejor organización en los que han de llevar las municiones, pero presentaría mayores dificultades, que proveer de cartuchos á la Infantería. Buena Infantería y bien manejada, puede tirar

alrededor de 100 tiros, pero nunca debe esperar á gastar toda la munición; antes ha de ser socorrida con tropas de refresco de la retaguardia. Los cañones pueden estar siempre en acción, y mirando que la proporción estimada del disparo es cada dos minutos y con un intermedio de rápido fuego, se empleará la mitad y se desocuparán los vagones próximamente en cuatro horas, siendo evidente la necesidad de su provisionamiento.

»Pero las dificultades de los caminos son casi insuperables, porque así es en la naturaleza de las cosas. Las columnas no son arrastradas como los cañones, y por lo tanto tienen esta dificultad. Ellos pueden estar más lejos de la retaguardia, de aquí el tener que pasar más tropa; experiencias alemanas dicen que la Infantería puede hacer camino para los cañones, pero no para las columnas.

»La enorme extensión de terreno que necesitan tiene que considerarse, y la dificultad de encontrar á las brigadas á que ellas pertenecen. Esto da ocasión á reflexionar se-

riamente que mientras el provisionamiento de la Infantería se considera en Alemania que no presenta dificultad, la otra cuestión está todavía sin resolver.

»Resumiendo lo dicho en vista de la reciente reducción de la Artillería de á caballo y las razones alegadas á favor y en contra de tal medida, según hemos manifestado anteriormente, resulta: primero, la importancia de asegurar una superioridad numérica de cañones desde el comienzo de la acción; en el lado que falte esto, es *ipso facto* compelido á asumir la defensiva, procedimiento con el 99 por 100 de probabilidades para la derrota; y segundo, como es tan importante la movilidad, base de tal preponderancia, es la principal de las razones para el aumento y no la reducción de la Artillería de á caballo.

»Vamos ahora á proceder al examen de la táctica del arma en el campo de batalla.

»La clave de esta táctica indudablemente es la formación de grandes masas de baterías; pero aunque en el papel esto es fácil,



prácticamente no lo es. La dirección del fuego de estas masas lo impiden prácticas dificultades desde el principio; basta pensar que influyen en ella la manera de colocarse el humo según la humedad del terreno, y el cómo sopla el viento; éstas y otras varias consideraciones hacen ver que esto no es tan fácil como se puede imaginar.

«Es muy usual hablar de extensas líneas de Artillería, y la idea de tal expresión es que un ciento ó más cañones pueden ser exactamente puestos en línea; pero excepto cuando hay una altura en el terreno, ó sople el viento favorablemente, en los demás casos muy rara vez podrá efectuarse. Hablando ahora de las extensas porciones de terreno inclinado, en que las grandes guerras del continente tendrán lugar, tomando la brigada de tres ó cuatro baterías, es más que probable que cada brigada sea formada en escalón, á lo más con 200 yardas de distancia, medidas desde su flanco ó del centro. Esto parece el método más práctico de acción para evitar la dificultad del humo y también de presentar



blanco al enemigo. En 2.000 yardas de distancia, en un terreno sin condiciones, no es posible apreciar si los cañones están en línea. La inmediata cuestión que se presenta es cómo puede el fuego de líneas ó grupos combinarse mejor contra el enemigo: sobre este punto han sido escritos volúmenes en Francia, Alemania y Austria durante los últimos años.

»Es inútil decir que cuantos más cañones lleve una batería, más pronto logrará su objeto; pero mientras tanto, sus vecinas tienen relativamente una situación pasiva, presentando blanco al enemigo y pueden correr riesgos irreparables; por otro lado, hay que tener en cuenta también la gran dificultad que presenta la comunicación de gran número de baterías. La más práctica solución de tales dificultades, es prever tanto como se pueda el comienzo de ellas para evitarlas, con número aproximadamente igual de cada lado, es decir, batería contra batería, pero dirigiendo el fuego de cada media batería contra el cañón del centro y el del flanco de la batería enemiga.

De este modo, tres cañones son dirigidos como uno y los cuatro que quedan de la batería enemiga están suficientemente cerca de la línea para no ser molestados por las granadas; además, la violencia del fuego es mucho menor y no se corre el riesgo de confundir el estallido de las granadas de los vecinos con el de las propias.

»Todo esto parece muy fácil en la teoría, pero en el campo, desde el principio de la práctica, las dificultades son verdaderamente muchas; este es el momento de citar lo dicho por Clausewitz: «En la guerra todo es sencillo, pero difícil alcanzar el éxito.»

»Lo que hace más falta, aun cuando se empleen buenos tiradores, es un cuerpo de Oficiales especiales, enseñados por la práctica en el campo como observadores, y en unión de un número de ordenanzas, para llevar órdenes verbales con exactitud.

»El primer punto es de particular importancia, porque cuando un número de cañones están todos en fuego con el mismo objeto, con la envoltura de humo que ellos mismos

producen, es casi imposible distinguirlos, así como sus efectos. Para evitar esta dificultad, se ha propuesto en Alemania que, acertado el blanco, la batería que dispara coloque cada proyectil con una diferencia de elevación de 100 yardas en el mismo punto; la línea así formada, al reventar las granadas, será por comparación fácil de identificar. El segundo punto es de igual importancia; pero si el resultado de esta observación es de difícil comprobación, la ventaja que nos proporcionaría es enteramente precisarla. Ahora bien: un hombre cualquiera es probable que, si no ha sido enseñado, transmita una orden al revés de lo que se le ha dicho; lo cual sólo una perfecta enseñanza podría evitar. Esto podrá ser absurdo, pero nosotros recomendamos al Oficial que ponga en duda su eficacia, que lo experimente.

»En terreno normal (es decir, con pequeño declive), la lucha de la Artillería puede dividirse en cuatro partes: primera, preparativos de la colocación, respecto al enemigo, entre 2.500 á 4.500 yardas; segunda, la situa-

ción decisiva contra la Artillería enemiga entre 1.500 y 1.000 yardas; tercera, la preparación del ataque, á la misma distancia; y cuarta, el avance final hasta poder ametrallar al enemigo, con tal eficacia que vendría á confirmar su derrota ó á perseguirle. Una cosa hay que notar especialmente, y es que no basta citar las experiencias de los efectos de la última guerra, y, por lo tanto, la duración de cada una de estas situaciones dichas. El adelanto de la Artillería ha sido grande en los pasados diez y seis años, cuyo previo dato no puede ser resueltamente aceptado como guía. No sólo el blanco, que se obtiene con doble exactitud al hacer fuego, sino que además muchas Naciones de Europa están provistas de granadas de metralla y espoletas graduadas. En 1870, las granadas francesas reventaban sólo sobre blancos á unas 1.000 á 2.000 yardas, y los alemanes, bien enterados de ello, siempre cuidaban de situarse en posición, teniendo en cuenta estos límites, así que las granadas francesas probaban perfectamente su ineficacia. Ellos no tenían esta

clase de granadas para sus cañones, pero ahora poseen una con una espoleta que puede ser regulada á 10 yardas del blanco: más aún que la nuestra. Excepto nosotros, todas las Naciones poseen granadas de doble envoltura, algo parecida á la vieja Armstrong, siendo el objeto que cada granada estalle en igual número de fragmentos, ninguno de los cuales sea demasiado grande ó pequeño. Esto aumenta doble el poder de cada proyectil. De aquí es probable resultado que el combate de la Artillería y la subsiguiente preparación sean decisivas, considerablemente más de pronto que lo eran antes; y de aquí también la necesidad de aumentar la rapidez en los movimientos, por el original y fundamental principio de que «la Artillería es inútil cuando es inmanejable», lo que nunca debe olvidarse.

»Estas probabilidades en las decisiones de mayor rapidez no debe perderlas de vista nunca el Estado Mayor. Como no sería posible contar con que la Infantería pueda tener tiempo para formar en un punto determina-

do previamente, dada la gran extensión de sus columnas en marcha, nosotros encontramos probable la tendencia de volver al antiguo sistema de Napoleón y Federico, de marchar en ancho frente y sin rodeos á través del campo, y de este modo las tropas pueden estar pronto en el sitio cuando llegue el momento del ataque.

»El evitar los movimientos bajo el fuego eficiente de la Infantería parecería blasfemia á sus Oficiales si nosotros lo dijéramos; pues actualmente la Artillería se cuida muy poco de sus posibles pérdidas. Ellos dicen desde luego que tienen en justicia tanto derecho á morir por su Patria, si es necesario, como en otro deber del servicio, y no tienen miedo de correr tal riesgo. Sostienen que no les importa la perfección del arma de la Infantería: su exactitud depende de los nervios del hombre, los que cuidarán de agitar antes, evitando la buena puntería. El argumento no es aplicable á las dos armas, porque el cañón no tiene nervios y no puede temblar.

»Pero aun si el peligro fuese mayor que

lo es en la actualidad, el efecto moral levantaría el propio espíritu y menguaría el del adversario con el avance de la Artillería cuando el alcance de la metralla es eficaz, porque sus efectos son tales que el hacerlo á todo trance es indispensable. Un par de cañones que avancen hasta que la metralla dé en el blanco, en muchas ocasiones ha traído la victoria, aun en contra de superiores fuerzas.

»Y dada la causa de los errores profundos en la naturaleza humana, puede esperarse que esto se repita. No hay en el servicio arma que menos necesite de la instrucción teórica que la Real Artillería; pero, por otro lado, ninguna necesita más práctica enseñanza, porque sus tácticas no pueden ser estudiadas sin campos de instrucción, y la práctica sólo puede verificarse con desembolsos hechos por el Estado. Dada la vital importancia de esta arma en el campo de batalla, es de esperar que nuestro Gobierno en Indias no se retrase y pueda mirar su conveniencia, mientras viene el frío, para llevar suficiente número de baterías, abasteciéndolo



las con municiones bastantes para adquirir prácticas experiencias antes que la inevitable tormenta descargue.

#### GASTOS DE RECLUTAMIENTO

»Recientes discursos de Lord Randolph Churchill en Wolverhampton, han sido severamente combatidos por los críticos, porque comparando los gastos que ocasionan los armamentos de las diferentes Naciones de Europa, no ha hecho mención de la actual pérdida sostenida por estas Naciones, en las leyes de reclutamiento.

»Pero ninguno de sus detractores han sido bastante buenos para facilitarnos un presupuesto, aunque ligero, del verdadero gasto de reclutamiento. Se han contentado en hacer sólo un resumen con la esperanza de que éste sería ciegamente acogido por sus lectores. Probablemente no han tenido la menor idea de lo que escribían, y en general se ha considerado por todo el mundo que fuese un negocio.

»Pero nosotros pensamos ir aún más le-



jos que ellos, y considerarlo desde el punto de vista de la escuela socialista, mas no precisamente lo mismo que ésta, aunque sus adictos quisieran que creyéramos en ella.

»Podemos exponer las doctrinas de esta escuela brevemente en tres proposiciones: educación libre, talleres nacionales y reducción de las grandes fortunas; es decir, una escala de tasación graduada para los grandes propietarios y capitalistas.

»Ahora bien; ocupádonos en la primera, ¿qué quiere decir educación libre?; ¿cuál es la actual interpretación de la palabra educación por sí misma? Hasta los mismos socialistas saben, aunque no lo admitan todas las veces, que simplemente el poder leer y escribir no siempre llena el significado de la palabra. Ciertamente los jefes de la sociedad, hombres como Lasalle, Carl Marx, y aun los jefes de la *Commune* sabían muy bien que para llegar á lo que ellos eran necesitaron más que la sabiduría de los libros; eran verdaderos jefes, aunque nosotros consideramos que de un movimiento equivocado, y

alcanzaron sólo su posición, por sacrificios, disciplina (en el sentido de la Iglesia romana) y abnegación.

»Hace veinte años, cuando la educación nacional llegó á ser por primera vez un grito popular, fueron comisionados de Inglaterra para visitar y examinar el sistema de educación libre en Alemania; llegaron, volvieron y trajeron una Memoria, pero dejaron de observar lo que todos los alemanes reconocen como base de su educación, que es el Ejército ó la Universidad nacional; verdaderamente el Ejército en Alemania ejecuta lo mismo con todo el que tiene facultades físicas bastantes para sufrirlo, que las Universidades hacen en Inglaterra para las clases elevadas. Un joven en Inglaterra va á la Universidad, como el campeón de una escuela de gramática ó de una escuela pública, pero el contacto con muchos otros, de otras escuelas, le nivela pronto con sus compañeros. Si no va á la Universidad y se dedica á los negocios, la lucha por la existencia pronto le enseñará lo mismo.

»Los más aventureros emigran, y en cualquier punto donde vayan, aprenden la ruda escuela de la vida, y su presente y relativa posición en la sociedad.

»El servicio de tres años en las filas ejerce el mismo efecto en aquellos llamados á sufrirlo; esto es la práctica aplicación de aquel antiguo refrán «cualquiera obedeciendo enseña á mandar». Por esto, cada uno, según su actual valor como hombre, aprende á mandar, y aun en la vida civil, ningún hombre puede tener éxito, hasta llegar á saber tan importante secreto.

»Puede discutirse (estamos escribiendo del Ejército alemán) que esta obediencia se impone de una manera brutal é inconsiderada. Los oficiales alemanes y clases no obligan á la obediencia con la misma lenidad que los ingleses generalmente hacen. Pero esto no es sólo en el Ejército, sino en todas las clases sociales de Alemania; estamos completamente seguros de que comparada la manera que tiene generalmente el comerciante alemán de obligar á la obediencia á

sus empleados, con la dureza de la disciplina en el Ejército alemán, en proporción resultaría igual á la que existe entre la de nuestro Ejército y la de nuestros empleados en el comercio.

»La verdad es que está en la naturaleza humana; un hombre pondrá la fuerza de su valía contra la de otro, cuya mala conducta llega á perjudicar sus intereses, mucho más severamente que contra uno cuyo mal proceder no influya en ellos lo más mínimo. No tenemos más que mirar cómo se castiga la embriaguez en el Ejército y en la vida civil. Un paisano si se embriaga en un destino donde la sobriedad es necesaria, perderá sin duda su empleo y se verá en la calle y en la necesidad de buscar otro nuevo. Un soldado de servicio tendría por castigo hace tres años cincuenta y seis días de trabajos forzados; ahora probablemente veintiocho días C. B. se considerarán bastante; y este último castigo está impuesto por cinco Oficiales, que atienden sólo á la evidencia, sin parcialidad, favor ó cariño; mientras el del paisano lo ha-

brá sido por un hombre incapaz de imparcialidad, toda vez que sus intereses han sido lastimados.

»No podemos desentendernos del punto de vista de la educación libre, sin aludir á las ventajas que los soldados reciben en recompensa á su sumisión á la disciplina por tres años. No hay ninguna profesión en el mundo que proporcione al más pobre y el menos hábil obrero, con relación al estado de los elementos de su país, un acomodo como el que le da el Ejército. ¿Qué incalculable bien no debe ser para ellos su desarrollo físico, ocasionado por los tres años de ejercicios y prácticas en el campo? Si de cuando en cuando algún hombre cae en la lucha, más pueden caer en agrupaciones excesivas, siempre malsanas, y por sus propias debilidades. Nos inclinamos á legislar únicamente para la población existente, y olvidamos que los jóvenes de esta generación presente son los futuros padres de la próxima. ¿No es nada evitar que el cinco por ciento de los hombres en un país no contraigan matrimonio hasta

su completo desarrollo, lo que hubiesen hecho casi muchachos? Cualquiera que piense así, que haga un corto viaje por los distritos manufactureros en el Norte de Inglaterra.

»Ahora, con respecto á los talleres nacionales, se debe tener presente que, prácticamente, en cada país de Europa cada céntimo gastado en ropa, equipo, alimento y aun en armas (exceptuando en alguna rara ocasión los cañones), se emplea en el mismo país. Aproximadamente el uniforme y equipo del Ejército alemán cuesta alrededor de 2.000.000 de libras anuales, y todo esto ó el material para ello, es proporcionado por casas alemanas, las que seguramente no harían proposiciones para el contrato, si no vieran que les producía ventaja. Si los 450.000 hombres del Ejército fuesen licenciados, preferirían vestirse en el mercado más barato, y como en Inglaterra puede venderse más barato que en Alemania cierta clase de tela, á ella vendría á parar la mayor parte de su dinero. El armamento de la Infantería se hace en los

talleres del Estado, y dado al precio de fábrica. Esto se aproxima mucho á la teoría de los talleres socialistas, y explica probablemente el empleo de los 50.000.000 de papel del Estado, tomado al  $4\frac{1}{2}$  por 100 por término medio, y podemos estar seguros que este dinero no se invierte con pérdidas.

»La Artillería del Ejército alemán es proporcionada por Krupp, y es seguro que las fábricas no trabajarán tampoco perdiendo. En todos casos, más de 10.000 obreros están empleados en sus talleres de Essen. Los hombres del Ejército alemán estarían satisfechos, á ser independientes, con raciones mucho más sencillas que las que hoy reciben durante el servicio. La ventaja que obtienen los carniceros no puede apreciarse, pero creemos que es considerable. Finalmente, en cuanto al forraje de los caballos, que son unos 100.000 los que están en las filas permanentemente, más de los que se necesitan para las faenas agrícolas, calculada la ración ordinaria alemana en ocho libras de avena, diez libras de heno y diez libras de paja, re-



queriría para producirse unas 250.000 hectáreas de terreno. Ahora la renta pública en Alemania se deriva principalmente de las rentas y contribuciones indirectas, evidentemente afectas á la parte más rica de la población mucho más que á los menos acomodados; por lo tanto, por medio del Ejército se quitan 450.000 hombres hábiles, por año, del ya demasiado lleno mercado del trabajo, y son mantenidos por la población—estrictamente una idea socialista,—y también todos los obreros y labradores y los que viven de alquilar viviendas y otros menesteres á los militares, que forman un número probable de 100.000. Puede discutirse sin duda, que el país es más pobre por carecer de todo lo que produjeran estos 550.000, empleados de manera que nada producen; pero, ¿qué utilidad nos reportarían estos hombres lanzados á buscar trabajo, con el exceso de los que ya existen en el mercado con tal objeto? Claramente, el resultado sería aumentar todavía más la lucha por la existencia, y se rebajarían los jornales, que de por sí son ya bas-



tante escasos; ó si no, contribuirían á aumentar el contingente de emigración anual.

»El tercer punto, es decir, la disminución de grandes fortunas, en nuestra opinión es el que presenta el peor aspecto de todos, aunque no desde el punto de vista comunista: es una consecuencia directa de pertenecer todos los Oficiales del Ejército á las mejores familias del país. Esta es una contribución, mucho más sentida por los alemanes y por todos los extranjeros que por nosotros, pues la proporción de la clase superior que sirve en estos enormes Ejércitos es mucho mayor en ellos que en el nuestro. Pero éstos son exactamente los hombres que, empezando con mejor educación y las ventajas que su posición les da, naturalmente, en la vida civil, tendrían méritos para el éxito; y dado que no hay más sitio que para un número limitado de afortunados, otros tantos de los que lo sean menos, tendrían que ser desgraciados.

»Ni el Ejército alemán ni el nuestro son una profesión para hacer dinero; el sueldo del Oficial es muy pobre recompensa para el tra-

bajo y perseverancia que demuestran en sus deberes, y que serían muy bastante para alcanzarla en cualquier otra carrera. En nuestro modo de ver, la única compensación á la pérdida de la prosperidad comercial del país, puede ser encontrada en el valor del ejemplo por el amor al deber, que ellos dan al resto de sus conciudadanos; este ejemplo, por lo tanto, compensa la pérdida monetaria, pues la Historia prueba plenamente que un país donde el sentido del deber al Estado se pierde, está ya muy avanzado en el camino de la ruina.

»Una palabra sobre la contribución de sangre. Las estadísticas del Ejército alemán en setenta años, poco más ó menos, demuestran que esta frase carece de fundamento. Sería tan justo como razonable hablar de la contribución de sangre impuesta á Inglaterra por las Compañías de ferrocarriles, cuyo tanto por ciento de víctimas anuales entre sus empleados está actualmente muy elevado, mientras que las ventajas del Ejército están muy por encima de las de aqué-

llos. Los más estaríamos contentos de tener menos perfecciones en los sistemas de comunicación por ferrocarriles, si pudiéramos estar seguros de garantizar del peligro á nuestras mujeres é hijos de estar algún día á disposición de los soldados franceses.

»A lo menos esta es la idea en las poblaciones que se extienden á todo lo largo del Rhin, donde el recuerdo de la brutalidad francesa todavía existe.

»Por último, vamos á considerar el asunto simplemente desde el punto de vista de una inversión comercial del dinero.

»Tomando la pérdida del país de lo que importan los jornales de medio millón de hombres por año; suponiendo que cada uno tiene el importe anual de 50 libras esterlinas, y añadiendo 10.000.000 más por los gastos de mantener estos hombres como paisanos, resultaría un gasto anual de 35.000.000 de libras. Ahora, la riqueza de Alemania ha sido triplicada en los últimos veinte años, y si, como calcula el Profesor Levi, la riqueza del Reino Unido capitalizada es más de 10.000

millones de libras esterlinas, no podemos calcular la riqueza de Alemania, con su mayor población y mayor superficie, en menos de 6.000 millones.

»Vamos á suponer que se ha doblado únicamente desde 1870. Entonces, por un gasto de 35.000.000 por año (é incluyendo las pérdidas en 1870), dos por 1.000 de la población, en 23 años pueden mostrar un ingreso de 3.000 millones de libras esterlinas, ó una utilidad efectiva de más de 2.000 millones próximamente; y contra esto nadie puede presupuestarnos lo que hubiera importado la pérdida causada por una derrota.»





## CONSIDERACIONES GENERALES

---

### LA GUERRA

**H**A sido definida tantas veces, que el tratar de ella parece plagio sin provecho, cuando es consecución utilísima de recuerdos, cuyo estudio puede reportar á los pueblos beneficios incalculables.

«Entre una batalla que se pierde y otra en que se vence, están los Imperios», decía Napoleón la vispera de la de Leipzig. Nada encierra verdad tan grande; en prepararse á fin de lograrlo, para no llorar el no conseguirlo, está la vida de los pueblos, ó á lo menos tales han de ser sus preferentes atenciones.

Si la guerra es el encuentro de dos masas

enormes, compuestas de pueblos enemigos que se lanzan á la lucha, en el genio de los que los dirigen y la valía de los elementos con que pueden contar, está que de los desastres que ocasiona, broten con virilidad inapreciable, el engrandecimiento, la riqueza y el poderío del pueblo que vence sobre los demás; ó las tristes realidades de la miseria, el servilismo y el deshonor del vencido.

La victoria hace olvidar pronto aquellos desastres con las glorias conquistadas y sus nuevos cuidados; el horizonte que tales elementos desarrolla para el que la consigue no tiene límites; la fortuna le sonríe y entre los tesoros á repartir, los nuevos terrenos que disfrutar y el engreimiento del amor propio satisfecho, tiene bastante que realizar y más aún ilusiones que concebir.

El pueblo que le tocó perder halla precisamente todo lo contrario y sufre las consecuencias inmediatas; el horizonte que el porvenir le presenta es un caos; en sus negruras sólo ve el estigma del que pudo menos, y tras de tantas desgracias, sus significacio-

nes de poca previsión, menos cálculo, falta de patriotismo, ciencia escasa y valor no más abundante.

La guerra puede decirse que está relacionada con todo el saber humano, con la política, la economía y la legislación, para basarla, costearla y establecer penas y recompensas; con la medicina para la conservación y elección de los combatientes; con la geografía por el conocimiento de los países; con las matemáticas, mecánica y física, por el uso y perfeccionamientos del material; con las instituciones civiles por el modo de organizar los Ejércitos; con la filosofía por el de reclutarlos; por los adelantos, por el acto de mantener la disciplina sin disminuir el valor y de medir los grados de voluntad que conviene poner en movimiento.

Si la suerte de las Naciones la decide la guerra, y el éxito se encuentra sólo en el Ejército, el estado de éste será el que determine siempre el de la Nación á que pertenece.

Su poder es el de su Ejército, y su civili-



zación será tanta cuanto más ese Ejército esté independiente de sus luchas políticas ó influencias del fanatismo religioso; y, por último, él es el que infunde respeto á los propios y extraños y signo indiscutible de paz. La justicia misma nada vale si no está apoyada por las armas.

La guerra, decía Folard, es oficio para los ignorantes y ciencia para los hombres sabios, y Saint-Cyr consideraba que era al mismo tiempo oficio, arte y ciencia, en la cual, como en todas las demás, los primeros conciben, operan, efectúan, y los que le siguen, razonan, completan y mejoran.

La guerra, considerada bajo el aspecto que ofrece el encuentro entre salvajes que luchaban cuerpo á cuerpo, sin otra intención que destrozarse y matarse, nada dice; pero considerada al salvar grandes Ejércitos, altas cordilleras, caudalosos ríos, y desplegar, una vez logrado, en orden de combate, en formaciones tácticas, como la historia nos dice en muchos casos que las aplicaciones del arte de la guerra dieron la victoria más



completa sobre el enemigo, nos hará reconocer lo que dijo Bacón, que la «ciencia es fuerza», es decir, que todo no es valor, sino que lo determina la concordia de los demás elementos.

Napoleón decía que la primera cualidad del militar no es el valor.

El principal elemento de la guerra es el hombre, después las armas, el material y las órdenes; si el soldado ha de tener fe ciega en su General, para que en la plenitud de sus ilusiones busque la muerte, porque sabe que con ella da vida á su Patria, el Jefe del Ejército ha de tener filosofía para saber apreciar prontamente la bondad y la armonía de la fuerza que manda y de los elementos de que dispone.

La historia nos dice que la guerra produce al genio, y el genio la guerra; Napoleón es un ejemplo entre varios; lo que no limita es las responsabilidades de un General cuando la Patria no le da elementos bastantes para combatir, y esto debe hacerse. La derrota de Sedán la atribuyen á las órdenes

que el Gobierno daba al General Mac-Mahón en contra de su plan de operaciones cuando marchaba á socorrer á Metz y al Ejército que en él se encontraba; si esto es así, hay que juzgarlo de distinto modo.

La guerra es el objeto acostumbrado de las historias, de la inspiración, de las bellas artes, de los cantos populares, y se siente lo mismo en el corazón viril que en el del niño cuando apenas razona; si dos Naciones están en guerra, la parodia de aquellas batallas en donde la gloria y la muerte se confunden, se verifica en las calles de sus ciudades y pueblos entre los chicos que acaban de salir de las escuelas, y á veces corre también la sangre; y es que la guerra se siente y se contagia; nace el odio, crece el rencor y el espíritu popular arrastra á la lucha; la manera de ordenarla, darle elementos y dirigirla, es el deber de los gobernantes para que no se pierda fuerza alguna de la que tantos beneficios puede producir.

La guerra es necesaria, pero no indispensable; un pueblo puede estar armado

para hacerse respetar, pero nunca para lanzarse en aventuras peligrosas; eso sería desprestigiarla.

Luis XIV decía á su hijo al morir: «He amado mucho la guerra; no me imites en esto, ni en los enormes gastos que me costó.» Una cosa es luchar para engrandecer ó salvar la honra de la patria, otra arruinarla; esto es imperdonable, porque tales reposiciones cuestan mucho, caso de conseguirse.

Más adelante, cuando tratemos de la necesidad de los Ejércitos, ampliaremos estos conceptos, ya que están tan relacionados; vamos ahora á ocuparnos del arte militar.

#### EL ARTE MILITAR

El arte militar, la ciencia que ha de dominar el Jefe de todo Ejército, tratada, discutida y estudiada desde Onozandro, Xenofonte, Ammiano, Catinat, Napoleón y otros, ha llegado á período tal de encumbramiento, son tantas las escuelas, tantos los criterios, determinados las unas y los otros por los adelantos científicos y los egoísmos, que se

encuentra uno perplejo al decidirse, aun contando con la mayor razón que da el interior convencimiento.

Nada nos dicen los pueblos antiguos del arte, antes de estar constituidos civilmente. La primera guerra de los tiempos heroicos nos muestra algún indicio: los griegos, en su expedición á Tebas, conocieron la necesidad de unirse y disciplinarse. Se formaron en masas, pero comprendiendo que debían éstas ser limitadas.

La infancia del arte se manifestó en el sitio de Troya, y aun cuando las primeras reglas de castrametación se deben á los romanos, los Jefes de aquella expedición al Asia, y aun otros pueblos anteriores, acamparon en tiendas con sus gentes. Sabemos que aquella guerra duró diez años: allí debió nacer la estrategia. Los Ejércitos no tenían ninguna uniformidad: unos llevaban las armaduras de estaño, otros de cobre ó de oro; quién empleaba la lanza, quién la espada; unos combatían á pie, otros en carros y pocos á caballo, y cada uno pensaba en sí y en sus

propios hombres, lo que da lugar á creer que también la táctica tendría allí su origen. Examinemos, una vez explicado de dónde proviene el arte de la guerra, las partes que entran á constituirlo y la manera de apreciarlas en nuestros días.

La inspiración, la logística, la estrategia, la táctica, la ofensiva, la defensiva, los efectos de las modernas armas, la psicología, las organizaciones, los Ejércitos permanentes, sus preponderancias absolutas, relativas ó inutilidad, son otros tantos motivos de controversia que tenemos necesidad de determinarlos de una manera concluyente, ó á lo menos hasta donde nuestras fuerzas alcancen; vamos, pues, á efectuarlo en el orden dicho.

#### LA INSPIRACIÓN EN LA GUERRA

Si la guerra es arte, el arte no existe sin inspiración, así como sin ésta el genio sería imposible; razones más que suficientes para demostrar que los grandes Capitanes, al serlo, han tenido que sentirla.

Indiscutible es que los adelantos científicos han dado gran importancia á otras partes del arte de la guerra; esto querrá decir que esos grandes Capitanes necesitarán hoy más vastos conocimientos, y que no podrán ser jamás suplidos por la inspiración; pero que ésta no exista, nunca; la preponderancia de una cosa puede, no sólo no influir en la anulación de otra, sino elevarla y con mayor motivo si están relacionadas; la inspiración, pues, es innegable y compañera indiscutible del genio, influyendo siempre en el éxito, ó á lo menos en parte para lograrlo.

#### LOGISTICA

Ciencia de cálculo y de los números, ó arte de calcular ó práctica de mover los ejércitos la llaman; mas no parece sino que la logística no había existido hasta el año 1870; tal valor se le ha dado, que muchos le atribuyen los portentosos hechos de aquella guerra, y aparecen Molke, Bismarck y el Emperador Guillermo, dos de ellos, ó el primero

solo, como queriendo demostrar que nada más que la previsión y el cálculo son necesarios para el éxito en la guerra; ¿es que la estrategia no influyó para reconcentrar en siete días los diez y seis cuerpos que componían el Ejército alemán, que en diez se situaran en la frontera 460.000 hombres, y la táctica no verificó aquel movimiento envolvente de derecha á izquierda, teniendo por eje la derecha, en previsiones y resultados tales que asombró al mundo? La logística tiene hoy mucha mayor importancia por los grandes elementos de combate que imponen las exigencias de los ejércitos de operaciones, esto es innegable; pero que signifique una supremacía absoluta, es querer desconocer la verdad ó cambiar el nombre de las cosas.

### ESTRATEGIA

Una sola palabra y encierra ciencia profunda y un mundo de recuerdos; nuestra memoria recorre la historia de la humanidad y encuentra grandes figuras como Alejan-





dro, Aníbal, César y Napoleón, que fueron maestros de tan difícil ciencia; á tal extremo, que los siglos no serán nunca bastantes para borrarlas; ellos condujeron sus ejércitos y los hicieron evolucionar en extensas regiones y tan sabiamente, que los colocaban en condiciones tácticas tan precisas que caían sobre el enemigo, lo destrozaban y lo vencían.

La estrategia se compone de dos palabras griegas, στρατός, Ejército, y ἄγειν, conducir; por esta razón, los Generales griegos se llamaban *estrategos*, los latinos *duces*, conductores, y los italianos en la Edad Media *condottieri*, que significa lo mismo. La palabra alemana *herrog* se deriva del verbo *herrichen*, que quiere decir también conducir un Ejército. Hoy estrategia designa la ciencia de los movimientos militares que se ejecutan para conducir un Ejército á un campo de batalla determinado.

Entre la escuela de Lewal y la de Clausewitz, Jomini y otros, que detallan el concepto, la elección no es dudosa; éstos dicen,



y estamos conformes, que la estrategia prepara, organiza y acaba donde empieza la táctica, dentro del alcance del fuego enemigo; si dijéramos que es innata en el hombre, creemos que no mentiríamos; sujetar la guerra á mero cálculo cuando tantos accidentes entran en ella, como Lewal afirma, es absurdo; no en los combates colectivos, en los individuales existe la estrategia; el espíritu de conservación nos la impondría, si no la sintiéramos.

Los órdenes de marcha y de combate de los griegos y romanos, que se pueden considerar como origen del arte de la guerra, imitados con más ó menos variaciones por todos los pueblos, lo fueron de la estrategia; sólo los árabes, que se valían en las invasiones de las sorpresas, se exceptuaron.

En prueba de ello, citaremos el hecho más notable de estrategia, descrito en el antiguo *Arte militar de Jenofonte*.

Eran sobre 10.000 que marchaban formando un cuadrado, cuyos cuatro lados eran otras tantas falanges; dos marchaban de flanco y dos de frente; en el centro iban los

armados á la ligera, las bestias de carga, los esclavos y algunas mujeres. Quemaron carros, algunos bagajes, tiendas y cuanto creían que podía estorbarles; se repartieron las cosas útiles, para poderlas llevar con mayor facilidad. La Caballería enemiga, al mando de Tisafernes, los perseguía, haciendo esto con más eficacia por lo llano que era el terreno. Para evitarlo, como asimismo los inconvenientes que en los pasos estrechos les presentaba tal orden de formación, ocuparon los vacíos con seis escuadrones de á 100 hombres que formaron; este fraccionamiento fué conveniente para el paso de las montañas, formando la demás fuerza 50 escuadrones, tres los armados á la ligera y los arqueros.

No pudieron pasar el Tigris por no tener puente cuando llegaron á él, al fin de las montañas de los Carducos; perseguidos por los persas, determinaron seguir por las montañas, teniendo los enemigos que desistir de su empeño, pues se lo impedían aquellas gargantas; volvieron atrás para esperarlos en la desembocadura del Centris, pero aun

cogiéndolos en medio, no lograron su objeto, pudiendo seguir los griegos su retirada, teniendo que vencer desde este momento sólo las dificultades de aquel áspero país.

Jenofonte aprendió mucho y no dejó de practicarlo; llevó á cabo los flanqueos por los armados á la ligera, quienes también marchaban de vanguardia, ocupando las cumbres de las montañas para observar al enemigo y evitar sorpresas y emboscadas; acampaban regularmente, cuidaba del abastecimiento y buena dirección de sus tropas, y de que la Caballería en las noches fuese detrás de la Infantería para que la marcha estuviese regulada por ésta, y cuantas medidas conceptuaba necesarias para el éxito de su difícil empresa.

La Historia nos dice que aquel Ejército no era diferente del de nuestros guerrilleros de la Edad Media. En un siglo de guerras, las inclinaciones militares estaban difundidas en Grecia de tal modo, que se buscaban ocasiones de combatir sirviendo á éste ó á aquél, sin fijarse en la justicia de la causa; y

á una injustísima usurpación hubieran dado entonces su apoyo.

La batalla de Cunaxa está referida de diversos modos por Jenofonte, Diodoro y Plutarco, por relaciones de Ctesias, historiador que asistió á ella como médico de Artajerjes. Extrañísima sería la maniobra indicada por Jenofonte, según la cual, los 10.000 infantes griegos, con armaduras pesadas, en perfecta línea, pusieronse á la carrera sin descomponerse, cargaron á la Caballería en campo raso y la hicieron retroceder. Plutarco nada dice de esto. No parece menos increíble el tránsito por el río Tigris sobre odres atados entre sí y con piedras que servían de áncoras, sobre los que se extendían faginas y tierra, de modo que cada odre sostuviese dos hombres. La misma marcha fué extrañísima, no comprendiéndose por qué los griegos, en vez de volver á tomar el camino del Sudeste al Noroeste, más recto, breve y conocido, declinaron al Oriente y después volvieron hacia el Norte.

Jenofonte sacrificaba víctimas cada tre-

cho, por lo que le criticaron que no economizase víveres preciosos, el que se vió al fin obligado á vender hasta su propio caballo. Mas por una parte, probablemente, se comerían después las víctimas, de modo que todo se reducía á matarlas con ceremonias y quemar algunos de sus despojos; y por otra, esto sostenía la constancia de sus soldados con la esperanza del auxilio del cielo. Esta es la primera narración de retirada, cuya importancia no desmerecerá nunca, por muchos que sean los perfeccionamientos de la estrategia.

Alejandro aprovechó todos los adelantos de la táctica griega para aplicarlos á una vasta estrategia, que nunca se había conocido.

Su expedición al Asia con un Ejército respetable, fué el empleo de esta estrategia, dándole unos resultados prodigiosos; es verdad que no contribuyeron menos sus condiciones de gran táctico y su valor personal, pues lo mismo dirigía la batalla que se batía como el último soldado de su Ejército. Pasó el Gramio, cortando con la Caballería la co-

rriente para que pudiese pasar la Infantería, venció á Memnon, que murió, lo que fué para él gran fortuna, marchó á Egipto y sitió á Tiro después.

Veintidós años tenía entonces: su Ejército se componía de 30.000 hombres según unos, y de 35.000 según otros; á los diez y seis años gobernaba los Estados de su padre, por ausencia de éste, quien al ver cómo había vencido á los megasos y después á los tebanos, exclamó: «Hijo mío, busca otro reino, porque el que yo te podía dejar es demasiado pequeño para tí.» Tomado Tiro, volvió á Egipto y marchó á la India, venció Reyes, edificó 70 ciudades y extendió por aquellos países la civilización de la Grecia.

Sus marchas rápidas, la manera con que su ingenio supo vencer los mayores obstáculos, le dieron esa fama tan conocida como justa, sirviéndonos de ejemplo y digno estudio aun en nuestros días.

Cuando Mario substituyó en aquellas legiones romanas los soldados que las componían, por mercenarios, dió el primer paso en

la decadencia de ellas, que no dejó de afectar á la estrategia.

Julio César lo remedió cambiando los órdenes de combate, ganando en organización de este modo lo que había perdido en calidad, llegando así la estrategia preponderante hasta la Edad Media.

No queremos dejar de citar el movimiento estratégico de Aníbal sobre Roma; atravesó la España, los Pirineos, las Galias y los Alpes, dió la batalla de Trebia, y llegó casi sin obstáculos á la extremidad meridional de Italia para ponerse en comunicación con Cartago. Los romanos no pudieron sospechar jamás que Aníbal se propusiera conquistar la Italia dando rodeo semejante; desprevenidos, sólo se ocuparon en reunir tropas sobre el Trebia cuando supieron que Aníbal había atravesado los Alpes. ¿Qué prodigios no encierra operación estratégica semejante!

La importancia de la Caballería anuló á la Infantería ó poco menos; los combates entonces eran casi en su totalidad, entre hombres forrados de hierro y montados en caba-

llos corpulentos, contra los que poco podía el infante.

La invención de la pólvora y el Gran Capitán fueron causa de una completa revolución en el mundo militar; el arte de la guerra y por lo tanto la estrategia se hizo renacer, y desde entonces no ha dejado de progresar y perfeccionarse, hasta llegar á lo que es hoy, con los valiosísimos elementos que el vapor y la electricidad le prestan, dando inapreciable valor á la rapidez y precisión en las defensas, establecimientos de líneas, zonas y bases de operaciones, líneas de etapa y de defensa.

Y, por último, creemos deber citar el movimiento estratégico llevado á cabo por Bonaparte al tomar el mandò del Ejército de los Alpes. En la campaña del año IV empezó las operaciones simulando el ataque por la derecha, dejando el centro; engañado el enemigo, reconcentró sus fuerzas en el lado amenazado, desguarneciéndolo. Cuando Bonaparte se apercibió, cae sobre el centro, y con los combates de Millesimo y Dego, pene-



tró en el corazón de la Italia: grandeza de movimiento estratégico, que ocasionó una paz vergonzosa para el Rey de Cerdeña, abandono á los franceses de sus Estados y obligó al Ejército austriaco á refugiarse en la orilla izquierda del Po. Con tal rapidez efectuó sus movimientos estratégicos, que el General austriaco no pudo ni disponer la destrucción del puente de Lodi. La primera línea de la base de operaciones comprendía los Alpes genoveses, la segunda Alejandría y Bormida, la tercera Plasencia y el Po, la cuarta Lodi y el Adda. Asegurada esta última, el Ejército francés impidió al austriaco que ganase las orillas del Suncio, y los derrotó de tal manera, que después de pérdidas inmensas, sólo pudo salvar sus restos por el Norte del lago Guarda.

En la Historia militar no parece existe movimiento más brillante. Bonaparte tenía veintiséis años. ¡Con razón le llaman el estratégico más grande del mundo!

Vemos, pues, que la estrategia no sólo existe, sino que ha aumentado en importan-

cia; la logística, lejos de anularla, es para ella un auxiliar eficacísimo sí, pero no más.

El gran problema de la estrategia se resuelve con la celeridad en la ejecución y el secreto más absoluto.

#### TACTICA

Según Polibio, la táctica es el arte de elegir cierto número de hombres para combatir, distribuirlos en filas y lugares é instruirlos con cuanto tiene relación con la guerra. Arriano dice lo mismo con corta diferencia.

El Príncipe Carlos la llama el arte de llevar á cabo los planes formados por la estrategia.

Jomini el arte de llevar á cabo bien las batallas.

Éstos se refieren á la victoria, aquéllos á las diferentes formas de los Ejércitos; los unos á las disposiciones, los otros á los efectos; lo uno lleva al campo de instrucción y á las paradas, lo otro enseña á obtener el principal fin de la guerra.

Por esto habría quien propusiese llamar

á lo primero táctica, á lo segundo nicología ó ciencia de la victoria. Parece que la primera se confunde con la estrategia, siempre que se considere á cierta altura, y aunque ésta no es para luchar con el enemigo, debe aquélla hacerse cargo de sus elementos; no basta que indique las líneas generales del todo, sino que ha de separar las particulares y las leyes precisas del movimiento. Por eso hemos dicho que á la estrategia sigue la táctica en la guerra; la diferencia entre la una y la otra consiste esencialmente en que la estrategia se ejecuta siempre fuera de la vista del enemigo, y que la táctica, por el contrario, dentro de esos límites.

Así, pues, la táctica es una acción y la estrategia una serie de movimientos preparatorios. La táctica es la ciencia de hacer obrar la estrategia en circunstancias dadas. Puede uno ser táctico y no ser estratégico, y suceder todo lo contrario; por eso son tan raros los grandes generales, porque para serlo se necesitan las dos condiciones; es indudable que las causas de estas diferencias

están en el sistema nervioso, cuyo conocimiento, ampliado por Vagner, demostró la existencia de las papilas y cómo están relacionadas en tan difícil asunto.

La táctica ha seguido la misma marcha que la estrategia: la falange griega, con sus sinaspismos erizados de largas picas; la legión romana, primero con sus manipulos, después con las cohortes; masas con más ó menos intervalos, líneas en mayor ó menor número la constituyeron. Pero retrocedamos, en vez de seguir, á fin de establecer principios ciertos, en lo posible, sobre lo que estamos tratando.

Hemos dicho que Jenofonte fué el primer estratégico, por aquella retirada prodigiosa que llevó á cabo; pues Alejandro, sin carecer de estas dotes, fué además el primer táctico del mundo.

La Historia nos demuestra evidentemente que en los pueblos, la señal inequívoca de decadencia es la negligencia y abandono para con su Ejército; cuando llega el momento de recurrir á las eficacias de lo que en nada se

ha tenido en cuenta, los hechos de valor, los heroísmos, lejos de producir el resultado que debieran, irritan al enemigo, que al fin ha de vencer, y conseguido esto, el ensañamiento es mayor y más desastrosas aún las consecuencias de la guerra, sin que quede ni el consuelo de haber cumplido como bueno. Desde Tiro á París vemos en la Historia largo, tortuoso sendero, pero imposible de equivocar, y que nos muestra claramente lo que hemos dicho. Alejandro tomó á Tiro, y aún parece que estamos viendo, no obstante el túpido velo que los siglos forman, á aquellos defensores acumular elementos de todas clases, desde la arena caldeada en escudos enrojados, que arrojaban á los enemigos más intrépidos, hasta las masas de hierro preparadas en máquinas igníferas, y que lanzaban sobre los grupos más compactos. No defendían sus vidas sólo: defendían las de sus mujeres é hijos, con la propia honra, las de sus conciudadanos, sus haciendas, la esclavitud de su pueblo, el que no se cumpliera en ellos la ley horrorosa de la guerra en

aquellos tiempos; pero, ya lo hemos dicho: ¿cómo encontrar con qué defenderse, si de todo se habían ocupado menos del medio de conseguirlo? Tiro sucumbió, y aquellas leyes cruentísimas se cumplieron. Alejandro, oponiendo á las balistas de los tirios las catapultas, rompió los muros; empleando los medios que su ingenio le sugería, inició la difícil carrera de ingeniero, construyendo aquel famoso dique y salvándolo de que los golpes de mar lo destruyeran; y ordenando, por fin, un ataque general por mar y tierra, fué el primero en saltar á la brecha, luchando y matando pecho á pecho á los que se le oponían.

Entró en la ciudad tomando las barricadas que dentro de la población formaron y defendieron hasta morir todos, que eran en número de más de 7.000.

El rey declaró esclavos á los niños y mujeres, é hizo ahorcar á todos los jóvenes, los cuales no fueron menos de 2.000. Fué tanta la turba de prisioneros, que aun después de haberse mandado á Cartago la mayor parte

de los no aptos para la guerra, se encontraron en la ciudad más de 13.000.

También Gaza resistió á Alejandro, mientras Egipto se le sometió casi sin resistencia. Por esto volvió Alejandro hacia el Éufrates, y atravesando este río y el Tigris sin contratiempo, se encontró con el Ejército de Darío en Arbela.

Dicho Ejército, pretenden los historiadores que subía á 1.000.000 de combatientes, y tan cierto es que eran tantos, que el llano de Arbela no bastó para que se desplegara de frente toda la Infantería, y muchos cuerpos tuvieron que ponerse detrás.

Alejandro, no obstante el consejo de Parmeni6n, no quiso, al avistar el ejército contrario, atacarlo por la noche, por inseguro. Dispuso el ataque en líneas, protegida la izquierda por Caballería; en vez de atacar de frente, volvió hacia la derecha, caminando por flanco, avanzando así sobre la izquierda de los persas. Se adelantó á éstos, y Darío, por no perder sus ventajosas posiciones, empezó la batalla y después de varios acciden-



tes de la lucha, en la que tomó gran parte Parmeni6n, los persas fueron derrotados.

Eminente ejemplo de poder de la t6ctica, donde el m6rito principal estaba en la Caballería, que hasta entonces en casi ning6n pueblo había rayado tan alto. El orden oblicuo, predilecto de Alejandro, fué allí también puesto en práctica, disponiendo una segunda línea para asegurar la retaguardia y los flancos, y cuando el enemigo hubiese rechazado la Caballería que le protegía, debía abrirse del centro hacia las alas como las hojas de una puerta y formar un paralelógramo capaz de resistir á cualquier golpe de los persas.

Dos deducciones de grandísima importancia podemos sacar de cuanto acabamos de decir: la primera, observando en el sitio de Tiro que aquellas guerras sin cuartel, con ensañamiento tal que causa horror el recordarlas, sufría el vencido, como hemos dicho, la muerte después de combatir; el saqueo, el atropello y la esclavitud; que los artificios de matar eran incalculables, no sólo por las distintas clases de armas que empleaban,



sino por los recursos descritos y de los que echaban mano, recordaciones muy oportunas hoy, ya que tan debatidas están las eficacias de las actuales armas y sus efectos desastrosos, con lo que el ánimo no se dejará influir tanto y las apreciaciones se harán como es justo.

La segunda deducción es la importancia, que ya hemos manifestado, de la táctica en aquella época. La batalla de Arbela, librada por los griegos contra Darío, la citan aquéllos como lo más elevado del arte y como la escuela de los grandes principios de la táctica, que sólo se podrían practicar con guerreros experimentados y un General en el que concurrieran las rarísimas dotes de Alejandro. Sentado esto, continuemos nuestra narración en el orden que nos habíamos propuesto.

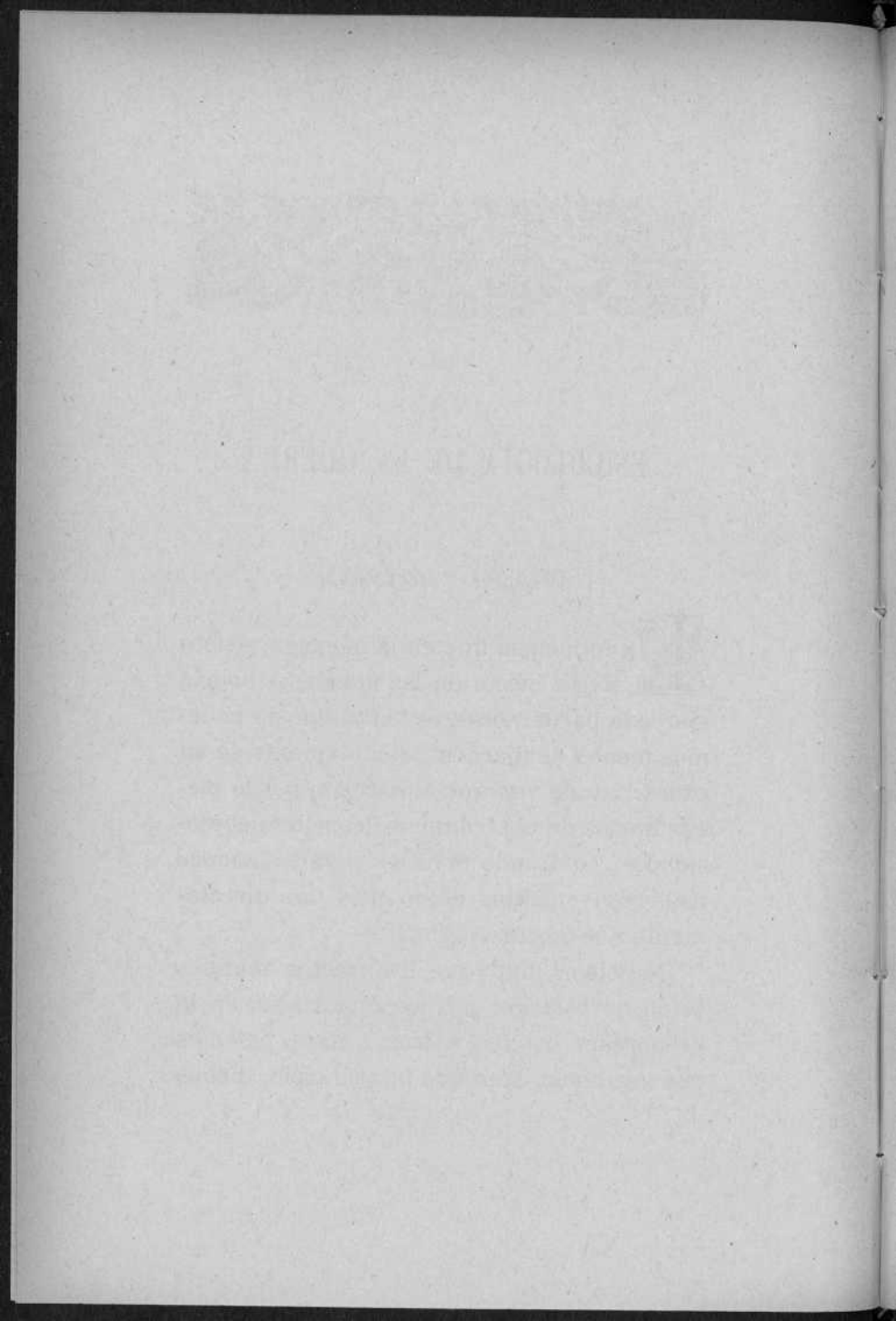
Las primeras guerras de los romanos no les proporcionaron grandes perfeccionamientos, pero siempre tuvieron el gran acierto de adoptar lo que mejor encontraron en sus enemigos.

El valor personal imperaba en ellos, y por esta condición les superaban. En las guerras contra Pirro usaban los órdenes de batallas, bien entendidos y mejor combinados con el oportuno empleo de las reservas. Conocidos son sus órdenes de combate, por haberse descrito ya muchas veces, y no hemos de repetirlos; convirtieron la castrametación en ciencia, adoptando la forma cuadrada, por ser la que más se presta al orden y regularidad; hoy es asunto de no menor importancia, ya que de él depende la salud del Ejército y su defensa.

Mario redujo las líneas para el combate, Julio César volvió á las tres que se empleaban, y los árabes con sus medias lunas, y las sucesivas transformaciones que se han venido practicando en el perfeccionamiento del arte de la guerra, han dado lugar á que se alcance el ideal tan perseguido. Efectivamente, las formaciones tácticas y sus rápidas evoluciones tienden á un solo fin cuyas ventajas ya se han tocado, ó sea á realizar movimientos envolventes sobre un enemigo inferior en número.

Cómo ha de lograrse lo que tanto importa, han de decirlo el profundo conocimiento de los adelantos científicos y sus acertadas aplicaciones; «el arte de la guerra», no anulando unas partes para que otras aumenten en preponderancia, sino con el concurso de todas ellas; porque si la logística calcula y da elementos, la estrategia combina y escoge, la táctica practica, la inspiración repentina, y todas concurren por lo tanto con eficacia suma, para lograr lo que tan de cerca toca al porvenir de los pueblos.







## PSICOLOGÍA DE LA GUERRA

---

### OFENSIVA Y DEFENSIVA

**L**A influencia que en la ofensiva, defensiva y efecto de las modernas armas ejerce la parte moral, es tanta, que no podemos menos de fijarnos detenidamente en su examen, toda vez que al hacerlo, por lo menos hemos de contribuir á despejar nebulosidades, quitando errores y apreciaciones nada convenientes en lo que tan directamente nos afecta.

Napoleón dijo «que los efectos morales están en relación con los materiales, en la proporción de uno á tres»; ahora tenemos que examinar, admitido tal principio, dichos

efectos; lo primero que hemos de hacer, por más importante, es establecer la diferencia entre el combate individual y el colectivo.

El Mauser, con su precisión de tiro, su alcance, rapidez en el disparo y tensión de la trayectoria, nos impresiona indiscutiblemente, é inclina á creer que la ofensiva no es posible; en efecto, un hombre dentro de una trinchera, presentando de blanco la dozava parte de su cuerpo, con el fusil repetidor, municiones á mano (asunto importantísimo hoy más que nunca), reservas en proporción de diez por uno, que es lo que se calcula, y pudiendo tirar 600 disparos, mientras que el enemigo atraviesa la zona de acción, calculada en 2.000 metros, y suponiendo que el repetidor haga sólo 15 disparos por minuto; ese hombre, decimos, no puede ser vencido nunca por otro que avance á cuerpo descubierta, ó aprovechando por intervalos las sinuosidades del terreno, sustraído de la influencia de sus Jefes é influido de tal manera, que hasta cree que las matas pueden ofrecerle amparo seguro contra las balas, porque

en nada piensa, sino en que las desventajas en que combate sólo se pueden contrarrestar cubriéndose y tirando, sea como sea, pero cuanto más mejor. Claro está que la ofensiva en este caso no sólo no supera á la defensiva ni la iguala, sino que es imposible; es más, poco gana con los órdenes abiertos, si se consideran solo como preparatorios del combate. Pero esto ni es la ofensiva, ni la guerra, y no basta dejarse influir de esas eficacias que tanto contristan el ánimo por el error. El arte de la guerra, y la ofensiva por consiguiente, tienen horizontes ilimitados; el combate individual es un detalle, el colectivo en todas sus aptitudes y consecuencias, con la base de la ciencia y las realidades del genio, hacen que la estrategia prepondere y que la guerra resuelva más pronto sí, pero no á costa de mayores desastres.

Muy directamente influirá esa fuerza moral, según las situaciones en que la tropa se encuentre, ofensiva, defensiva, campamento, marcha, etc.; la parte moral del Jefe y la

tropa que mande, entran, como hemos dicho, por mucho en las decisiones del combate. El Coronel Comandante Banus cita en su *Gran Táctica*, á propósito de esto, el caso siguiente: «En la guerra civil de los Estados Unidos, en el campo de batalla de Gettysburg, se hallaron 24.000 fusiles cargados; sólo la cuarta parte de ellos lo estaban debidamente; en la mitad de los fusiles había dos cartuchos, en la otra cuarta parte los había con carga doble y triple; algunos tenían hasta seis cartuchos, en otros se encontró una carga de pólvora y cinco ó seis balas, y en un antiguo fusil liso se hallaron veintidós balas mezcladas con pólvora: era un Ejército improvisado. Aquí faltó todo.»

Otro caso vamos á citar, ocurrido en nuestra pasada guerra civil: «2.000 hombres de los más aguerridos del Ejército de Cataluña y que en todos los encuentros habían vencido, salieron á perseguir á la facción; ansiaban encontrarla, y quando menos lo creían, porque en ninguna parte de su ya larga jornada se le había presentado, unos cuantos



tiros fueron bastantes para desorganizarlos por completo é instantáneamente; la voz del Jefe les rehizo en no mayor tiempo, y atacaron y tomaron, como siempre, las posiciones enemigas.»

Esto nos demuestra que, perdida la fuerza moral, el desastre es inminente, si el Jefe en trance tan difícil no sabe restituirla á sus tropas, logrando un timbre más á los que la victoria puede proporcionarle.

El combate se ha de aceptar, no donde el enemigo lo presenta, sino donde convenga; esto influirá siempre en aminorar las bajas; parece estimado por algunos que las pérdidas han de ser tanto más numerosas cuanto más se acerquen las tropas que atacan á las posiciones enemigas; esto hasta cierto punto puede admitirse, pero como principio general, nunca.

Existen muchas razones para demostrarlo, y el Príncipe Hohenlohe cita un caso que lo afirma: dice que observó en los restos de la lucha desde Sainte Marie á Saint Privat, que desde 500 á 600 metros se componían

hasta de filas enteras, pero que más cerca de la población, casi se encontraron vestigios de lucha. Nada más fácil de explicar: la tropa que ataca teme el peligro cierto, porque sabe de dónde viene; la que defiende, ve el que tiene delante de sí y teme otros mayores que ignora, razón por la que se inspira y contagia del pánico, y cuando ve que el enemigo ha vencido la formidable resistencia que le presentó á tales distancias, aun á costa de los más cruentos sacrificios, huye, dejándole avanzar impunemente hasta la posición.

Recordemos que los turcos tenían el fusil repetidor Martín Henri, que Plewna se tomó, costó tres asaltos, en los que pereció una gran parte de aquella brava infantería rusa; ni sus condiciones excepcionales, ni las del General Skobelev, que fué el que más se distinguió, ni el haber quedado en el campo, en el ataque por el centro, casi seis batallones, fueron bastante; éste no pudo continuarse, las tropas de aquél tuvieron que abandonar dos reductos del campo atrincherado, formado por tres líneas de trincheras, con reductos

intercalados, y se impuso el bloqueo para conseguir lo que tantos sacrificios y heroicidades no pudieron lograr.

El ya célebre General Todleben, por la guerra de Crimea, se encargó de dirigir los trabajos, con más éxito que entonces, y el General Gourko, con su Caballería, prestó poderoso concurso, cortando líneas de etapa, causando sorpresas y llevando á cabo otras brillantes operaciones militares.

Si á esto fué debido, al retardo de Osmán en intentar la salida, ó á las dos causas, el hecho es, ya lo hemos dicho, que Plewna se tomó, Osmán resultó herido y el Ejército turco vencido en una parte considerable.

Del mismo modo se habían tomado Metz y París, cumpliéndose el fin principal de la moderna guerra, que el punto objetivo de todo Ejército invasor es vencer al Ejército contrario. También se tomó Sebastopol en la guerra de Crimea; era plaza abierta, pero Todleben, con una actividad pasmosa, la defendió en poco tiempo, con un campo atrincherado, adonde aplicó los contra-aproches con exce-

lentes resultados, y demostró al enemigo lo que se necesitaba para reponer los destrozos que les causaba una potente Artillería; fué asombrosa tal energía y actividad, digna de mejor recompensa.

Hemos de notar que en la batalla de Alma los ingleses atacaron en cinco líneas con estrechos intervalos. En la guerra de Crimea hubo un héroe: Mac-Mahon; no decayó su prestigio en la campaña de Italia; tal vez hubiera cambiado la suerte de la Francia si su buena estrella no lo hubiera abandonado; esto nos demuestra que no siempre los hombres pueden sobreponerse á las circunstancias.

Vemos, pues, que las eficacias del ataque son indiscutibles; que contra las de la defensa se pueden oponer, por último, el orden de combate, aplicando las formaciones que las tácticas elementales dicen y tomando para ello cuantas determinaciones se crean oportunas; á favor de la ofensiva está también la presión que en el ánimo de las tropas que defienden ejerce el pánico que les infunde

témer verse envueltas y cortadas, los destrozos que hace la Artillería sobre un blanco tan extenso y fijo; y finalmente, la supremacía del efecto moral que da siempre la iniciativa del ataque.

Creemos haber expuesto razones bastantes para demostrar de una manera evidente que la ofensiva es hoy lo que siempre fué, superior á la defensiva, no obstante el perfeccionamiento de las modernas máquinas de guerra.

#### EFICACIA DE LAS ARMAS

Si la inteligencia humana inventa y perfecciona para destruir, tiene á la vez que hacer lo mismo para contrarrestar aquellos efectos; de otro modo, la humanidad no existiría, ó la guerra se hubiera hecho imposible; porque los Ejércitos con esas perfecciones en sus armamentos, desde las armas blancas hasta las de nuestros días, hubieran ido teniendo aumento proporcional en sus bajas,

y vamos á demostrar con datos estadísticos por ser los menos recusables, que casi sucede lo contrario, ó por lo menos en efecto limitado, aunque parezca imposible.

La *Revista Científico-militar*, de Barcelona, nos proporciona algunos de esos datos, y dice que se puede calcular como tipo máximo  $\frac{1}{6}$  el de las bajas del porvenir; añade que siendo por regla general la tercera parte de éstas la de los muertos, resultan  $\frac{1}{18}$  del efectivo de combatientes; para llegar á conclusiones tales, saca la proporción alcanzada en los casos siguientes:  $\frac{1}{5}$  en Plewna para los rusos en los dos primeros asaltos y  $\frac{1}{6}$  en el tercero. En Saint Privat  $\frac{1}{11}$  y  $\frac{1}{8}$ , en Resonville las pérdidas de los beligerantes  $\frac{1}{5}$ , en Praga  $\frac{1}{5}$ , en Fontanet (25 de Junio 814)  $\frac{1}{4}$  de efectivo en los dos bandos que se batieron al arma blanca, y nosotros añadimos que en la batalla de Cannas no hubo proporción; perecieron los 80.000 romanos que formaban el Ejército de los Cónsules, y en la de las Navas de Tolosa hicieron su despedida las armas blancas, causando en los cristia-

nos 25.000 muertos de los 100.000 hombres que eran, y 100.000 de los 400.000 que componían el Ejército contrario. ¿Dónde está la razón de lo que parece absurdo? Tal vez en el equilibrio natural; ¿qué es lo que contraresta la eficacia de las armas? Indiscutiblemente la estrategia y la táctica, para suplir las diferencias del valor táctico, que va en sentido inverso á aquellas eficacias. Efectivamente, mucho era el valor táctico de aquellas tropas que, compactas como un solo hombre, marchaban al combate bajo el mando inmediato de sus Jefes y á la lucha de cuerpo á cuerpo; aquellos sinaspismos griegos, con el unísono palpitar de tantos corazones de hombres que á la vez alentaban, que los unos impulsaban á los otros y todos marchaban á vencer ó morir, tenían un valor heroico; no hoy, desde hace siglos esto no es posible; y á medida que los efectos materiales han aumentado, han tenido que evitarse las influencias contrarias sentidas en los psicológicos, contrarrestándolas con las innovaciones graduales también en los órde-

nes de combate, llegando así á los abiertos que hoy tenemos con todas sus consecuencias; resultando de aquí ese equilibrio dicho, que destruye por completo cuanto en contrario se diga, pues si demostrado queda con datos y argumentos, también es verdad que en el campo de batalla lo mismo moría el soldado con las armas de ayer, llevando en la retina de sus ojos la imagen del que le dió la muerte, que con las de hoy, que no sabrá ni de dónde habrá partido la bala que le quite la existencia.

### FORMACIONES DE LOS EJÉRCITOS

#### Defensiva.

Ésta, como la ofensiva, dependerá de las formaciones tácticas y de las condiciones de aplicación, dadas las del punto que se ha de defender, ó las del campo en que se ha de combatir, pero siempre con sujeción á determinados principios. En la defensa el cuidado más atendible es que la posición escogida no sea envuelta fácilmente; esto se consigue



principalmente con la mayor extensión de la línea, y para que tal condición no se alcance debilitándola, hay que evitarlo, reforzando los flancos, dejando el frente más débil, toda vez que detrás de éste están las reservas que pueden acudir con más prontitud. El número de líneas y demás condiciones de defensa, ya lo hemos dicho al ocuparnos de ello.

En cuanto á los ataques de revés no se pueden evitar de otro modo que cambiando la dirección del frente.

Las fuerzas se situarán después de cubiertas las defensas en el centro con ocho metros de profundidad; las reservas á retaguardia de éstas, y los flancos serán protegidos con partidas volantes.

La defensiva absoluta es fatal; el General á quien le está encomendada, ha de buscar el momento oportuno para tomar la ofensiva; Osmán, en Plewna, lo intentó tarde; en el sitio de París no contaban ni con una sola línea transversal para la concentración de sus fuerzas, y se frustraron todos los intentos. El desenlace de la guerra ruso-turca fué de-

bido, según muchos, principalmente, por haberse concretado los turcos á la guerra defensiva; el espíritu del soldado decae, la demoralización cunde y la rendición se impone; la actitud defensiva tiene mucho á su favor, pero también lo tiene en contra, y en las previsiones, tacto y dotes especiales del que la dirige, va muchas veces la victoria. Si la defensa es insostenible, hay que retirarse á tiempo en orden y con precauciones tales, que, lejos de perderse todo, se salve lo que resta, sacrificando en último extremo cuanto de impedimenta estorbe y hasta la Caballería al atacar para contener el enemigo; retiradas hay que han dado tanta gloria como la victoria más completa, porque, aunque no fuesen iguales los resultados conseguidos mediante aquélla, que los que se habrían alcanzado de obtener ésta, lo evitado representa poco menos.

#### Ofensiva.

Ya hemos visto que el Capitán Maude trata este particular con bastante extensión; confor-

mes, en puntos generales, con la mayor parte de las ideas que expone, haremos notar en las que diferimos, y como su libro lo escribió antes de inventarse la pólvora sin humo, claro es que en todo lo que á esto se refiera ha de existir otro criterio.

El plan preconcebido de ataque, y variado más ó menos, según los accidentes de la lucha, aunque algunos discutan su existencia, no es razón bastante para tomada en cuenta, á lo menos según nuestra manera de apreciarlo; también es aceptada por casi la generalidad la organización de las fuerzas para efectuarlo, que consiste en una guerrilla protectora, tres líneas y una reserva, una fuerte línea de Artillería entre la guerrilla y la primera línea, y la Caballería en la retaguardia y dispuesta siempre para acudir donde fuese necesario.

Respecto á las formaciones, han de consistir en guerrillas con sostenes y reservas, que serán reforzadas con otras de sección ó compañía, según lo determinen las condiciones y exigencias de la lucha.

Sobre las columnas vemos lo expuesto por el Capitán Maude de una manera prolija; sólo agregaremos que en los resultados obtenidos por los alemanes en su última guerra, las columnas eran de compañía, mientras que las de los franceses eran de batallón.

La distancia, 2.000 metros, y los intervalos se calculan sobre unos 500. Las distancias se llaman pequeñas las de 600 metros, medias las de 1.000, y grandes de ésta en adelante.

En cuanto al ataque, ha de hacerse simultáneo y en escalones, protegiéndose con la movilidad, la rapidez y los accidentes del terreno, del fuego de la Artillería enemiga.

Puede calcularse que la Infantería ha de romper el fuego á los 1.000 metros.

Vemos que hasta aquí poco se diferencia lo dicho por el Capitán Maude (1).

La creación de grupos exploradores de un modo permanente, formados con lo más

---

(1) La división que Scherzff hace de campo de ataque, dos zonas de 700 metros á 300 y de 300 á 0, en lo que no estamos conformes, ya hemos dicho que son tres; el campo de preparación á 700 metros es imposible.

escogido de cada compañía, ó que esto debe verificarse en el mismo campo de batalla, es asunto muy debatido y examinado; la verdad es que si no fuera muy aventurado, diríamos que no lo creíamos conveniente; sustraer por esta causa fuerzas, de las mejores de las compañías, del mando de sus jefes, en la firme convicción que poco han de adelantar á las guerrillas, y de hacerlo sería para estar escondidos y tal vez formular peligros imaginarios que ocasionarían la alarma en las fuerzas que atacan; repetimos, que no alcanzamos á comprender tal conveniencia.

Al existir la pólvora sin humo, claro es que ha desaparecido uno de los inconvenientes que la Artillería tenía en el combate, tanto más grande, cuanto mayor es el número de cañones que han de entrar en la lucha, y como por cuanto hemos dicho vemos que el éxito está influído en mucho por este gran elemento de combate, las ventajas obtenidas son inmensas, la gran extensión de las líneas han concluído, en relación con las que antes debían tener; pueden escalonarse

y estrecharse las distancias, de una manera considerable; las tropas maniobran también sin este inconveniente y vense desde luego con gran precisión los efectos de los proyectiles, cuando la distancia lo permite, pudiéndose entablar el preciso combate con la Artillería enemiga; pues respecto á no poderse ver, están en igualdad de condiciones, ó tal vez mejores los que atacan.

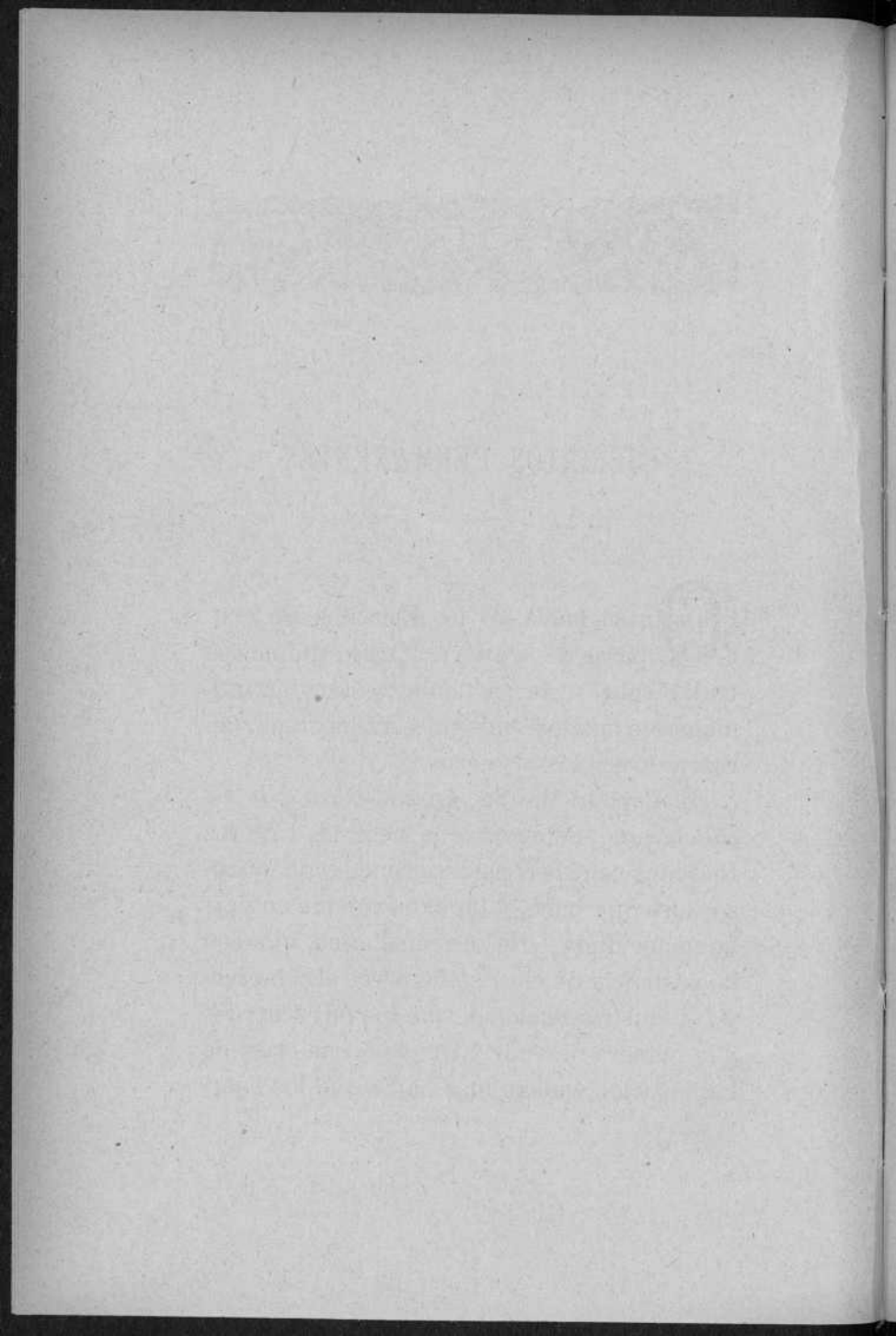
En cuanto á la Caballería, desde luego desechamos que ha de ser la llamada á dar comienzo á la batalla con grandes cargas, como dice el Capitán Maude; su misión parece estar bien definida y lo hemos visto en las guerras ruso-turca y franco-alemana; explorar y efectuar operaciones estratégicas, empleándose en último recurso, bien para completar la victoria ó para salvar sus ejércitos, lo que le hace ser de gran estima y de indiscutible utilidad y eficacia.

#### Reservas.

Si el primer período de la batalla lo determina la Artillería con sus fuegos, prote-

gida por las guerrillas, y la Infantería que avanza hasta el alcance del fuego enemigo, que puede llamarse período de preparación; si el segundo es cuando la Infantería acorta las distancias, la primera línea se rehace detrás de la que le seguía, caso de ser rechazada, y el tercer período es el avance general, determinado por el plan de ataque, concluyendo las simulaciones para su éxito, claro es que ha de influir notablemente el acertado empleo de las reservas, si fuese preciso. Al ser necesario recurso tan extremo, no está clara la decisión de la lucha, y las reservas están llamadas á determinarla alcanzando la victoria, dando el supremo impulso á las masas que vacilan, recogiendo y alentando á los que retroceden, entre el ruido de la fusilería, el estruendo de los cañones, con el entusiasmo del toque de ataque, los gritos de guerra de los más esforzados, y el ejemplo tal vez heroico de sus Jefes.









## EJÉRCITOS PERMANENTES

---

**Q**UIÉN habla de los Ejércitos sin ocuparse de la guerra? Ya lo dijimos al tratar sobre este particular; están tan íntimamente ligados, que sin ésta, no tendrían razón de ser los primeros.

El Capitán Maude, en sus *Gastos de reclutamiento*, demuestra la necesidad de los Ejércitos con las consideraciones económico-sociales que hace, á tal extremo que no deja la menor duda. «Recordemos, dice, que con la existencia de ellos se favorece el comercio y la industria nacional; que los ferrocarriles y la manera de vivir y ser de cierta clase de la población causan más bajas que los Ejér-

citios; que éstos evitan en su mayor parte que los casamientos se verifiquen sin haber alcanzado el hombre su total desarrollo, lo que harían sin duda, olvidando que han de ser los padres de la futura generación, y que les enseña, por último, un deber sagrado y la manera de cumplirlo, que es el que todo ciudadano tiene de defender su patria é influir en su engrandecimiento cuando la ocasión llegue á presentarse», y nosotros agregamos que mientras las pasiones del hombre existan, ó los pueblos por sus virtudes ó cualquiera otra circunstancia, adquieran supremacía sobre los demás, y necesidades de ensanchar sus fronteras para poder vivir, la existencia de la guerra es indiscutible, y su consecuencia inmediata, la de los Ejércitos permanentes; y como en el éxito que alcancen va tanto, dicho se está que cada Nación que por sí propia mire, ha de tratar de lograrlo, cueste lo que cueste. Este principio, reconocido como insustituible, ha tenido que ser estudiado, tanto más cuanto las Naciones han visto que de llevarlo á cabo tal como es

en sí, lejos de llenar su misión, sus resultados serían contraproducentes; pues un Ejército constituido con un contingente numeroso y el valiosísimo y enorme material de guerra que las necesidades de hoy exigen, no habría presupuesto que lo resistiera. De ahí que se haya llegado á los Ejércitos regionales como término medio entre aquellos Ejércitos y el ideal de la Nación armada; esto no quiere decir que no existan, como hemos dicho, otras escuelas; lejos de eso, en vez de anularlas, se defienden con toda clase de argumentos, pero se estrellan ante la realidad.

Con las organizaciones de los Ejércitos regionales se ve la educación militar de los pueblos y la enseñanza cierta de sus deberes para con la Patria; no parece sino que marchamos á la organización de los Ejércitos primeros del mundo, y entiéndase bien el sentido de la frase. Para demostrarlo vamos á citar las órdenes del Código más antiguo relativamente á la guerra, y que era de los hebreos.

Entre los hebreos, todos los ciudadanos

eran soldados desde los veinte años en adelante; pero cualquiera que hubiese edificado una casa y no la hubiese habitado todavía; plantado una viña, y no hubiese recogido aún sus frutos, ó tomado mujer, y no la hubiese conocido, estaba dispensado por aquel año del servicio.

Para que la limpieza conservase la salud en el campamento, no se desdeñó el legislador en descender á particularidades importantes en climas cálidos; dictaba órdenes relacionadas con la higiene de los campamentos, como asimismo no dejaba de atender cuanto á la moral concernía. «Evita todo acto malo... porque tu eterno Dios habita en tus campos para librarte de tus enemigos. Sea, pues, santo tu campo, sin que el Eterno descubra ninguna impureza, no sea que ofendido por ella, te abandone.»

Marchando por territorios de conciudadanos ó aliados no se podía causar daño. «Sigue los caminos sin atravesar campos ni viñas; compra con dinero cuanto necesites y págalo todo, hasta el agua que bebas.»

»No entres en país enemigo sin instrucciones y guías y sin conocer el carácter del enemigo, la naturaleza del suelo, las ventajas que de él se puedan sacar, cuán numerosos son sus habitantes y cómo están fortificados.»

Aproximándose el ataque, se decía: «quien tenga el corazón tímido ó cobarde, retírese;» y se empleaban éstos en servicios mecánicos, en los bagajes y en barrer los caminos. Los sacerdotes animaban á los combatientes recordando las promesas del Señor. «Escucha, Israel: vas á atacar á tus enemigos; marcha contra ellos con toda confianza; no te asuste su número, porque tu eterno Dios está contigo para combatirlos.» La alegría de la victoria se templaba por la consideración de haber muerto hombres; y no se podía comparecer en el campo del Eterno antes de haber consumido un día en purificarse.

Estaba prohibido declarar la guerra por capricho, ambición ó espíritu de conquista; pero sólo para defenderse de los invasores y obtener satisfacción de las ofensas, y aun en

tales casos, se prohibía cortar los árboles frutales más de lo que fuese necesario. Si se tenía que sitiar una ciudad, se principiaba ofreciendo la paz á sus habitantes; si la aceptaban, se abrían las puertas y se reducían á tributarios y súbditos; si rehusaban y persistían en defenderse, y la ciudad era tomada á discreción, se podían pasar á cuchillo todos los hombres, que quiere decir todos los armados. Los prisioneros no quedaban al arbitrio del defensor, y «si hicieres una prisionera que agrade á tu corazón y quieras desposarte con ella, la llevarás á tu casa y allí, vestida de luto y el cabello cortado, llore un mes á su padre y á su madre; entonces la llevarás á tu lecho y serás su marido y ella tu mujer; y cuando la cautiva ya no te plazca, la volverás á su casa á su voluntad; pero no podrás venderla ó hacer tráfico con ella, porque la tienes humillada.»

Como se ve, el sentido moral de este pueblo dista mucho del que se observa en las guerras de Alejandro, Aníbal y otros; es más: la Revelación puede no ser la Filosofía,

pero de ella sale, y los hebreos se inspiraban en la Ética de tal manera que, venciendo sus flaquezas, llegó ocasión en que perecieron 40.000 de los vencedores, de los vencidos sólo se salvaron 600, y lloraron aquéllos las desdichas de éstos, en vez de celebrar sus triunfos. Si hubieran seguido así los pueblos, aun sin tales extremos, y los demás le hubieran imitado, las prácticas de la guerra hubiesen sido otras. Pero, aunque esto no sea, aunque dejen de cumplirse en algo cuanto los convenios de Ginebra persiguen en este sentido, nada querrá decir nunca sobre que la Humanidad deje de marchar á las perfecciones compatibles con su manera de ser, aunque se hayan visto interrumpidas.

Desde veinte años eran soldados todos los ciudadanos: también vamos imitándoles, pero con ciertas limitaciones, porque los sexagenarios de hoy, á quienes la ley excluye hasta del deber de trabajar, mal podrían cumplir con los que la guerra impone, á imitación de los célebres arguisapides de Alejandro, que formaban la Caballería llamada aguema,



y que se distinguían tanto por el escudo de plata que usaban, como por las célebres hazañas que llevaban á cabo.

Los Ejércitos regionales dan grandes Ejércitos, y con un presupuesto relativamente corto; poco tiempo en el servicio, tres años (1); mucho en la reserva: nosotros tenemos nueve, otras Naciones veintidós y veintitrés, divididas en primera y segunda, cerca de los núcleos armados y bajo la base del servicio general obligatorio. Dicho contingente activo ha de precisarse con acierto: corto, sería deficiente; excesivo, caía por su base su principal objeto, y anularlo, como muchos sueñan, dejando sólo los cuadros de Jefes y Oficiales, no hay ni que discutirlo siquiera. Tampoco creemos fuese conveniente reducir á dos y hasta un año el tiempo de permanencia en las filas, y, sobre todo, esto último; tampoco que se aumentara el tiempo de la reserva, pues nos llevaría insensiblemente á

---

(1) En Alemania está en vigor el servicio de dos años para las tropas de á pie.



tener en las filas hombres sin condiciones para combatir, como ya hemos dicho.

Determinado un contingente activo prudencial, ha de servir como base de las concentraciones y ensayo de la rapidez con que han de practicarse; después vienen las maniobras en gran escala, y tanto las unas como las otras sirven para que ni se olvide la instrucción ni decaiga el espíritu militar, alcanzando así los perfeccionamientos que requiere el arte militar, con aplicación de líneas telegráficas, férreas, movilidad de los cuerpos auxiliares y cuantos elementos constituyen el estudio de la práctica de la guerra; y puesto que de ello se trata, creemos oportuno observar del modo que se practican esas grandes maniobras, sujetándolas á un plan preconcebido y llevado á la práctica hasta el detalle; incurriendo á veces los Jefes de fuerza en faltas que, lejos de serlo, son los resultados de la iniciativa mejor inspirada, y, por lo tanto, dignas de aplauso. No queremos decir con esto que el árbitro nombrado para esas grandes maniobras no ha de tener necesidad

de concebir y realizar un plan de batalla, porque es precisamente indispensable; pero una cosa son las líneas generales, que se modificarán siempre según los accidentes de la lucha, y otra extremar los detalles y conclusiones, con lo que, no sólo nada se aprende, sino que se coartan y hasta se anulan toda clase de iniciativas, hoy tan recomendadas; y si del campo de instrucción no se sacan las ventajas que ofrece, es hacer infructuosos cuantos sacrificios se hagan para lograrlo.

El Ejército voluntario ya lo conocemos, no tenemos para qué explicarlo; su nombre lo dice, y su origen se pierde casi con el de los primeros pueblos. En cuanto á sus eficacias en las colonias y condiciones como único en las Naciones, diremos que las primeras no pueden negarse; en cuanto á lo segundo es más discutible, y en nuestra creencia, han de ser especialísimas esas condiciones en que una Nación se encuentre para que tal Ejército satisfaga con las suyas todas sus necesidades. Los Ejércitos voluntarios, en una Nación militar, tienen tan limitada su importancia

como la misión que han de cumplir, según nuestra manera de apreciarlo, y sólo así pueden admitirse en donde exista un Ejército regional bien organizado y que á toda Nación se impone necesariamente.

Pasemos, por último, á la paz armada, ó al presupuesto de la paz, como se llama ahora, al desarme general y á la guerra dentro de cien años.

Ni el pensamiento es nuevo, ni pretendemos hacerlo desaparecer, por más que argumentemos; pero eso no quita para que no le hagamos caso: es una escuela, y éstas hay que combatir las tanto como importancia tengan las perturbaciones que puedan ocasionar; de otro modo, la anarquista, por ejemplo, haría del mundo un montón de cadáveres y ruinas. Hay, pues, que defenderse aun contando con la razón.

Empecemos para ello citando lo que dice César Cantú en su *Historia universal* sobre particular tan interesante:

«Dos escuelas notabilísimas de nuestros días, llamadas después Congresos, han pro-

clamado el tiempo en que ya no existirán los Ejércitos, porque la conocida utilidad del comercio y de los intereses materiales habrá enseñado á los hombres y á los Gobiernos la necesidad de la paz, reduciendo los Ejércitos á tropas de industriales, que irán á lejanos países para ejecutar inmensos trabajos, cortar los itsmos de Suez y Panamá, enderezar los cauces de los ríos, poner en comunicación los lagos, explotar minas y desecar pantanos, á fin de que toda la faz de la tierra sea productiva para proporcionar mayores ventajas al género humano; alegres ilusiones, como las del que intentase adivinar el tiempo en que las naves no necesitarán tantas velas porque sólo soplarán ya en horas fijas el céfiro y el noto.

»Mientras llega este más deseado que probable acuerdo de los hechos, de las opiniones, del pensamiento y del poder, que perpetúe la paz verdadera y facilite los progresos de la civilización y del reino de Dios; mientras transforme la Europa su Ejército permanente, agresivo por su naturaleza, en

Ejército nacional y acorde, milicia de pura defensa, no nos detengamos lamentando los males que todos conocemos y cuyos remedios están muy lejos de nosotros, y describámoslos, si se quiere, como una enfermedad, pero inevitable. Sin embargo, para que en medio de estas escuelas de docta destrucción nos sirva siempre de faro la idea moral, insertamos á continuación un fragmento de uno de los más elocuentes filósofos de la Edad Moderna:

«Es un fenómeno digno de atención (dice) que el arte de la guerra no tienda á degradar y hacer feroz y duro al que lo ejerce, antes bien lo perfecciona. El hombre más honrado es ordinariamente el soldado honrado, y yo prefiero el buen sentido militar á las largas explicaciones de los hombres de negocios. En el trato ordinario de la vida, los militares son más amables, más condescendientes y aun más cortesanos que los demás; en las tempestades políticas se manifiestan generalmente intrépidos defensores de las máximas antiguas, y los sofismas des-

lumbradores caen casi siempre ante sus doctrinas; se ocupan con gusto en cosas y conocimientos útiles. La única obra antigua de Economía política que conocemos es de un guerrero (Jenofonte), y la primera que se publicó en Francia era de Vauban.

»En ellos la religión se hermana con el honor de una manera notable; y aunque merezcan sus reprensiones por su conducta, no la rehusarían su espada si tuviese necesidad de ella. Se habla demasiado de la *licencia de los campamentos*; es muy cierto que la hay; pero el soldado ordinariamente no encuentra allí estos vicios, más bien los lleva consigo. Un pueblo moral y austero presenta excelentes soldados, terribles solamente en la pelea; la virtud, y hasta la compasión, se hermanan muy bien con el valor, y lejos de debilitar al soldado, le exaltan. El cilicio de San Luis no servía de estorbo á la coraza, y Voltaire confiesa de buena fe que un Ejército dispuesto á perecer por obedecer á Dios, sería invencible. Racine, cuando seguía al Ejército de Luis XIV como historiógrafo, escribía que

jamás había asistido á la misa en el campamento sin ver comulgar á algún mosquetero con suma edificación.

»No sólo el estado militar se asocia perfectamente con la moralidad del hombre, sino, cosa extraordinaria, no le debilitan las virtudes de mansedumbre que parecen opuestas á su oficio. Los caracteres más dulces aman la guerra, la desean y la hacen con pasión. A la primera señal, aquel joven amable, educado para abominar la violencia y la sangre, sale del hogar paterno y corre con las armas á buscar lo que llama el *enemigo*. Ayer se habría desmayado si por casualidad hubiese magullado el canario de su hermana, y mañana le veréis subir sobre un montón de cadáveres *para ver más lejos*, como decía Charran; la sangre, que todo lo inunda, le anima á derramar la suya y la de otros, é inflamándose poco á poco, llegará *hasta el entusiasmo de la mortandad*.

»Pero el espectáculo de la matanza no endurece al verdadero soldado, y en medio de la sangre que hace derramar, es humano,



como es casta la esposa en los transportes de amor. Vuelta la espada á la vaina, la santa Humanidad recobra sus derechos y tal vez se encuentran entre los militares los sentimientos más generosos. Recordemos el gran siglo de la Francia. La religión, el valor y la ciencia se habían puesto en equilibrio, y de aquí salió aquel bello carácter que todos los pueblos aclamaron como modelo del europeo. Separad el primer elemento y desaparecerá la armonía, esto es, la belleza. No se ha meditado suficientemente cuán necesario es para todo este elemento y la parte que tiene aun en aquellas circunstancias en que los que observan con ligereza pudieran creerle extraño. El espíritu divino que se había colocado particularmente en Europa, dulcificaba hasta los castigos de la justicia eterna, y la guerra europea siempre se señalaba en los anales. Se mataba, es cierto, se quemaba, se destruía, mil inútiles delitos se cometían tal vez, pero las campañas no principiaban hasta Mayo, se acababan en Diciembre, se dormía bajo de la tienda y el soldado sólo combatía al soldado.



Jamás estaban en guerra las Naciones, y todo lo que es débil permanecía sagrado al través de las lúgubres escenas de este azote.

»Era un magnífico espectáculo ver á todos los Príncipes de Europa contenidos por no sé qué imperiosa moderación: no pedían jamás á los pueblos, ni aun en el instante del peligro, todo lo que de ellos se podía obtener; se servían del hombre con consideración, y guiados por una fuerza invisible, evitaban descargar sobre la soberanía enemiga uno de aquellos golpes que pueden herir de rechazo al que los da. ¡Gloria, honor, alabanza eterna á la ley de amor proclamada siempre en el centro de Europa! Ninguna Nación triunfaba de otra; la guerra antigua sólo se hallaba en los libros ó entre pueblos colocados á la sombra de la muerte; una provincia, una ciudad, cualquier aldea, concluían las más obstinadas guerras con sólo cambiar de señor. Respetos mutuos y una finura exquisita se manifestaba entre el fragor de las armas; la bomba en el aire evitaba caer en el palacio de los Reyes, y las danzas y otros

espectáculos ofrecían con frecuencia alegres intermedios á las batallas. El oficial enemigo, invitado á asistir á estos festines, llegaba á hablar chanceándose sobre la batalla que daría al día siguiente, y entre los horrores de una lucha sangrienta, el oído del moribundo podía escuchar acentos de piedad y fórmulas de cortesía. Á la primera señal de la batalla se erigían hospitales por todas partes; la medicina, la cirugía y la farmacia enviaban sus numerosos alumnos, y entre ellos se elevaba el genio de San Vicente de Paul y de San Juan de Dios, más grande, más fuerte que el mismo hombre, constante como la fe, activo como la esperanza, industrioso como el amor. Todas las víctimas vivas eran recogidas, asistidas y consoladas; toda herida era tocada por la mano de la ciencia y de la caridad...

»Terribles son las funciones del soldado; pero es preciso decir que tienden á una gran ley del mundo espiritual, y no es extraño que todas las Naciones estén acordes en ver en este azote algo más particularmente divino que en los demás; ni sin grande y profunda

razón brilla en las sagradas páginas el título de Dios de los Ejércitos. Pecadores, y por lo mismo desgraciados, nosotros hacemos estos males físicos y la guerra. Los hombres inculpan á los Reyes, como es natural, y Horacio exclama: «Por los delirios de los Reyes padece el pueblo.»

Pero con más justicia dijo Juan Bautista Pousseau:

«De los Reyes la ira arma á la tierra.

Arma á los Reyes la ira del cielo.»

»No se pierda de vista que esta ley tan terrible de la guerra sólo es un capítulo de la ley general que pesa sobre el Universo. En el vasto dominio de la naturaleza viviente reina una violencia manifiesta, una especie de rabia prescrita que arma á los seres en mutua lucha; si salimos del reino insensible, hallaremos el decreto de muerte violenta escrita en las mismas fronteras de la vida. En el reino vegetal ya principia á observarse esta ley; desde el inmenso catapulta hasta la más humilde hierbecilla, ¡cuántas plantas mueren y cuántas son muertas!

»Pero si entramos en el reino animal; la ley adquiere de pronto una espantosa evidencia. Una fuerza misteriosa y palpable á la vez, se manifiesta aplicada continuamente á amenazar el principio de la vida por medios violentos; en cada gran división de este reino se eligió un número de animales para que devorasen á los otros; hay, pues, insectos de presa; aves, peces y cuadrúpedos de presa, y no pasa un instante en la duración del tiempo en que un sér viviente no sea devorado por otro. Sobre estas numerosas razas de animales está colocado el hombre, cuya mano destructora nada economiza; mata para alimentarse; mata para vestirse; mata para adornarse; mata para atacar; mata para defenderse; mata para instruirse; mata para divertirse; mata por matar; sabe cuántos barriles de aceite le dará la cabeza del pez perro ó de la ballena; su delicado alfiler clava sobre el cartón del museo la elegante mariposa que cogió al vuelo en la cima del Monteblanco ó del Chimborazo; rellena de paja al cocodrilo, y embalsama el colibrí; á

su señal, la serpiente de cascabel viene á morir en el líquido preservador que debe dejarla intacta para enseñarla luego á multitud de curiosos. El caballo que lleva su dueño á la caza del tigre, ostenta la piel de aquella misma fiera. El hombre pide al corodero sus intestinos para hacer resonar un arpa; á la ballena sus barbas para armar el corsé de una niña; al lobo sus dientes ó muelas para bruñir las más delicadas labores del arte; al elefante sus colmillos para formar de ellos juguetillos para niños, y sus mesas se sirven con cadáveres.

»La Filosofía puede aún sostener que ha sido prevista y ordenada en el gran todo esta matanza permanente.

»Esta ley, ¿se detendrá al llegar al hombre? No, por cierto. Pero, ¿cuál es el sér que exterminará al exterminador de todos? Él mismo: el hombre tiene el encargo de destruir al hombre. Pero, ¿cómo puede cumplir la ley el que es ente moral y misericordioso, nacido para amar, el que llora por los demás como por sí mismo, que encuentra placer en

el llanto y hasta inventa ficciones para llorar, el á quien se ha dicho que *se le pedirá cuenta hasta de la más mínima gota de sangre que haya derramado injustamente?* (Génesis, IX, 5.)

»La guerra cumplirá este decreto. ¿No oís la tierra que clama y pide sangre? La sangre de los animales no le basta, ni tampoco la de los reos derramada por la espada de la ley. Si la justicia humana hubiese herido á todos, ya no habría guerras; pero ella sólo puede alcanzar á pocos, y muchas veces aun economiza la sangre, sin sospechar que la cruel humanidad contribuirá á hacer necesaria la guerra, si otra ceguedad no menos estúpida y funesta no viniese á extender por el mundo la expiación. La tierra no ha clamado en vano: la guerra se enciende; el hombre, dominado por un furor *divino*, avanza por el campo, sin ira, ni cólera, sin saber qué quiere ó qué ha de hacer. ¿Qué es, pues, este terrible enigma? Nada hay más contrario á su naturaleza; sin embargo, no le repugna, y con entusiasmo hace cosas á que tiene el mayor horror. En el campo de la

muerte el hombre jamás desobedece; nada resiste á la fuerza que lo arrastra á la batalla; asesino inocente, instrumento pasivo de una tremenda mano, *se sepulta en el abismo que él mismo se cavó, da y recibe la muerte sin sospechar que él mismo la ha causado.*

»De este modo, desde el mosquito hasta el hombre, se cumple continuamente la gran ley de la violenta destrucción de los seres; toda la tierra, continuamente impregnada de sangre, es un altar inmenso, donde cuanto vive ha de ser inmolado sin fin, sin medida, sin tregua, hasta la consumación del mundo, hasta la extinción del mal, hasta la muerte de la muerte.»

Después sigue acumulando razonamientos para demostrar la divinidad de la guerra.

Admite sólo como broma, ó en sentido limitado, la frase de Turena: «Dios está siempre por los más gruesos batallones»; la verdad es que este pensamiento contrasta notablemente con los suyos, en demostración de todo lo contrario y dicho con tan pocas palabras.

Después aplica las leyes físicas á los



Ejércitos en la guerra, y dice: tres son más fuertes que uno, es cierto, pero un hombre hábil puede aprovechar ciertas eventualidades, y un Horacio matará tres Curiacios. Un cuerpo que tiene mayor masa, tiene más movimiento; no hay duda, si las velocidades son iguales; pero no es lo mismo tener tres de masa y dos de velocidad, que tres de velocidad y dos de masa. Así, un Ejército de 40.000 hombres es inferior físicamente á otro de 60.000, pero si el primero le supera en valor, experiencia y disciplina, podrá derrotar al segundo, porque tiene más acción con menos mole.

Después se extiende sobre el equilibrio de las Naciones beligerantes, bien con sus propias fuerzas ó con los aliados que se proporcionan.

Habla luego sobre el miedo: cita que Carlos V se burló de un epitafio que decía: «Aquí yace uno que jamás tuvo miedo;» á lo que el Monarca exclamó: «Es necesario que alguna vez haya despabilado una vela con los dedos para que hubiese tenido miedo de quemarse.»



Y termina sobre las apreciaciones en las batallas ganadas y perdidas, por ser muy difícil apreciarlo, que el mayor número de muertos no lo determina; que Federico II dijo «que vencer es ir adelante», que el que va adelante es aquel cuyos conocimientos y continente hacen retroceder á su contrario. Que si un General se coloca entre dos cuerpos enemigos, y escribe á su corte «lo he cortado, lo he perdido», no dice más verdad que si el General contrario dice á la suya «tengo al enemigo entre dos fuegos.» Los dos aparecen con razón; después la tendrá aquel que se la dé la suerte de las armas y sus condiciones. Sigue desarrollando este tema, que los mismos que estuvieron en la batalla no saben darse cuenta de lo ocurrido, y concluye diciendo que las batallas no se ganan ni se pierden físicamente por punto general, y que pudieran citarse muchas batallas modernas que, cambiando la faz de los negocios europeos, se perdieron sólo porque uno ú otro de los combatientes la creyeron perdida.

No hemos de examinar, por no ser del

caso, cuantos pensamientos encierra todo lo dicho, y si sólo observaremos, por ser lo que nos proponíamos, que todos ellos convergen á uno solo: demostrar la necesidad de la guerra, su existencia absoluta, después de hacer juicios tan favorables á cuantos pertenecemos á la familia militar; respecto á lo que no podemos menos de hacer constar aquí nuestro profundo agradecimiento, pues estamos en tiempo que todo se ha de agradecer, con mucho mayor motivo en este caso; en cuanto á lo primero, aunque demostrado lo tenemos, no nos ha parecido huelguen los conceptos filosóficos que tanto lo justifican, toda vez que estamos tratando de hacerlo, como también de las distintas formas de organizaciones de los Ejércitos y las diferentes escuelas que sobre ellos existen, ó mejor dicho, las más principales. Veamos «La guerra dentro de cien años», de la *Revue du Cercle Militaire*. Dicha *Revue* trata de demostrar la desaparición de la guerra, la abolición absoluta de los Ejércitos permanentes y la creación de tribunales internacionales

que fueran árbitros de la suerte de las Naciones.

Tales son los principios fundamentales de esta escuela; otros los han discutido ya con gran acierto y rechazado como inadmisibles; nosotros, sin embargo, como ampliación á todo lo expuesto ya, y que creemos bastaría también para destruir dicha escuela, agregaremos que una Nación llegaría á realizar sus mayores ideales si sus ciudadanos no tuvieran más que derechos; si el sorteo no lo consideraban inútil, se les podía telegrafiar el número; es más, si se llegaba, ya que no al desarme universal, á un poco menos, y los contingentes activos no existían y de sus gastos sobraba para maniobras, caso de poderse llevar á cabo; para la Nación podría ser muy económico, para sus ciudadanos comodísimo, pero ¿qué tenían garantido en el día de mañana si el menor incidente los precipitara en una guerra?

Los Ejércitos no se improvisan; la instrucción y ese espíritu militar que da al soldado mucho más valor que el material que

en sí representa, no se impone al hombre de repente; hay que enseñarle la primera, y en cuanto al segundo, hacérselo sentir á la par que el amor á su regimiento y un fanatismo ciego por su bandera. Si el soldado no puede improvisarse por más que sea el primer elemento para el combate, ¿cómo pretender hacerlo con los otros, tantos, tan importantes y tan costosos? No vamos á pretender que una Nación quiera aspirar á tener un Ejército como la que mejor lo tenga; eso sería un absurdo, porque para evitar los abusos del poderío absoluto está la conciencia y tras ellos las relaciones internacionales, ó tal vez esto antes que lo otro, y así se explica la existencia de pequeñas Naciones; á lo que ha de aspirar todo pueblo es á tener un Ejército en proporción á sus fuerzas, y sobre todo bien organizado; si no cuenta con recursos, ha de saber mermar los gastos de otras atenciones, que por preferentes que sean, nunca lo serán tanto como la de defender la honra nacional y la integridad de la Patria.

No necesitamos recordar hechos históricos; un suceso bien reciente habla más alto que todos ellos: «Melilla.»

Nuestras guerras civiles y la situación del Tesoro, en la que tanto han influido, nos ha ocasionado en las escalas un exceso de personal que sólo el tiempo podrá extinguir, y en el nuevo armamento, defensas, material y organizaciones, grandes dificultades por los enormes gastos que esto representa.

Los Ministros de la Guerra han tenido múltiples problemas de difícil solución en cuanto á lo dicho se relacionaba, y la presión de la opinión pública además, expresada en la frase de «hacer algo», y dicho se está que teniendo que moverse en campo de tan estrechos límites, con tantas dificultades, la empresa no era fácil, el asunto encerraba importancia suma, y claro es que cuanto más se pretendía alcanzar, más difícil era obtenerlo. De nada sirven las dotes especiales de un general si los elementos con que cuenta no pueden prestarle un eficaz concurso. Donde las fuerzas materiales acaban, dan

comienzo los sacrificios que son tanto menos sentidos cuanto mayor es el espíritu militar de la Nación, ese espíritu del que tanto tuvo España siempre y que nunca dejó de ver recompensados por su Ejército, pues ha de recordar que á él le debe las glorias conquistadas desde las montañas de Asturias al Guadalquivir, en el patrio suelo, y fuera de él por todos los ámbitos del mundo, no olvidando jamás que esas glorias nunca se separan de quien las sostiene.

Los asuntos de Melilla, repetimos, ocurrieron cuando menos lo esperábamos y á raíz de una nueva organización en el Ejército, que fué hecha con menos elementos que las demás. ¡Cuánto ha dado que hablar este asunto! Y es que en los tiempos actuales parece que todos servimos para todo. Lo más debatido y atacado ha sido el mucho tiempo y lo penosamente que se ha organizado el Ejército expedicionario, y no se ha tenido en cuenta ni su reciente organización, ni estar el campo de operaciones al otro lado del Estrecho; que sus condiciones

eran tales, que no permitían fáciles desembarcos, y que por no haber, ni con agua potable se contaba. Muchos casos podían citarse, á más de valiosísimos argumentos, para demostrar á tales críticos todo lo contrario de cuanto afirman, pero creemos bastante repetir lo que Arrue dice en su *Historia Militar*, con motivo de la última guerra de Francia: «La concentración del Ejército francés de operaciones se verificó haciendo uso de los caminos de hierro para mayor rapidez, pero sin método ni regularidad. De que la movilización de las reservas no se efectuase con la rapidez que la concentración del Ejército de operaciones, y de que ésta resultase desordenada, fué la causa principal la defectuosa é incompleta preparación de Francia para la guerra. Los reservistas, para incorporarse, habían de dirigirse primero á los depósitos de regimiento á equiparse y armarse, y desde allí, al sitio de la frontera donde se hallaban éstos; y como los depósitos estaban en la mayoría de los casos muy lejos de la residencia de los reservistas; y lo



mismo sucedía en los regimientos respecto á los depósitos, hubo soldados que para llegar á sus banderas, tuvieron que recorrer por dos veces toda la Francia. De aquí resultó que terminó la guerra sin que los cuerpos hubieran alcanzado el total de su efectivo. Además, todos los servicios auxiliares, así el sanitario como el de municionamiento, el material de guerra y la organización de la Guardia móvil como reserva, resultaron deficientes. No es, por lo tanto, extraño que el Ejército de operaciones, que había de ser de 300.000 hombres, no pasara de 260.000, distribuidos en ocho cuerpos de Ejército.»

Francia era la primera Nación del mundo; su Ejército, para todos, el más numeroso, mejor organizado, con más perfecto armamento y recursos de todas clases; valida de esto, que ella era la primera en reconocer, después de la guerra de Crimea, y considerándose como árbitra de Europa, declaró la guerra; no tenemos para qué sujetar á nueva crítica hechos juzgados en demasía; nadie



tocó más que ella las fatales consecuencias de procedimientos tan ineficaces como torcidamente apreciados; ¿y vamos á censurar, aun en contra de lo que en el extranjero se dice (1), á nuestra España, á discutir que se hayan empleado más ó menos días en organizar un Ejército en tales condiciones, y que, después de todo, ha sabido imponerse y lograr cuanto pretendía para su Patria?

No buscamos justificaciones ni responsabilidades: cuando éstas no existen, las primeras no son necesarias; muy sencillo es encontrar razones superficiales, porque se prestan á fácil acomodo; pero cuando se trata de asunto tan serio y de tantos alcances como el presente, hay que buscar la verdad donde esté y el sentimiento patrio allá en el

---

(1) La *Revue Militaire de l'étranger*, núm. 794, dice al tratar de las primeras medidas del nuevo Ministro de la Guerra en Italia, sobre el llamamiento de las reservas: «Es raro ver en tiempo de paz los Ejércitos modernos recurrir á disposiciones que llevan perturbaciones á la vida de la Nación. España nos ha dado recientemente un ejemplo cuando los acontecimientos de Melilla; pero es necesario decir, en alabanza de los dos pueblos, español é italiano, que la llamada del Gobierno fué escuchada y seguida con respeto y exactitud.»

corazón, que es donde únicamente existe. Resumiendo: no es la forma lo que se ha de discutir, sino la esencia lo que se ha de investigar. De nada de cuanto sucede tiene culpa la generación presente, á la que le legaron las que le precedieron sólo errores y desdichas; no hemos de reprimir á los que fueron nuestros padres, porque sólo merece respeto su memoria; pero hay que reconocer al menos que, si procedieron de buena fe, los resultados fueron fatalísimos é hijos de un criterio equivocado por todos estilos. El hombre ha de luchar por la existencia: impuesto está, y nada más justo y necesario; pero si, conseguido esto, se sigue luchando con más ahínco para proporcionar á la familia acomodamientos exagerados, ciegos están los que no ven que, lejos de conseguirlo, labran sólo la ruina de la Patria, en vez de dedicarle todos sus esfuerzos; que quien para la Patria conquista lo consigue todo, porque ella no tiene más que para sus hijos; pretender otra cosa es como si el que quisiera salvar un río destrozara el único puente que

lo puede facilitar: al intentarlo caería en el abismo. ¡No es menos profundo el de las luchas y guerras civiles!

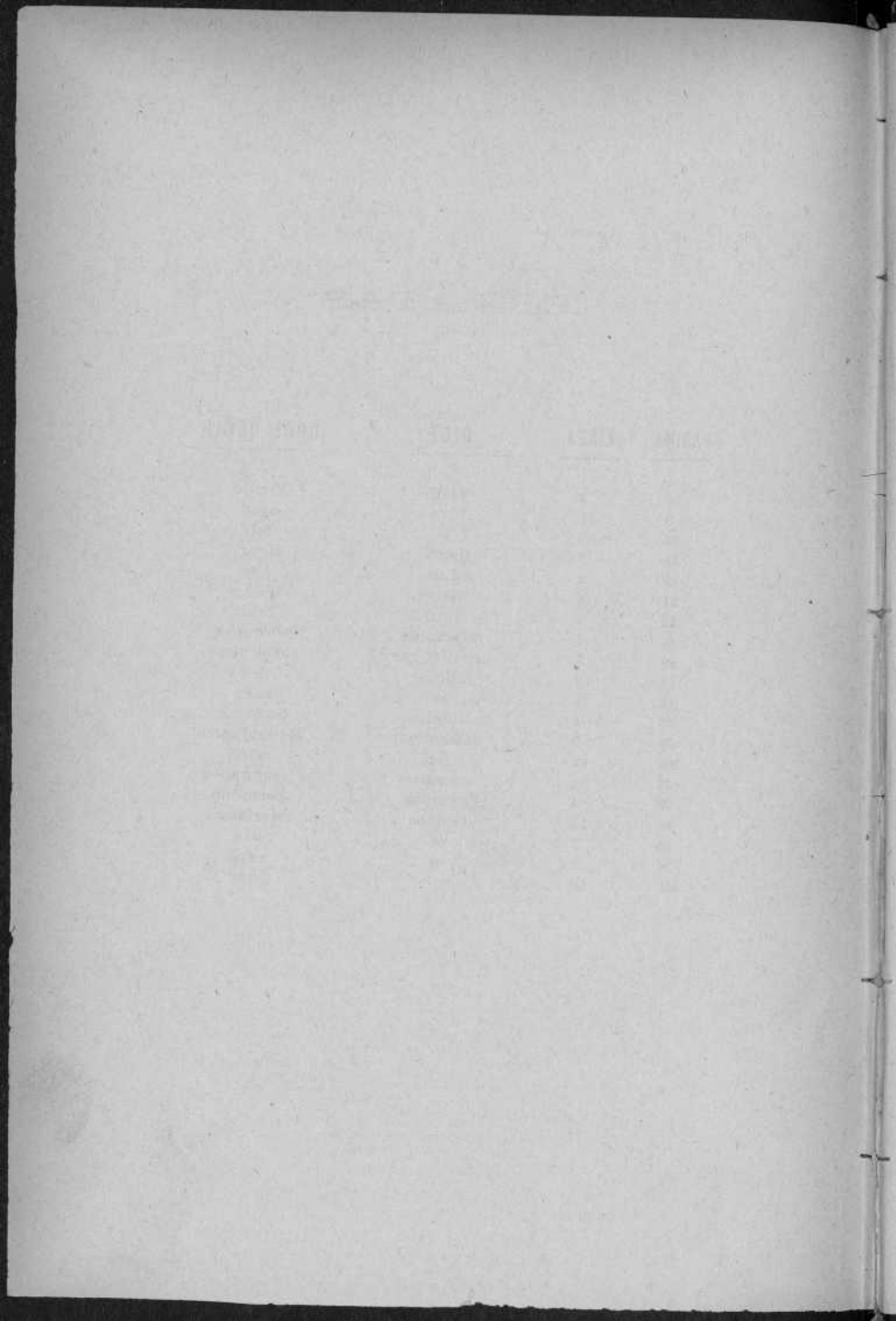
Hay que reconocer esta verdad, y así no dirán igual de nosotros los que nos sucedan, emprendiendo todos el camino único en la regeneración de la Patria. Que no necesitemos grandes sucesos, como el de las Carolinas, para que el pueblo español sea lo que siempre: no mostrando las energías instantáneas de un cuerpo que fué varonil y fuerte, y que sólo le queda la decrepitud, sino la entereza y el valor heroico de toda su vida, con la fe ciega en su Ejército, ante la idea de que si le cuesta sacrificios, sabrá recompensárselos en el respeto que por él le han de guardar; que aunque no fuera más, es bastante, porque le representa la garantía de que esa familia por quien tanto lucha no sea escarnecida y ultrajada, y piense España que si su Ejército ha sabido imponerse, con sus deficiencias en organización, material y antiguo armamento, podrá esperar cuanto de él se prometa el día que haya desaparecido el ex-

ceso de personal y los Ministros de la Guerra cuenten con recursos para dotar á las zonas de material, que los sorteos se puedan hacer en otras condiciones, con la estabilidad de las organizaciones, sepa cada uno dónde pertenece, sea con licencia ilimitada, primera reserva, segunda ó recluta disponible; que tengan cuarteles que satisfagan todas las necesidades de los cuerpos activos; grandes almacenes para guardar y conservar el vestuario, equipo, armamento de las reservas y traje de los reclutas, que volverán á recoger al irse á sus casas, evitando así gastos para el Tesoro si son llamados, toda vez que no perderán ni destrozarán las prendas que hoy se llevan; que el Ejército activo tenga armamento moderno, que las reservas puedan contar, por lo menos, con el actual reformado, y, finalmente, que el Ejército esté organizado como el mejor del mundo.

Ese día la Nación tendrá un Ejército á quien con más razón podrá exigir y de quien esperar; el Ejército más que agradecer y en qué confiar, por la buena organización de su

contingente activo, de las reservas y grandes elementos; y nuestro soldado sabrá al combatir que cuenta con el valioso y eficaz apoyo de los Ingenieros, con los efectos destructores de una potente Artillería que le abrirá camino; con la protección, jamás desestimada, de una fuerte Caballería; con que tendrá en sus manos el fusil más perfecto; en el corraje, provisiones de boca y guerra; el repuesto de éstas, en los carros de regimiento, brigada, división y cuerpo de tren; en los bien organizados elementos de Sanidad un amparo cierto y la garantía de su curación; y, por último, que nada ha de faltarle de cuanto pretender quiera: que justo es, ya que el soldado español jamás olvida que su deber en la paz es trabajar para la guerra, y en la guerra morir matando por su Patria.

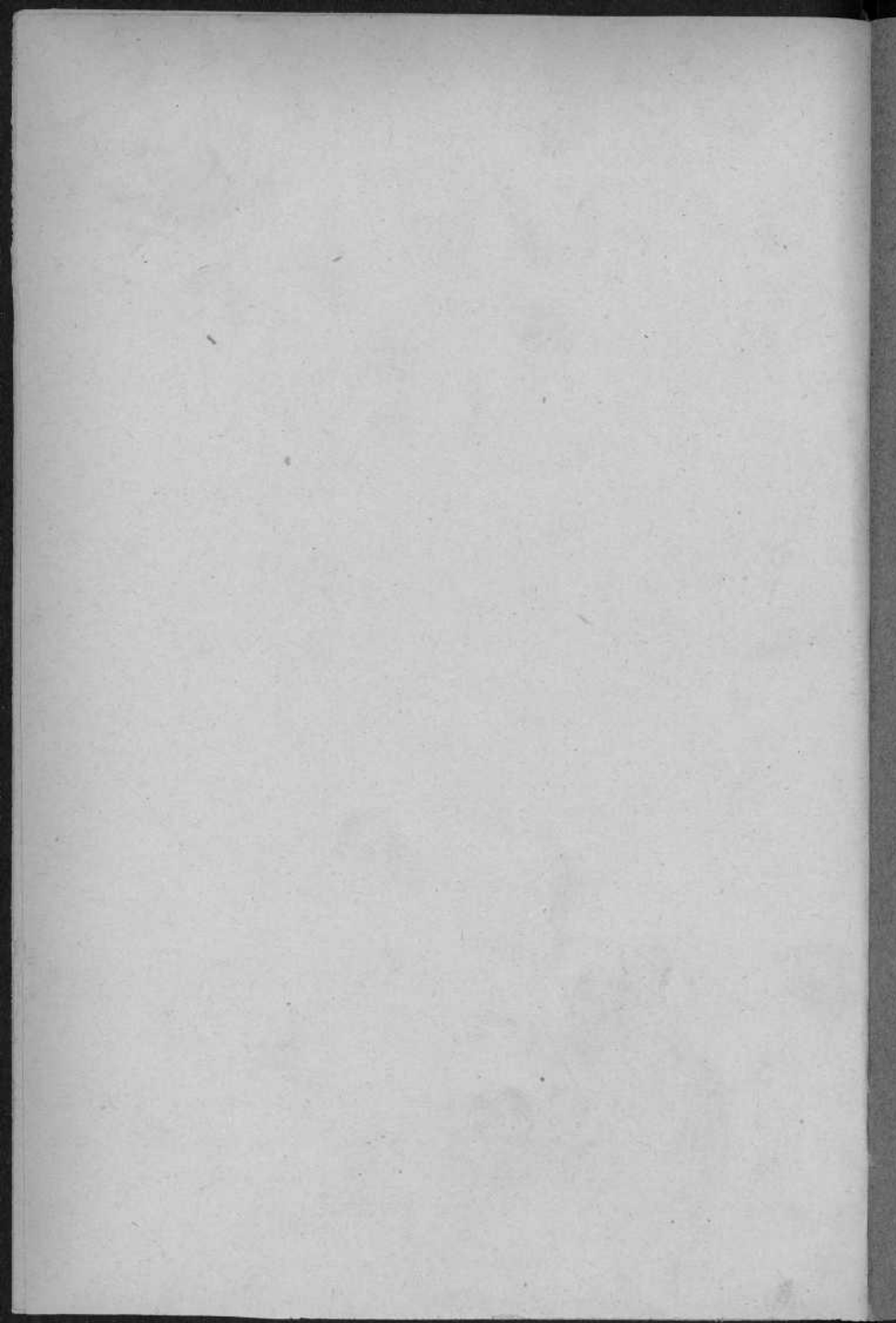
FIN



# ERRATAS

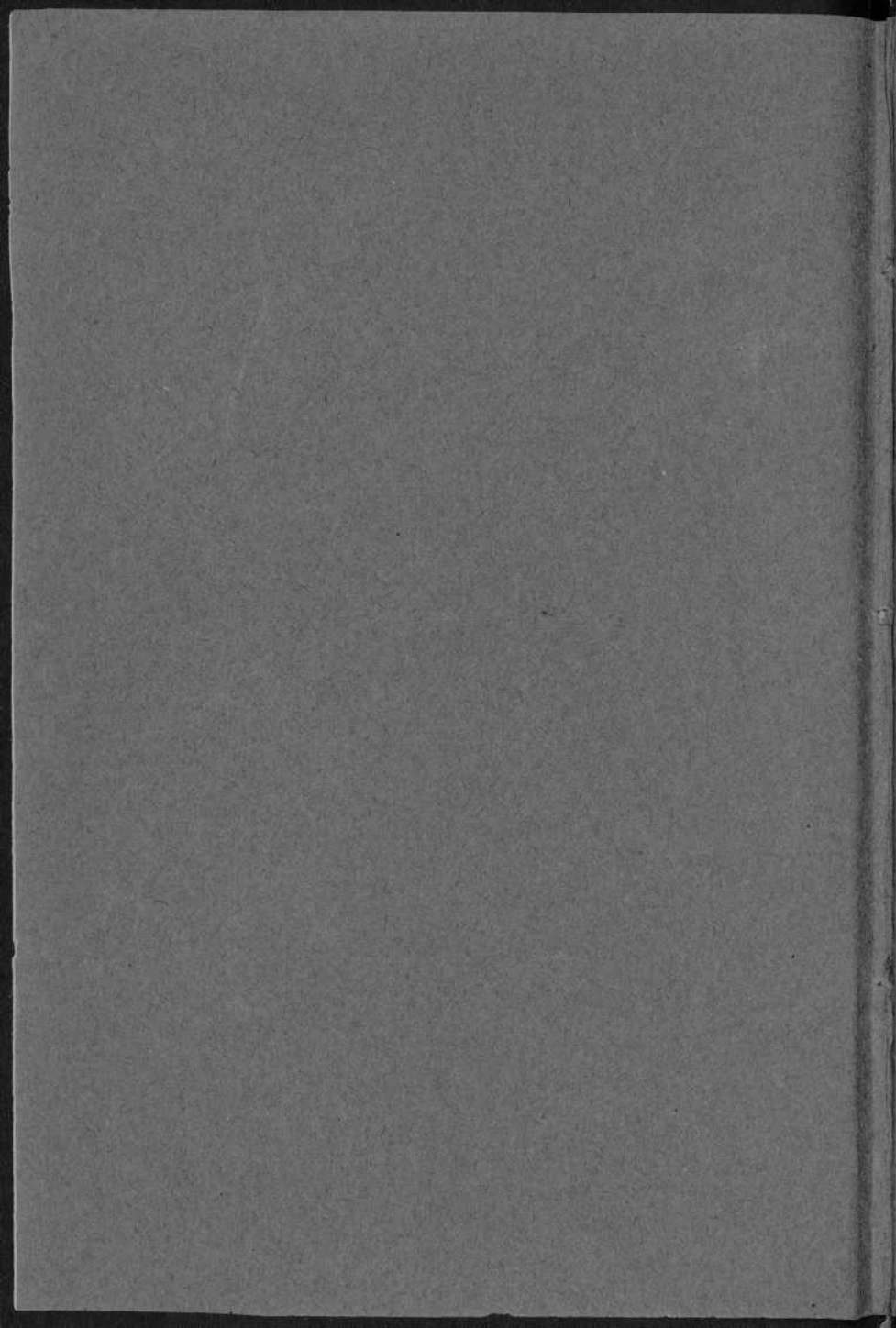
~~~~~

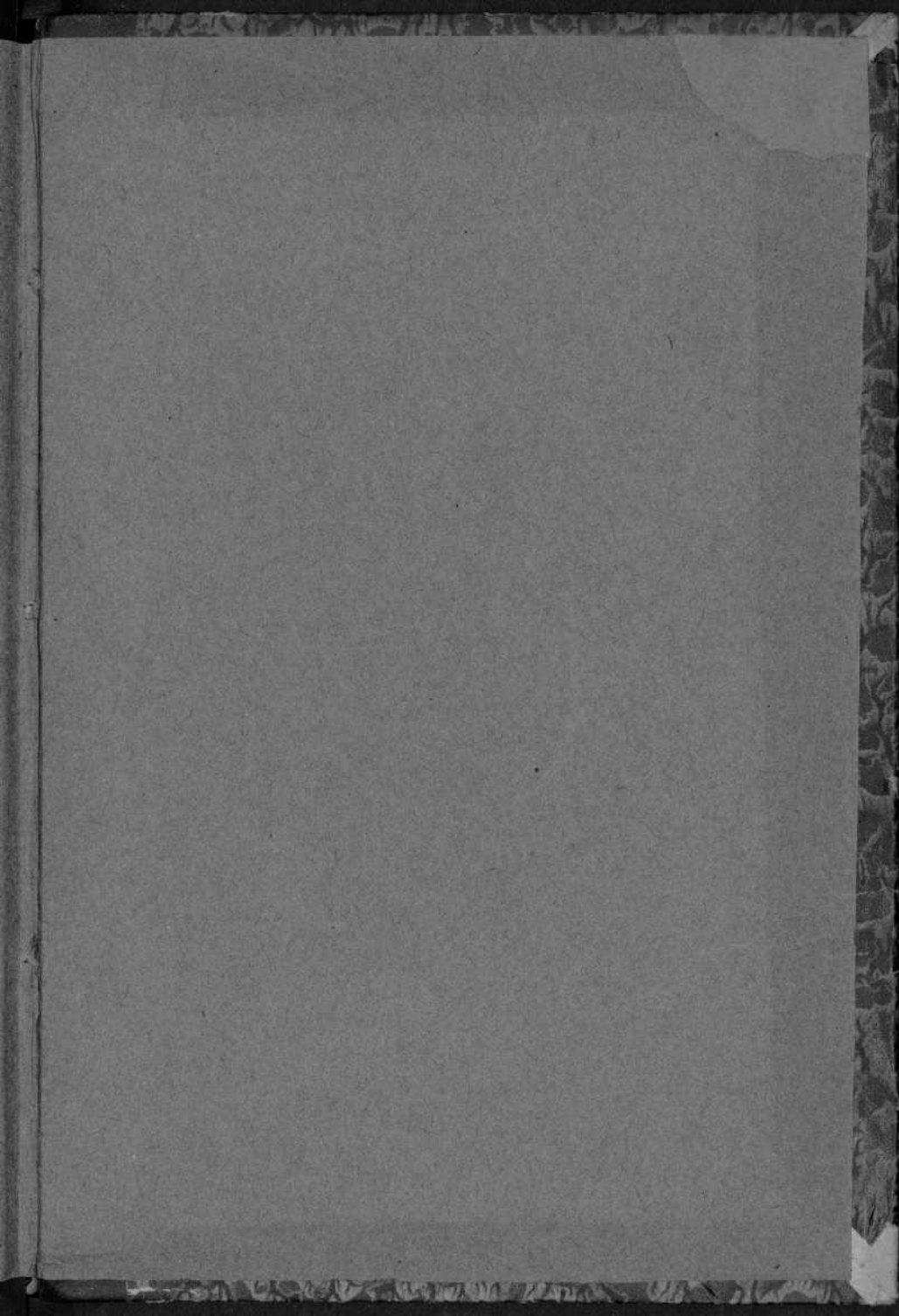
| PÁGINA | LÍNEA | DICE         | DEBE DECIR   |
|--------|-------|--------------|--------------|
| 8      | 1     | Vielle       | Vielle       |
| 8      | 11    | oye          | oyen         |
| 15     | 24    | e            | el           |
| 16     | 12    | Heuri        | Henri        |
| 19     | 3     | Lec          | Lee          |
| 21     | 11    | Hleber       | Hebler       |
| 22     | 9     | Brul         | Brull        |
| 24     | 1     | refactores   | reflectores  |
| 29     | 5     | constituirse | construirse  |
| 41     | 2     | rehusar      | lograr       |
| 42     | 12    | es           | se ve        |
| 53     | 4     | domina       | dominan      |
| 60     | 5     | determinar   | determinarse |
| 60     | 17    | son          | están        |
| 63     | 8     | serán        | estarán      |
| 69     | 4     | permita      | permitan     |
| 86     | 15    | éramos       | estariamos   |
| 95     | 7     | es           | está         |
| 96     | 2     | es           | está         |
| 149    | 20    | ver          | á ver        |













CASANOVA



ÁRMAS

DEFENSAS

ORGANIZACION

16.145

PROVINCIAL